

# N O S O T R O S

## WILSON O LA IMPOTENCIA DE LA RAZON(\*)

**C**UANDO estas líneas se publiquen, habrán pasado ya las ceremonias con que los países que fueron aliados en la guerra mundial, celebran anualmente la firma del armisticio. Las manifestaciones patrióticas, las misas solemnes, los desfiles civiles y militares, con asistencia de reyes, príncipes y gobiernos, habrán desplegado su impresionante pompa en el cenotafio de Whitehall, bajo el arco de triunfo de la Estrella, y en otras partes; las alocuciones recordatorias, las oraciones religiosas y las acciones de gracia hacia los millones de muertos que dieron sus jóvenes vidas tan inútilmente, se transmitirán por radio a otros millones y millones de seres; pero téngase por cierto que este año, como siempre, nadie tendrá una palabra de recuerdo para Woodrow Wilson, el mártir de la paz, el gran olvidado.

Conveniente sería, sin embargo, que los pueblos de Europa en medio de las extremas tribulaciones que atraviesan, recordasen con alguna veneración la obra idealista aunque estéril de Wilson. Tal vez tuvieran algo que aprender en ella.

Curioso, trágico, aleccionador destino el de este gran ciudadano del mundo que por serlo no halló justicia entre aquellos a quienes salvó del cataclismo, ni entre sus propios connacionales que negaron su obra y escarnecieron su nombre.

---

\* Este artículo fué escrito en Londres, en 1934, en conmemoración de un aniversario del armisticio; pero permaneció inédito hasta hoy, en que el autor lo da a publicidad en ocasión de cumplirse el próximo 3 de febrero, veinte años de la muerte del gran pacifista. A pesar de que se habla en él de sucesos ya superados por la actual tragedia del mundo, las conclusiones a que en él se llega tienen la misma validez hoy que ayer.

Wilson fué esencialmente un hombre de paz, un espíritu cándido por sed de justicia; pero no sin fibra humana, sin nervio para la lucha, sin energía en la acción. Fué un hombre político que se diferenciaba de los demás políticos de la tierra, porque ponía los valores ideales por encima de las exigencias contingentes. Esto hizo a la vez su grandeza y su fracaso.

A pesar de sus sentimientos personales aliadófilos, Wilson se resistió todo lo "humana y honorablemente que pudo" a arrastrar a su pueblo a la terrible lucha; obró con extrema prudencia, manteniéndose firme en el terreno jurídico; pero la arrogancia violenta de los amos del Imperio alemán, la violación por parte de los mismos hombres de las formales promesas hechas después del hundimiento del "Lusitania" y del incidente del "Sussex" así como de otros solemnes acuerdos; sus intrigas en México, el *sabotage* de sus agentes y espías en el territorio de la Unión, así como su diabólico espíritu de dominación y de conquista, terminaron por vencer la voluntad de Wilson de mantener neutral al pueblo americano. Y la hora de Norteamérica sonó en un instante extremadamente crítico para los aliados.

Se ha repetido muchas veces que durante los diez meses que siguieron a la entrada de los Estados Unidos en la contienda, éstos no tuvieron en Francia más de 25.000 hombres, mientras que los franceses seguían manteniendo a cuenta de enormes e incesantes sacrificios, una línea de quinientos treinta kilómetros sobre un frente de setecientos, lo que permitió a los norteamericanos ejercer una influencia decisiva sólo en los tres últimos meses de la guerra. ¿Qué importa ello? Todo el mundo reconoció entonces lo que nadie puede negar ahora, y es que los 400.000 soldados americanos que desembarcaron después mensualmente en las costas de Francia, sin la pérdida de un transporte ni de un solo hombre, constituyeron el factor aplastante y decisivo en el trágico verano de 1918 cuando los imperios centrales echaron sobre las líneas de batalla del occidente un millón de sus soldados que quedaron libres con la rendición de la Rusia comunista.

Además ha de recordarse que cuando Pershing y gran parte de los jefes militares, con desprecio completo de los factores imponderables, predecían la resolución del conflicto para el otoño de 1919 o la primavera de 1920, las notas wilsonianas habían socavado silenciosa y profundamente el espíritu de resistencia del pueblo alemán, como así lo han reconocido Ludendorf y Hindenburg en sus

respectivas memorias. De tal manera que puede decirse que Wilson y la flota británica dieron cuenta del soberbio engrandecimiento del comando alemán aún antes del resquebrajamiento de su formidable máquina de guerra.

La inconmensurable carnicería llegó a su fin y Wilson apareció en el pináculo del poder, como árbitro de los destinos de cincuenta pueblos. Fué el momento del triunfo cuando iban a comenzar para él las más tremendas dificultades.

A medida que el tiempo pasa las críticas al tratado de Versalles se hacen más acerbias y más generales. Durante quince años los alemanes no han hecho otra cosa que atribuir al fatídico tratado todas las desgracias propias como todas las demás calamidades que han llovido desde entonces sobre Europa y el resto del mundo. Y en sus lamentos y quejas estas pobres víctimas inocentes de la malicia de los aliados fueron alentadas y sostenidas (lo son hoy, ¡es extraordinario!) por ilustres políticos del lado aliado, que durante el conflicto y durante la conferencia de paz fueron sus más violentos enemigos.

El descontento provocado por el tratado no es cosa de hoy. Lo recibieron con disgusto y oposición vencidos y vencedores. Los alemanes, siempre de una psicología simplista que raya en lo inverosímil, no se cansan de repetir que el tratado les arrebató una victoria militar que tanto les había costado, y se quejaron con amargura de que el tratado les fuera impuesto sin que se les oyera a ellos para nada, como si ellos, los muy cínicos, hubieran escuchado en Brest Litovsk y en Bucarest a rusos y rumanos a quienes trataron como criados y siervos. El tratado descontentó también a todos los aliados —el más importante de sus opositores fué el mariscal Foch— porque lo encontraron excesivamente lenitivo o porque no daba satisfacción a todas las venganzas y a todas las ambiciones territoriales. Unos y otros, descontentos por opuestos motivos, coincidieron en achacar la culpa de sus desilusiones al presidente Wilson.

¿Qué se reprochó a Wilson?

Varias veces antes de que los Estados Unidos entraran en la guerra, Wilson, con toda buena fe se había dirigido a los gobiernos aliados como a la camarilla imperial, con el propósito de que unos y otros definieran sus objetivos de guerra. Los gobiernos beligerantes contestaron con evasiva cortesía a este visionario de ultramar que venía con sus evangélicas admoniciones a turbarlos en sus desesperados e inconfesables proyectos.

Wilson, firme en su propósito de imponer una paz que salvara a los pueblos europeos de recaer en tal caos de odios, de desconfianzas y de injusticias, había definido ya el 8 de enero de 1918, ante el congreso de su país, lo que aceptaba por fines legítimos de guerra de los aliados.

Fueron los famosos catorce puntos que, con la restitución de Alsacia y Lorena a Francia y la reconstitución de Polonia, se enderezaban a destruir los poderes autocráticos de control internacional, a abolir las guerras, a obligar a las grandes naciones al desarme, a facilitar la emancipación de los pueblos oprimidos, a anular la diplomacia y los tratados secretos, a impedir la anexión de territorios y, por último, a favorecer en todas partes del mundo el alto nivel de existencia de que gozaba el trabajador norteamericano.

Acto de razón bello como un sueño idílico, gesto de extraordinaria previsión que se proponía nada menos que destruir las raíces pluriseculares de los conflictos europeos, aventar todas las causas de encono y de rivalidad, impedir las componendas secretas, para echar sobre la tierra limpia los fundamentos de un orden internacional de justicia y de cooperación.

Convencido profundamente de que el gobierno democrático liberal derivado de la soberanía popular constituye la forma más perfecta de gobierno que el hombre haya inventado, forma de gobierno que sólo se corrompe por la inmoralidad de los hombres; convencido también de que los pueblos no quieren ni hacen las guerras que sufren —aunque muchas veces son demasiado tolerantes con quienes los representan o dirigen—, Wilson quiso asegurar otra posibilidad de hacer viables sus ideales pacifistas y democráticos, rehusando tratar con el Kaiser y su banda “junker”, y declaró públicamente: “El pueblo alemán debe saber ahora que no podemos aceptar la palabra de quienes nos han impuesto esta guerra; no tenemos con ellos las mismas ideas, ni hablamos el mismo lenguaje”.

Por desgracia Wilson tampoco tenía las mismas ideas ni empleaba el mismo lenguaje que los representantes de las potencias aliadas. Levantaba Wilson la voz de la razón en un mundo de enconos demasiado vivos, de recelos muy agudos, de pasiones extremas, en un mundo de locura, y Wilson no podía ser oído ni entendido. En la mesa de Versalles fué el único hombre de estado que pudo permanecer sordo a los odios, a las desconfianzas, a las venganzas y a los apetitos malsanos de la hora; fué el único entre todos los plenipotenciarios de la paz que miraba abiertamente, audazmente,

únicamente hacia el futuro en medio de políticos ancianos presos de sus respectivas burocracias (que en todas partes son hoy las verdaderas expresiones de la soberanía), y todos ellos definitivamente anclados en las rencorosas pasiones de un mundo condenado a desaparecer. Fué Wilson el único en declarar a toda voz que no se podía por más tiempo disponer de los individuos y de los pueblos como ganados de matadero.

Wilson se empeñó así en enconada aunque sorda controversia con todos los jefes de Estado europeos, que habían firmado entre sí convenios de repartijas y de botín que consideraban válidos e inviolables, y siendo Wilson el único delegado que nada reclamaba para su país, pudo desafiar la ira de los demás, afirmando con valentía intacta: "Nadie tiene derecho a sacar provecho alguno de esta guerra porque nos batimos por una paz estable si somos sinceros en lo que decimos, y desde que ninguna injusticia podría servir de fundamento a una paz permanente". ¡Qué razón tenía!

Su palabra había atravesado el mundo como una luz de esperanza, como una promesa de fraternidad, como un sueño de razón. La opinión liberal de todas partes vió en Wilson el fiel portavoz de sus principios, y hasta en los países más heridos en la contienda, en Francia, en Inglaterra, en Italia como en la misma Alemania, las gentes cuya razón no había quedado obnubilada por el candente rescoldo de los furores ambientes, miraron al gran norteamericano como al salvador del mundo.

Al mismo tiempo Wilson se había convertido en la bestia negra de los gobernantes, de la banda internacional todopoderosa de los fabricantes de armamentos, de los militares profesionales y de todos los civiles que viven desvergonzadamente de la explotación del patriotismo.

Apoyado en sus creencias democráticas y sostenido por la opinión liberal independiente de todos los países, Wilson afrontó sin el más ligero desmayo la tormenta de los intereses coligados que se levantaron feroces contra él. Los políticos profesionales y la "gran" prensa lo ridiculizaban y lo atacaban. Se le hizo pasar por un soñador fantasista e incompetente, por un ridículo ideólogo privado de todo sentido práctico que, ignorante ciego de las realidades europeas, oponía testarudamente, con ánimo obcecado, obstáculos absurdos a las soluciones "prácticas". El implacable "tigre" Clemenceau, no hacía más que burlarse de él, de quien decía: "Este Wilson habla como Jesucristo", o "Con sus catorce puntos es peor que el Todo-

poderoso que se contentó con diez”, y otras lindezas de ese calibre.

Sin ninguna debilidad, indiferente al sarcasmo, insensible a la calumnia, Wilson siguió luchando por sus ideas. El pueblo norteamericano había entrado en la guerra por la democracia, por la libertad de los pueblos, por la suplantación de la fuerza bruta, por un régimen de equidad y de derecho en las relaciones internacionales, y como él, Wilson, representante legal del pueblo americano, creía que la diplomacia secreta y la falta de un órgano común y permanente de los pueblos contaban entre las causas principales que desataban los conflictos armados, dos meses antes de firmarse el armisticio, en una conversación con el profesor William Dodd, de la Universidad de Chicago, Wilson había manifestado: “Esta guerra debe ser la última gran guerra. Cuando llegue el momento de hacer la paz, deberemos reunirnos en una sala abierta como la de la Cámara o del Senado, delante de todos los periodistas del mundo. Deberemos además crear una Liga de Naciones con poder suficiente para reducir a la razón a no importa cuál gobierno pendenciero; si tal nación no toma en cuenta las advertencias de la Liga, sufrirá el “boycot” económico, y si ello no basta, las fuerzas unidas de las demás naciones serán llamadas a intervenir. Creo que ningún país podrá resistir”.

Wilson supeditaba los múltiples problemas surgidos del enorme conflicto a esta concepción simple y lógica, y en cierto modo revolucionaria, pues que trastrocaba todos los métodos viejos. Lo esencial para él era incluir el *covenant* de la Liga de Naciones en el tratado de paz. Por eso sólo Wilson cruzó el mar dos veces, desafió la violencia de las críticas, la enemistad feroz de los cabecillas políticos y resistió la inquina despiadada de un mundo adverso. Sin desmayo luchó hasta el fin por la paz de justicia que ambicionaba para el mundo. Si desgraciadamente no llegó a hacer triunfar por entero su programa, consiguió al menos insertar buena parte de él en el tratado, y la historia debe reconocer sin duda que gracias a la voluntad de este gran soñador, befado entonces por los representantes más o menos legítimos de la opinión europea, la solución de 1919 fué la más moderada y las más equitativa posible en las circunstancias aciagas de aquel terrible cuarto de hora de la historia del mundo.

El *covenant* de la Liga, sin la fuerza de las sanciones era una idea platónica, era letra muerta. Así lo reconocía Wilson. La adhe-

sión de los Estados Unidos a la letra y al espíritu del pacto era, pues, de todo punto indispensable.

No me detendré mucho en puntualizar las razones, o mejor dicho las sinrazones de política interna y mezquina por las que los cuerpos representativos norteamericanos negaron la necesaria sanción a la gran obra de su presidente.

Liberal apasionado, alma austera de magistrado imbuído hasta los tuétanos de sentimiento jurídico, con una idea elevadísima de la santidad de su mandato que le obligaba a mantener el fiel equidistante de los intereses privados opuestos, inspirándose siempre y únicamente en lo que convenía al interés de la humanidad, se le vió ya como presidente de la universidad de Princeton, luego como gobernador de Nueva Jersey y por último como Presidente de los Estados Unidos oponerse con ánimo inquebrantable a todos los compromisos que podían trabar su libertad, y con particular repugnancia a las componendas, enjuagues, aparcerías, trapisondas, recomendaciones, agachadas y gauchadas que forman en conjunto el innoble y provechoso oficio del político profesional. Wilson era un espíritu demasiado recto y demasiado moral para que no sintiese repulsión instintiva hacia los deshonestos sin principios, hacia los espíritus estrechos, advenedizos, hipócritas e intrigantes que constituyen en las democracias de ahora la masa selecta y el estado mayor de los partidos políticos. Ya era en sí un milagro ver a semejante hombre llegar por dos veces a la más alta magistratura de su país.

Así se vió a Wilson hacer frente con empeño indomable, en la cuestión de la ley de aduanas, a la famosa "antecámara" o "antesala" (*the lobby*) como se designa en Norte América al conjunto de organismos poderosos o débiles, de carácter privado, de orden industrial, comercial, agrícola o sólo político que mantiene en Washington, en amplias instalaciones o en un simple cuarto de hotel, guardias avanzadas dispuestas a ejercer toda clase de influencias directas o indirectas, lícitas o ilícitas, sobre todo proyecto de ley que toque a los intereses que representan. Wilson modificó las listas aduaneras contra la voluntad de *the lobby*, en un sentido de interés general y no en favor de individuos o de corporaciones.

Se opuso más tarde tenazmente a inmiscuirse en los asuntos internos de Méjico, cuando la terrible crisis mejicana de 1913, que los concesionarios yanquis de minas y de campos petrolíferos que-

rían aprovechar en beneficio de los intereses norteamericanos, llegándose hasta pronunciar la palabra “anexiones”.

Más tarde combatió, y vetó aunque sin resultado, la absurda ley seca o prohibicionista, previendo Wilson sus consecuencias graves para la moral, la salud, la economía y el orden de todo el país. El tiempo justificó con exceso sus previsiones en lo que atañían a esta ley disparatada.

En todas estas bravas campañas en pro de lo razonable y de lo justo, ¿exageró Wilson su rigidez moral, su inflexibilidad legal, su intransigencia con los intereses creados hasta trabar y perjudicar el funcionamiento de su partido? Esto es muy probable, como ocurre en todas las cosas en que se quiere a toda costa sobreponer los principios de la moral a las exigencias viciosas de las costumbres.

Lo cierto es que a su vuelta de Europa, Wilson encontró una formidable oposición que manipulaba y encabezaba su enemigo político, el senador Cabot Lodge, y su enemigo personal, el Douglas Fairbanks de la política yanqui, Teodoro Roosevelt. La oposición iba principalmente contra lo más caro al corazón y al espíritu de Wilson, que era su obra en la conferencia de la paz.

Sus enemigos hacían pie firme en los famosos y sobados antecedentes: el discurso de despedida de Jorge Washington, y el mensaje de James Monroe del 2 de diciembre de 1823. Y el Senado le negó el indispensable acuerdo. Wilson apeló ante el pueblo de Estados Unidos. “Si para que triunfara mi obra, tuviera yo que dar la vida, la daría con satisfacción”, había dicho. Y el 3 de septiembre de 1919 emprendió su famosa gira para explicar al pueblo de los Estados Unidos la significación y la trascendencia de la obra cuya aplicación dependía del Senado.

Veintitrés días después de iniciar esta campaña que fué triunfal para él, Wilson, ya enfermo, agotado por el esfuerzo, cayó fulminado en Wichita donde le esperaban para oírle más de cien mil personas. No se recuperó más. Dió la vida por su obra, pero no la vió triunfar. El Senado que se sentía vencido ante los clamorosos éxitos obtenidos por el Presidente en todos los Estados, aprovechó esta triste coyuntura y lo derrotó definitivamente. Wilson vivió aún tres años, que fueron para él tres años de calvario.

¿El pueblo americano es francamente hostil, como parecen afirmarlo las referidas sanciones del Senado de Washington, a toda permanente solidaridad en el orden internacional? El pueblo de

Estados Unidos no ha tenido nunca realmente oportunidad de pronunciarse sobre esta transcendental cuestión. Es verdad que las administraciones que siguieron a la de Wilson, convencidas de que los Estados Unidos se bastan a sí mismos y de que la prosperidad indefinida es elemento inherente al orden nacional norteamericano, han elevado insuperables y absurdas barreras aduaneras a la vez que se esforzaban —lo que parece ridículamente contradictorio— en encontrar nuevas salidas para sus productos industriales, para su comercio y para sus capitales.

En lo que respecta a política internacional parece que desde entonces se han abandonado más bien al azar de los acontecimientos, sin someterse a principios fijos o planes generales, pues no puede llamarse principio o plan general, negarse a toda estrecha solidaridad con los grandes pueblos de la tierra en razón de la intocable doctrina del sacrosanto aislamiento.

No es necesario gritarlo porque es demasiado evidente para todo el mundo, que los sofistas del aislamiento, al abrigo del patriotismo desesperado, han llevado a todos los países europeos al borde mismo del precipicio mortal, de la ruina y del caos. Las desgracias que se amontonan sobre Europa con su tirantez extrema en las relaciones internacionales, y la avalancha de dificultades económicas en Estados Unidos lo prueban superabundantemente hasta a los más recalitrantes “aislacionistas”.

Este espíritu de recelo que, tanto como el patriotismo sin medida, lleva al aislamiento egoísta e incomprensivo, ha hecho la debilidad de la Liga y la ineficacia de todas las soluciones que ésta ha ofrecido a los problemas que ha tenido que afrontar. Hay que deplorarlo sinceramente. Si la más noble concepción wilsoniana hubiera triunfado en su integridad en Versalles y en Washington, no vivirían los pueblos de Europa, y la misma América, las horas difíciles y desesperadas, de extremo peligro, por que atraviesan.

¿Cómo es posible que después de la experiencia de la última guerra mundial sigan las naciones europeas arrojando ingentes cantidades de millones en el abismo armamentista? El armamentismo por su exceso ha adquirido en Europa formas no ya sólo peligrosas —sabemos bien en lo que acabará— sino hasta grotescas. Pronto en Italia se darán a los niñitos mamaderas en forma de pistolas automáticas y se les pasará en carritos blindados para inculcarles desde la cuna el espíritu marcial; así van las cosas en la pobre y

amada Italia; en Polonia, y creo que en Turquía y en Bulgaria, se llama bajo banderas a las mujeres; en Norteamérica se han descubierto nuevos gases de gran potencia venenosa; Francia, se lee en los diarios, posee el secreto de un rayo mortal; Alemania se arma vertiginosamente —¿en previsión del conflicto próximo del Saar?— y amontona aeroplanos de bombardeo en aeródromos subterráneos sobre la frontera francesa; el Japón exige la paridad naval, a lo que responden los Estados Unidos que duplicarán su marina de guerra y su flota aérea y, por último, la convención conservadora de Bristol votó, no hace una semana, el aumento acelerado de las fuerzas militares, navales y aéreas de la Gran Bretaña.

Mientras tanto almas cándidas, profesores de filosofía y de historia que viven en un mundo puramente nebuloso, algunos políticos sin programa concreto, socialistas trasnochados, sufragistas antediluvianas y otras especies de espíritus visionarios y sensibles, siguen repitiendo que la guerra es un horror y esperan que una solución caiga como quien dice del cielo.

La solución estaba en la Liga de Naciones, pero con sanciones. Sin embargo los gobiernos han vuelto al juego de las alianzas defensivas, de ayuda mutua; han seguido tejiendo los Pactos a la Kellog que sorprenden por su ingenuidad al querer resolver el más arduo de los problemas humanos con un trozo de retórica, documento que a pesar de su pretensión carece de valor desde que acuerda a cada uno de los signatarios obrar como le plazca, llegado el caso; han renegado de la democracia que es el más sensato de los regímenes para caer en una arrogancia absurda y agresiva. En una palabra, han desoído los consejos de la sensatez y de la razón que hablaron por boca de Wilson, para abandonarse cada vez más al imperio de los instintos, y de los instintos desesperados.

Es verdad, de modo general, que el tiempo, gran igualador, hace justicia de cada uno dándole el sitio exacto de su mérito. Europa, a fuerza de caídas y de desgracias, llegará un día a reconocer que Wilson, el estadista soñador, el diplomático ingenuo, el idealista befado, el político aborrecido, fué el único “realista” de su tiempo al pretender, por primera vez en la historia, enunciar los principios y poner las bases de un orden nuevo, aceptando como necesarias, y por lo tanto como bienhechoras, la solidaridad permanente y la interdependencia de las naciones, condiciones de la vida internacional más ineluctables cada día, que con el tiempo

han de reemplazar necesariamente a los argumentos de los explosivos, de los cañones y de las ametralladoras.

Europa reconocerá entonces la vanidad de los pactos de garantía, de neutralidad, de no agresión para contener la tragedia que de nuevo se avecina, que es como querer contener una inundación violenta con vallas hechas de papel; se cansará de ver viajar a sus ministros de una capital a otra para obtener resultados cada vez más magros, desalentadores y frágiles; reconocerá entonces que el tiempo está maduro para hablar menos en términos nacionales y más en términos humanos, y terminará por comprender que sus problemas son tan enredados y las resoluciones de que echa mano tan costosas y tan ineficaces que no le quedará otro camino que la colaboración constante entre todos sus pueblos, colaboración enérgica, de buena fe, y en el seno de la institución libre, competente y de indiscutible autoridad que imaginó Wilson, el gran calumniado.

Pero para alcanzar esa hora de razón, conturba el ánimo y espanta el pensar en los holocaustos de sufrimientos y de sangre que Europa ha de rendir todavía a los errores a que se aferra en su presente locura.



Muchos años después de haber escrito las anteriores páginas, conocí, siendo yo Encargado de Negocios en México, a Mr. Josephus Daniels, Embajador de los Estados Unidos en México, quien me obsequió con un ejemplar de su *Life of Woodrox Wilson*. En la obra de Mr. Daniels encontré las siguientes frases, que me parecen dignas de ser recordadas:

Wilson nunca conoció la derrota, porque la derrota solo llega a quien la admite. Poco antes de morir Woodrox Wilson dijo a un amigo: "No nos preocupemos por las cosas por las que luchamos. Sólo han sido postergadas." Con la amenidad que tanto encanto daba a sus expresiones, agregó: "Y hagamos esta concesión a la Providencia: —tal vez se cumplan en mejor manera de la que nos propusimos."

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA

## V E R S O S

A GUILLERMO GORBEA

VIEJO, joven, sutil, brusco Gorbea,  
amigo fugitivo de la calle  
a quien el dios ciñó túnica al talle  
que al airecillo del oeste ondea.

Alce tu puño lírico la tea  
y hoy que la primavera corre el valle,  
dí tu canción añeja y la detalle  
el vasco tamboril que te golpea.

A tí mi mano enferma tiendo incierta,  
si amigo dije fugitivo, miento,  
que quien pulsó una vez pino en mi puerta

con la blandura y suavidad del viento,  
puede contar con ella viva o muerta.  
Mi mano es sólo un estremecimiento.

A UN OSO DE SILVINA OCAMPO

TODA tu fuerza, oso, se ha reducido a eso?  
¿A dar algunos pasos por las finas esteras?  
¿A vivir entre cuatro precipicios de yeso?  
¿A dormir al halago de un tirso de pulseras?

Pero a pesar de todo causas miedo y asombro  
que no se dice oso, ni se ve un oso en vano.  
Por eso tu señora te lleva siempre al hombro  
y te guarda en la cárcel sin hierros de su mano.

## A P U N T E S

## INSTANTE

Este instante, este momento,  
por último, por reciente,  
es la cumbre, el apogeo.

## CAMINAR

Por el bosque o por el mar,  
por el pasillo de un tren...  
Pero todo es caminar.

FERNÁNDEZ MORENO

## TECNICA Y ESTETICA DE LA BIOGRAFIA

LA realización de una biografía se parece mucho, en su crecer y ramificarse, a esos árboles del trópico de lianas, trepadoras, musgos, líquenes, parásitas, con violetas y helechos a sus pies. Es una vida llena de muchas vidas. Es como la alta mar en las tardes tranquilas, esmeralda profunda y clara, en que uno ve, allá en el fondo las aguas vivas espectrales, las movedizas estrellas y los caballos marinos pequeñitos. Todo eso es la biografía. Y se parece, también, a esos caminos anchos y antiguos, casi siempre al costado del camino nuevo, con sus sendas laterales como pequeñas ramas que incitan en uno la curiosidad de saber dónde va. A veces las vidas gloriosas con altas banderas y torres de oro en los días de júbilo se atemperan de sus luchas bravías para convertirse a los ojos de la posteridad en un río luminoso, con músicas lejanas, por el que vamos paseando mientras de las islas verdes y las riberas floridas llegan voces de muchachas. Pero no todo es así; a veces una vida tiene la aridez de un desierto; tememos aventurarnos arena adentro por las señales de los fracasos anteriores. Los pequeños oasis de un sentimiento, de aventura, de amor, no son suficientes para atraernos.

En general se cree que la biografía es mirar la historia por el ojo de una cerradura o, con la técnica de France en *Los dioses tienen sed*, hacer una historia en pantuflas, en la que no hay grande hombre para su biógrafo. Todo lo cual, como podrá advertirse, quita jerarquía al trabajo porque parecemos un chismoso contando cosas graciosas o simplemente picantes a ese señor obeso y distraído que es el público. No creo yo dar la fórmula de nada sino decir lo que hay que hacer. Si yo digo: Quiero escribir la historia de un pueblo a través de la vida de un hombre — es seguro que me comprenderán y además no tendré necesidad de halagar el oído de nadie. Demasiado alto está colocado el tema como para que nos inclinemos ante cualquier sensualismo. Uno de los primeros problemas de un biógrafo es establecer, determinar el tono dominante en la vida del personaje. Toda una existencia gira alrededor de una alta virtud, de una

pasión abrasadora, un simple vicio o una manía tiránica. Poe muere de una borrachera; Schubert es tímido; Beethoven gruñón. Alberdi tenía una manía muy de su época: la de escribir cartas; escribía a todo el mundo. En su tiempo la carta era el único medio de comunicación humana. Se decía todo por carta; hoy se tiene miedo de escribir una sola línea. La rapidez de las comunicaciones actuales al estrechar el mundo ha desvinculado los espíritus; cosa absurda pero explicable. Se dice únicamente lo necesario y en el menor número de palabras, por teléfono, por cable. Hay un desentendimiento total de las almas y de las voluntades. Cuando yo estaba escribiendo la biografía, a cada rato me encontraba con un comedido que decía: "Fulano tiene cartas de Alberdi". Un detalle curioso de esta característica: llegó a escribir una misma carta a dos personas distintas. Cuando el autor de *Las Bases* ejercía la representación diplomática de la Confederación y tenía a Mariano Balcarce —representante de Buenos Aires— como rival, escribía al mismo tiempo al general Urquiza y a Juan María Gutiérrez. Y hay advertencias como ésta: "Le hablo de esto mismo al ministro de Relaciones Exteriores, y él sabrá explicárselo más claramente".

Otro problema importante para el que confecciona una biografía es lo que Valéry llamaba la obra y acción de la inteligencia. Es necesario discriminar bien respecto de ambas condiciones; ello es fácil cuando se trata de un escritor y ya no lo es cuando nos referimos a un estadista. Hay asimismo personalidades que son toda acción. En Alberdi la obra es *Las Bases*, la biografía de Wheelwright y la acción desarrollada por él como representante diplomático.

Para muchos la biografía es la vida íntima, más que la obra y que la acción. Para éstos el escándalo es sinónimo de intimidad. En jerga periodística, cuando un asunto no interesa se dice que no hay nota. Cuando yo intenté la biografía de Alberdi no faltó quien me dijera: "Le falta intimidad; no es posible escribir una sola línea con él". Creo que en ningún momento la biografía puede categorizar ninguno de estos tres factores en detrimento de los restantes. Pero es natural que la acción esté más avicinada a la intimidad que a la obra, por ser esta última, tema para los tratadistas. Es indudable que la biografía es una combinación de historia e intimidad; ambas deben existir en proporciones químicas para que la reacción artística se produzca en las páginas. Y acá viene la pregunta que más de una vez nos habrán formulado: ¿La biografía es arte o ciencia? Veamos si somos capaces de responder esta pregunta mediante un análisis somero de los elementos que van en ello involucrados. Es indudable que en la biografía hay una inclinación humana que no existe en la historia. En todo arte hay canto y sentimiento, en la música, la pintura o la poesía;

es decir, que hay una adhesión humana, la que, dicho en otras palabras, es el "lirismo". En la biografía debe primar un tono y un sentimiento. Este es el gran servicio que ella presta a la historia. Por eso se sitúa en la literatura entre la historia y la novela. Aun cuando la biografía es una de las más antiguas ramas literarias, tiene períodos de absoluto eclipse, de desaparición total, en los que sigue su curso oculto bajo el tiempo como esos ríos que corren subterráneamente eludiendo los suelos áridos que los absorberán. Hay épocas de falencia para la imaginación, en que los hombres realizan más que imaginan. Hay una exaltación del individuo con los elementos concretos de la personalidad, la voluntad, el carácter, la iniciativa. Se produce una verdadera idolatría por los maestros de voluntad, como se decía antes. El cultivo de la biografía es el elemento más importante en la exaltación de la personalidad humana. Sucede, aunque no con frecuencia, que algunos de los que, además de haber realizado grandes cosas, fueron, asimismo, grandes escritores, no dejaron a nadie el privilegio de componer su biografía. Tal es el caso de Henry Morton Stanley, cuyas *Memorias* cavan hondo en la intimidad. Hay una amargura profunda en su vida. Le sucedió cierta vez que, como a aquel torero —al que unos escritores no le dejaron hablar de toros— a él, a Morton Stanley, le negaron autoridad para hablar de Africa, que conocía al dedillo. Jacobo Wassermann, el autor de *El Hombrecillo de los Gansos*, tentó escribir una biografía sobre Stanley y tuvo que circunscribirse a parafrasear el hermoso estilo, la emocionada intimidad del biografiado.

La biografía que para Caryle es la única y verdadera historia, es para otros el más útil comentario de aquélla. Pero no nos adentremos en estos vericuetos de definiciones y clasificaciones. Pues de ese modo tendremos que aceptar la existencia de tres clases de biografías; la cristiana, la clásica y la profana. Los cristianos tienen la hagiografía, que es la historia de la vida de los Santos, una de las más encantadoras formas de relato que yo conozco. La biografía clásica se asienta en las *Vidas Paralelas* de Plutarco; en la *Vida de Agrícola*, de Tácito, como en sus obras esenciales. La biografía profana puede tener su origen en las crónicas a que tan afectos eran los señores feudales y de las cuales ha quedado un tesoro documental en la literatura castellana. Pero retrayendo el problema de la biografía a un terreno netamente argentino, diremos que este género literario se inicia con Alberdi, que escribe entre otras cosas la biografía del general San Martín, de Wheelwright y de Juan María Gutiérrez.

Otra cuestión importante es el ambiente y la época. Es necesario tener sensibilidad histórica para que la evocación de época y ambiente tenga toda la eficacia evocativa. Cuando las mujeres de Florencia veían a Dante, se

decían: Ese hombre va y viene del infierno cuando quiere. De igual modo el escritor debe entrar al mundo de su biografiado y hacerse conducir por su sensibilidad con el clásico verso del canto inmortal: "Tu Duca, tu Signore, tu maestro". Es necesario zambullirse en esta alma del pasado. Yo tenía un amigo, setenta años mayor que yo, que sabía comenzar por la fantasía para llegar hasta la historia. Y así contaba que una noche apareció sobre Tucumán una espada de oro colgada del hilo de una estrella. Era que se estaba peleando —decía— en lejanas tierras; que la felicidad de un pueblo antiguo se estaba ahogando en sangre y en ceniza. Y no de otra manera comenzaban sus historias los cronistas, precursores de los actuales biógrafos. Como en *Guy Mannering*, de Walter Scott, en la vida de un hombre primero están las señales celestes y yo añadiría que también las terrestres. La tierra y el cielo se conjugan cuando nace un ser. A este hecho previo debe incidir la mirada del biógrafo; porque eso es entrar en el paisaje y el tiempo de un ser. Y de allí sacar el tema vivo y anunciarlo con los tres golpes retumbantes de la Sinfonía del Destino. Cada alma nace con su paisaje y estrella. Esa cuna es Belén, Córcega, Yapeyú. Esa estrella puede ser roja, azul, verde; puede ser de guerra, de amor o de esperanza. Es necesario ver dónde se detiene para que se suspenda de ella la gigantesca espada de oro y de sangre de que hablaba el viejo tucumano. La cuestión está en saber revitalizar las estatuas, en invitar al heroísmo o al sacrificio pasado a abandonar el pedestal y contar su historia con su propia voz.

Es necesario, además, construir la biografía como se construye un templo o se esquematiza una sinfonía. En todo ello debe haber de esos tres elementos esenciales de que habla el esotérico: la tierra, la sangre y el espíritu. ¡Qué lejos estamos acá de la biografía pequeñita y chismosa! De si lady Hamilton fué o no cocinera; de si Turgenief era o no hablador; de si Byron —poeta segundo de la literatura inglesa— tomaba té amargo para adelgazar. Todo eso es halagar los sentimientos de curiosidad, muy humanos, pero inferiores, de los seres. Altos pensamientos y un puro corazón deben siempre guiar la palabra del escritor. Sus manos pueden estar llenas de lodo como a veces están las del escultor; pero su pensamiento debe estar intacto como la paloma y el mármol. Es necesario, pues, categorizar los hechos en un tono heroico. Sin darle por ello esa elocuencia, ese tono afectado que es tan común en los oradores. Hablaba cierta vez en una plaza un conocido político, popular por su figura inconfundible tanto como por sus fogosos discursos. Y al oírle con su tono de voz tan rotundo, tan emocionado, no pude menos que decir, dirigiéndome al ciudadano que estaba a mi lado: "Cómo se ve que siente lo que dice, por la emoción que pone en sus palabras". A lo que mi circunstancial interlocutor me respon-

dió: "No es para tanto joven; es su tono habitual. Soy su mucamo y lo conozco. Con ese mismo acento pide el desayuno por la mañana". Porque muchos confunden heroicidad con elocuencia; esta última es una modalidad que Sudamérica ha heredado de los clásicos a través de las letras francesas.

Nada se parece más al tiempo que un río. Nace este último de un arroyuelo; apenas una hebra de cristal sobre las rocas, un deshacerse de la nieve en la cumbre, un furtivo evadirse de una vertiente, un hilo serpenteante que busca la llanura. De pronto, como las arterias en el cuerpo, se han conjugado varios arroyuelos a la vez y ya vemos un torrente mugidor que va desgajando las peñas. Hasta que más abajo otros ríos grandes como él se le juntan. Y ya es el gran señor de la ancha cuenca que invade imponente la llanura. Y así va hasta el mar donde a veces su orgullo se encrespa para ser vencido por los altos poderes del océano. El tiempo es así; es así la vida. El océano es la eternidad. Tal es el tema de la elegía famosa. Allí van los señoríos derechos a se acabar y consumir. Pero el tiempo es la imagen móvil de la eternidad según la definición clásica. Cuando el hombre mira su vida, lo único que encuentra de cierto es el agua del tiempo que se le va de la mano. Todo es en el tiempo; no en el espacio. Por eso cuando se calcula con el tiempo, debe tenerse en cuenta que lo único vivo es el porvenir.

Es necesario cultivar los recuerdos como se cultiva un jardín; recorrer en la tarde las pequeñas sendas y advertir qué capullo se abrirá mañana, proteger los débiles arbustos de los embates del viento, recoger las hojas secas que amarillean en la arena y sentarse a contemplar la rosa que nació con el alba. Yo tenía un amigo que había sido, por muchos años, marino; cansado de tempestades, fatigado de largas travesías y del cortejo de los delfines en alta mar, vino un día a descansar junto a las montañas donde levantó su choza cerca de la cual al pie de un cedro enorme, plantó su jardín. Los lirios y violetas crecían al pie del señor de la selva; una liana se abrazaba al tronco, y flores policromas decoraban las ramas altas. Los pájaros venían a cantar en el ramaje, y las flores del aire se balanceaban al impulso del más leve viento, sostenidas por una brizna delgada. Y el árbol estaba lleno de cánticos y flores; el musgo serrano recubría sus ramas. Se percibía un húmedo perfume que venía del sol, del río y la montaña. Y el árbol parecía que pensase. Como otros escriben sus memorias, yo he plantado mi jardín; todo en él está pensado como el poeta piensa los versos que va a escribir, me decía. Ese cedro, con sus pájaros allá arriba, era su recuerdo grande, el mar con su viento, con su tarde y su noche. Las florecillas que aparecían a su pie, simbolizaban los pequeños recuerdos que

nacen y se secan para dar lugar a otros nuevos. Se sentaba frente a él para contemplarlo como a su vida. Y ésta era su perfecta felicidad. Todo pasado me parece un sueño, pero se concluye que el recuerdo es lo único cierto. Es muy común decir en el norte: "este anciano es un árbol de recuerdos". Para comprender bien este dicho es necesario haber visto un árbol montañés cubierto de enredaderas, de musgos, de rosales salvajes que se retuercen en sus ramas, y de toda la flora melífera que se guarece a su sombra de las ofensivas abejas. Y no es raro encontrar alguno de ellos que tenga grabado en su tronco un corazón. Y el alma de aquel marino envejecido era un árbol de recuerdos.

Zuloaga escribía apuntes para sus cuadros como si fuera a escribir una novela. "A mis cuadros los escribo", decía siempre. Ese tesoro de recuerdos que forma la obra de arte, entra subrepticamente en el espíritu y se queda en él; inquirir las transformaciones que se operan hasta convertirse en una creación artística, es trabajo misterioso y profundo. Napoleón, ahito de orgullo histórico pero carente de imaginación creadora, escribe sus memorias. César, más sutil, compone los *Comentarios*. Cervantes crea con sus recuerdos el nuevo Mundo, el espíritu del Quijotismo. Abrir el libro es propiciar un amanecer en que el héroe parte hacia el Universo de la inmortalidad con las primeras claridades. Tal es la antítesis entre novela e historia, siendo la segunda la ciencia del pasado y el arte de su reconstrucción. La novela es la fantasía creadora en que el recuerdo ha sido jerarquizado. Con una admirable habilidad, la biografía ha venido a colocarse entre la novela y la historia; no es ni documento ni recuerdo auténtico.

El silencio, como el tiempo, tiene su lejanía. Al primero hay que ponerle un fondo de música; al segundo un fondo de recuerdo. Tenemos que recorrer un camino bordeado de árboles; cuando hemos andado un poco, miramos hacia atrás. Nuestra vida nace mañana; resurge con la luz, con el canto de los pájaros y con ese viento suave que se despeña de aquella montaña y viene conmoviendo la flora melífera del valle. Nuestra oración, si somos creyentes, debe ser todas las mañanas: "Señor, dadme en este día un recuerdo que guardar". Un recuerdo que guardar, es decir, un episodio categórico en nuestra existencia que pueda volverse con el tiempo, sentimiento, dulzura, leve perfume. Mientras la vida es una mañana clara y tenemos los ojos aún nuevos para todo, estamos alimentando nuestro recuerdo; lo que hemos vivido es apenas una sombra que se echa a nuestros pies como un perro: "Hay que esperar; tenemos que esperar; los días que esperamos morirán y así también nosotros moriremos", dice en una canción Maeterlinck, a quien ya nadie cita. Y así también nosotros pensare-

mos. Y es verdad. Pero la poesía, la pequeña poesía, humilde como una rosa en la mano de un niño, se alimenta de recuerdos, de lo que la vida nos va dejando de bueno, de dulce, de esperanzado. Porque para escribir un solo verso, dice Rilke, es necesario haber visto muchas ciudades, sorprender las señas que hacen las flores por la mañana. Gorki en su paseo matinal en su retiro de Capri, tenía costumbre de hacer una pequeña fogata y sentarse junto a ella; de esa manera, tomando la misma actitud de cuando vagabundecaba por la estepa, recordaba lo que había sido su vida y preparaba sus páginas futuras. La obra literaria debe hacerse con la base del recuerdo de sus autores, por eso se considera toda auténtica literatura como una vasta autobiografía. De tal modo que todo un libro debe ser un documento. Tal es la importancia del recuerdo desde el punto de vista artístico. Ahora bien; el escritor pone en maceración sus recuerdos para que desprendan toda su esencia. Yo no sé lo que he visto; lo sabré dentro de algunos años, podrá decir, cuando vuelva a ver algo tremendo o sencillamente singular. A un periodista se le exige escribir sobre un hecho de que ha sido testigo, a la media hora de haberse producido; el escritor sólo a los diez años puede evocarlo.

El saber recordar es una virtud tan importante como la simpatía o el sentimiento; el ser que sabe recordar es tan admirable como el que sabe querer o el que sabe sentir. A veces el recuerdo parece una convalecencia, como un ángel piadoso que viniera de lejos a consolarnos de algo. La nostalgia es el dolor del recuerdo; la saudade es el llanto del paisaje cayendo como un orvallo sobre el corazón. El recuerdo es un niño que nos hace señas desde lejos y nosotros nos alegramos de entender sus señales. Porque el recuerdo es la semilla de la poesía. Puschkin alimentó su imaginación con las narraciones de su nodriza africana. El recuerdo es lo único cierto; es la ceniza de la vida, la que, por arte de encantamiento, se convierte en flores luminosas. Lo asombroso es que todo esto es la semilla del arte. De la vida material que se quema y se consume, reflorece la vida espiritual. Don Quijote no se engendró en la cárcel, como afirma Cervantes; se engendró y fué adquiriendo perfil, paulatinamente, en Roma, en Argamasilla de Alba, en las galeras del bey, en los baños de Argel, en los caminos de Italia, en todos los lugares donde Cervantes vió humanidad y sintió el destino como agria fruta. Por eso el escritor necesita de la perspectiva profunda en el tiempo; no puede ponerse a escribir al día siguiente. No es posible, se dirá, escribir sólo con el recuerdo; nadie ha dicho tal cosa. Hubo genios literarios puros; pero siempre habrá la bandera de un sentimiento flameando en la torre más alta de aquel palacio de la imaginación.

El Gulf Stream es un río cálido que corre en medio de las aguas del

océano; es un río que tiene riberas de agua y que fluye sin que su líquido se mezcle al que le sirve de cauce. Sólo a una potente imaginación se le hubiera ocurrido esta figura que nos ofrece la realidad: un río que tiene orillas de agua. Algo parecido sucede con el recuerdo humano; es una corriente cálida de tiempo, que tiene por lecho las aguas de la eternidad. El tiempo es sólo recuerdo; cuando se desentierra una pieza arqueológica milenaria, es el tiempo lo que resucita. Aristóteles, que fué a Oriente a buscar su filosofía, definió al tiempo diciendo que es la imagen móvil de la eternidad, es decir, lo que corre en medio de la imagen de la eternidad. Martín Fierro, arquetipo de un pueblo hecho de promesas y futuros, dice que el tiempo es la tardanza de lo que está por venir. El río del tiempo —cálido de recuerdo— corre en medio del océano de la eternidad. Einstein ha pensado que el tiempo es función de movimiento. El tiempo es la sangre de la eternidad. El tiempo fluye continuamente y es más real que la propia materia. Por eso, sobre el río del tiempo lo único que queda flotando es el recuerdo. De esa flor humilde que es el recuerdo, nace la filosofía, el arte y la historia del hombre.

PABLO ROJAS PAZ

## EL NACIMIENTO DE LA PLATA

**E**N un pedazo de no más de media legua de la inmensidad de la pampa, donde ésta, en realidad, deja de serlo para hacerse almohada del río *más ancho del mundo*, es decir, del Río de la Plata, y muy cerca de la célebre ensenada de Barragán, se estaba realizando un acontecimiento estu-pendo a fines del año 1883. Era sobre unas lomas y declives suaves, poco pronunciados, de tierra blanda y hoyosa, a la vera de dos antiguos pueble-citos: al norte, Tolosa; y un poco más lejos, hacia el noreste, el ribereño de la Ensenada histórica. La ciudad La Plata, nueva capital de la provincia de Buenos Aires, surgía allí de la noche a la mañana —según gustaba a la gente decirlo y propagarlo— cual arte de magia o encantamiento, sobre el campo apenas desbrozado. Nunca en América Latina se había visto cosa semejante. Surgía de unos montones numerosos, grandes y chicos, de mate-riales de construcción en constante movimiento, traqueados aquí, allí y acullá por las manos, las herramientas y las carretillas de millares de operarios que se afanaban sudorosos en producir casas, calles y palacios, sobre todo: palacios.

Entre dos de estos palacios recién comenzados, que eran casi nada más que andamios —el de la futura Casa de Gobierno y el de la futura Casa de las Leyes— se extendía un ancho terreno, lleno de baches y yuyos, como de tres hectáreas, destinado a plaza, a la sazón todavía sin nombre, que luego se llamó de la Legislatura, y después Primera Junta, y después San Martín, y después . . . ¿volverá a cambiarse el nombre de la simpática plaza? . . . En fin, en el centro mismo de ese espacio se estaba preparando el basamento para la enorme torre o trabazón de mástiles y pilares sobre cuyo pináculo, altísimo, una resplandeciente constelación de focos eléctricos, de primera magnitud, serviría de faro a los navegantes allá lejos, por el río epónimo, especialmente para la entrada del puerto.

Ladrillos, cal, arena, conchilla, pizarra, piedras, etc., formaban cúmu-los y ringles de todas formas y los más diversos volúmenes, entre los

herbazales y los árboles solitarios o agrupados por todas partes, en muchas cuadras a la redonda. Había también mármoles, bronces, hierros, madera, tejas, zinc, utensilios, en simétricas pilas o diseminados sin concierto.

Mezclados con esos amontonamientos y desparramos aparecían toldos, carpas, barracas y barracones, casillas de madera y tugurios, con sus techos de lona, de paja o de zinc, más o menos aceptables. Para llegar a sus puertas había en ocasiones que hundirse en el barro hasta los tobillos. Eran moradas de obreros o galpones del utilaje. Algunas rosas y claveles y a par jazmines y otras flores, abiertas o en botón, lucían en macetas o en vasijas de lata en el hueco de no muchas ventanas, o al pie de ellas. Estas gracias vegetales y los trinos de diversos pájaros enjaulados denunciaban a esas dueñas de casa que, si bien humildes y ajetreadas por la tarea doméstica, no están ausentes del embrujo con que regalan a veces las bellezas naturales.

Si exceptuamos a los vecinos de Tolosa y Ensenada, quienes en buen número sabían llegarse, no siempre faltos de ojeriza, a contemplar la portentosa *eclosión*; y a algún paisano huésped de la zona desde años atrás; y a uno que otro vagabundo más o menos pedigüeño, los únicos seres humanos que allí existían —fuera de los proveedores consiguientes— eran estos obreros coforjadores de la ciudad futura o, por decirlo mejor, de la Ciudad del Futuro, Futuro, así, con mayúscula, según la pensaba el insigne fundador y sus participantes en la trascendental idea.



El fundador era hombre de regular estatura, más bien bajo, de compleción recia, de ancho pecho; tenía ojos pequeños de azul muy claro, más brillo que color; la barba rojiza y enmarañada, lo mismo que su cabellera, lo cual —según susurros amigos— traslucía la llama de grandiosas aspiraciones, inquietas, pujantes, bullidoras.

Solía conversar tanto con los ingenieros y arquitectos de fuste como con los más modestos trabajadores y hasta tomaba parte en el trajín de los peones. Así entretenido, construía más en un instante su imaginación, que todos los ejecutores de su pensamiento en la realidad de las quincenas que corrían...



Estaba representada toda la variedad de los oficios de las grandes construcciones de la época, desde los picapedreros y empedradores hasta los recamadores y orfebres de cortinados y tapices. Ciertamente que estos últimos, junto con los demás maestros en las artes del superdecorado, eran muy

pocos y sólo se ocupaban por el momento en tomar medidas y calcular ganancias, pero tenían concepto de su misión prominente en la magnificencia próxima de la nueva capital.

En número y actividad predominaban los empedradores y los albañiles. Los dirigían animosos ingenieros, arquitectos y sobrestantes.

Trabajaban diseminados en grupos dispares, más o menos numerosos por la ciudad naciente. Se movían unos a ras de suelo talando árboles o empedrando calles, o apisonándolas simplemente con tierra y cascotes, mientras las carretillas y vagonetas traqueteaban entre diversos puntos, repletas o descargadas: otros cegaban zanjas naturales bastante abundantes; o bien las abrían nuevas para los cimientos; muchos manipulaban con los avíos de su oficio sobre los techos inconclusos; o sobre anchas paredes truncas, rojas por sus ladrillos aún desnudos; y la mayor parte desplegaron actividad sobre los tablonos de los andamios.

De sol a sol no había sosiego para hombres y herramientas. Alarifes, albañiles, herreros, carpinteros, plomeros, empedradores, todos sentían armonizada la ruidería revuelta de sus trabajos por la magia de la obra trascendental en la que se hallaban comprometidos. Faltóles acaso su poeta, un poeta de la clase del norteamericano Walt Whitman o del flamenco Verhaeren, pero no la poesía.

Desde algunos de dichos sitios, desde los más altos, en las horas claras, se veía hacia el este-noreste, mecida a veces por la brisa, la fronda como inacabable del dilatado bosque (casi en total de eucaliptos) que servía de vanguardia a la ciudad. Era el ondear ancho y desigual de un río de tupida verdura, fulgente al sol, que traía a la mente el ondear del otro, anchuroso —un poco más distante— de aguas casi planas, cargadas de limo, a veces color de puma, a veces de zinc y azogue, o de plata y nácar; de anchura inabarcable... el mismo que al comienzo del siglo XVI fué un mar de paradoja según el gráfico bautizo de Juan Díaz de Solís, el descubridor: "¡Mar Dulce!", "¡Mar Dulce!".

En su costa, sobre la Ensenada de Barragán, se estaba construyendo, para la Gran Ciudad vaticinada, el puerto homónimo que iba a ser, que tenía que ser —pues así la voz de la Historia y la voz del Porvenir lo demandaban— asombro de América y del Mundo. Miradas acuciosas lo preveían cual otro bosque tupido de naves de los más variados calados y banderas. Humos, velas y tráfago a granel. En puentes, vergas y jarcias se le representaban argonautas de todos los rumbos cantando el hallazgo de la tierra dorada, de la dorada esperanza. Rivadavia y Alberdi llegados del limbo de la Historia se asomaban gozosos por entre las nieblas translúcidas del horizonte para comprobar el acierto de sus moniciones. En repetidas

horas, unas nubes blancas, en cirros, opalinas, se deshilachaban con lentitud haciendo en el cielo dibujos evanescentes. En otras horas, la atmósfera de un azul diáfano, tenuísimo, casi incoloro, se ahondaba, cada vez más azul, profundizándose en el cielo, sin solución de continuidad.



Hacia el otro extremo del ejido nominal, por el sudoeste, un poco hacia el sur, en las afueras lejanas, ya pleno campo, se distinguían unas volubles columnatas de humo que llevaban a las nubes el tributo de los hornos de ladrillos (1).

Por millones, o cientos de miles, salían casi diariamente los ladrillos para el milagro de la urbe en cierne, y no alcanzaban. Venían en carretas arrastradas por una o dos yuntas de bueyes de largos cuernos y carnes concisas; o (lo más corriente) en carros de altas ruedas tirados por pelotones de cinco, seis, siete —o diez— o más caballos, de variados peles, sin mayor vistosidad, salvo excepción; ni grandes ni chicos, ni gordos ni flacos, algunos medio panzones, pero forzudos los más; sobrios, sufridos, elásticos; curados de soles y vendavales, de lluvias y de estrellas; de leguas y leguas, y quedadas... en esos caminos charcosos de la llanura pampeana... ¡Ico! ¡Moro! ¡Noble! ¡Tordo! ¡Rico! ¡Ico!... ¡Nene! ¡Zaino! ¡üico, pingos! ¡Caballito criollo!

Algunos ladrillos se zafaban de la carga y caían, enteros o rotos, entre el barro de la calle. Así se quebraba un destino. Fueron preparados para la gloria de integrar el prodigio de la insigne ciudad viniente, y fracasaban sin tocar sus umbrales, como ciertos soldados dotados para la grandeza cuando mueren por cualquier causa accidental antes de la batalla.

Pocos o muchos perros y unos "tules de polvo", impregnados de sol, solían acompañar a los carros y carretas. No faltaban carros que trajeran asimismo el consabido séquito de caballos de repuesto, "la tropilla", pero estaban generalmente destinados a la capital de la Nación, que también ella pedía con apremio ladrillos y más ladrillos; o a distintos pueblos de la provincia, de los cuales se había apoderado, por volador contagio, la fiebre constructiva. Se mostraba por tal manera, en irrefragable caso concreto, la taumaturgia de "Juan Sin Ropa el Forastero", es decir, el inmigrante, al conjuro de cuyas manos y canciones —según al otro año iba a expresarlo el poeta Rafael Obligado— el desierto sacaba de sí mismo ciudades a millares.

---

(1) El ejido nominal, según el mensaje y la ley de fundación, era de seis leguas, mucho más amplio, como se ve, que el efectivo mencionado en las primeras líneas de este artículo.

Y cuando el sol rajaba, los perros con la lengua afuera, refugiaban, en ocasiones, su paso o su trote debajo de los rodados en marcha. El cencerro de la yegua madrina sonando de continuo, parecía por momentos estar ligado, mediante la inconsútil transparencia del aire, a las colas de los perros y al canturreo del carrero. Todo ondulaba a compás, hasta que un barquinazo —o una serie— quebraba el aire y rompía el encanto.

Desde que se colocó la piedra fundamental de la ciudad —19 de noviembre de 1882— se había perdido mucho tiempo, a causa, por una parte, de la inclemencia invernal, y por otra, de la falta de materiales y de obreros en número apropiado. Puédese decir que el año 1883 “dejó mucho que desear”, sobre todo en la edificación de casas particulares. Por ello y porque era inminente la fecha de la instalación de las autoridades superiores de la Provincia, se trabajaba ahora con redoblado ahinco (2).

En ocasiones, los carros formaban caravanas por el campo o las calles de barro, mojadas a veces por lluvias recientes, o lejanas, donde las huellas de las ruedas se hundían cada vez más. Los desniveles y baches abundaban. Los cuarteadores estaban acostumbrados a realizar proezas. Y por ahí —por ejemplo al enfilar alguno de los puentes recién construídos sobre el “Arroyo del Gato”— solía oírse, haciendo volteos en la atmósfera, la entonación llamadora de algún carrero con el chambergo ladeado sobre el relieve de la melena, su gran pañuelo al cuello, volándole las puntas para atrás sobre los hombros; un clavel coqueteándole en la oreja; y su cuchillo al cinto “por si acaso”. Este que pasa ahora va recitando con ironía la cuarteta popularísima entonces en la capital federal y gran parte del país:

*Iremos a La Plata,  
la nueva capital,  
donde se gana mucho  
con poco trabajar.*

De momento canta haciendo gorgoritos:

*A la güeya, güeya...  
vidalita...*

---

(2) El gobernador y demás autoridades superiores de la provincia, se trasladaron de Buenos Aires a La Plata el 15 de abril de 1884. Sobre las dificultades a que se refiere este párrafo hay datos en los periódicos de la época, los mensajes y memorias ministeriales de la provincia (1883-188), especialmente en la de los ministros Achával y Seguí. También en la de 1884 del director general de las escuelas don Juan M. Ortiz de Rozas y los diarios de sesiones de diputados y senadores. La sesión de estos últimos realizada el 1º de setiembre de 1883, por ejemplo, es bastante ilustrativa. En cuanto a la “ojeriza” con que miraban la portentosa construcción numerosos vecinos de Tolosa y Ensenada, don Emilio Coutaret publicó hace años una interesante reseña.

*¡ah!*

.....  
*Cuatro cosas de bueno  
 tiene La Plata,*

*¡ah! ¡ah!*

*montes talaos,  
 calles con charcas  
 mujeres muy pretensiosas*

*¡aura!*

*¡y el carrero sin lata!...*

“Latas” llamaban ellos a las monedas, otros decían: “carreros sin plata”; también las llamaban: “chala”, “guita”, “monis”, “chirola”, etc.

*...Soy un árbol deshojao  
 un mal tiempo me hizo mal,  
 sólo me queda el penar  
 y recordar el pasao...*

Los rechinantes barquinazos eran comunes, y también lo eran las melodías del conductor puramente silbadas. El zorzal y la calandria —y también el chingolo— se escondían dentro de su propio azoramiento como si se destituyeran para siempre de la zona, y sólo se elevaban los gorjeos y otras armonías humanas:

*¡Jué pucha!; que traí liciones  
 ¡el tiempo con sus mudanzas!*

.....  
*Yo he conocido esta tierra  
 en que el paisano vivía,  
 y su ranchito tenía  
 y sus hijos y mujer...  
 era una delicia el ver  
 cómo pasaban los días...*

.....  
*¡Jué pucha! que traí liciones  
 el tiempo con sus mudanzas! (3)*

El aleteo brusco, sobre las cabezas de algunos postes de cerco, con su seguimiento del vuelo tardo que hacen chimangos y caranchos; o algún chistido solapado de lechuza más o menos cercana, o el ladrar corto y seco de los perros, parecían de burla.

(3) Del *Martín Fierro*, 1<sup>o</sup> parte, canto II.

En veces los cantadores aludían a revoluciones pasadas o de expectativa, con sus criollos muy hombres —“machazos”— y sus “renegados” “¡vendidos!” “¡traicioneros!”

Los nombres de Tejedor, Urquiza, Mitre, Alsina, el padre y el hijo; los dos Lagos, los hermanos Campos, Avellaneda, Rocha, Roca, etc., etc., se daban en pintorescas mezclas de ensalce y escarnio.

No faltaría de seguro entre estos paisanos, algún émulo de Calixto Oyarzábal, pero el horno no estaba para bollos (este Calixto Oyarzábal, fué un asistente del general Mansilla que con su aire de “sonso estudio” había hecho también él su criolla revolucioncita “allá en provincias” (4).

A las veces los versos eran procaces. A las veces sin embargo traslucían una profunda tristeza gaucha o reflejaban añosa sabiduría popular, repitiendo estrofas del *Martín Fierro*, cuya *Vuelta* se celebraba desde hacía unos pocos años, o los más viejos de *Anastasio el Pollo*:

*¿Sabe que es linda la mar?...  
La viera de mañanita  
cuando a gatas la puntita  
del sol comienza a asomar...  
usté ve venir a esa hora  
roncando la marejada...*

Algunos interrumpían aquí bruscamente la rima, para largar en seguida con intención, la cuarteta más sombría del intermedio:

*Y en las toscas es divino  
mirar las olas quebrarse,  
como al fin viene a estrellarse  
el hombre con su destino...*

Y si les venía en gana proseguían hasta la conclusión subsiguiente:

*Parece que el Dios del Cielo  
se amostrase retobao  
al mirar tanto pecao  
como se ve en este suelo...*

Tales trovas y muchas más, algunas de ellas no tan transcribibles, por desgracia, solían acompañarse con guitarra por los mismos carreros, o por

---

(4) LUCIO V. MANSILLA: *Una excursión a los indios ranqueles*, tomo 1º, capítulo V. MARCOS MANUEL BLANCO: *Lucio Víctor Mansilla, Fantasía y Realidad*, en NOSOTROS, nº 46 y 47 —2ª época— enero y febrero de 1940.

avisados gauchos de los alrededores, en alguna esquina o boliche del camino, o "bajo el ombú corpulento, de las tórtolas amado", como dijera el poeta; lugares éstos donde no dejaban de producirse, de tiempo en tiempo, jugadas "grandes" de taba, riñas de gallos, carreras cuadreras y de sortija, y también payadas de contrapunto.

Era el canto del cisne. Porque el verdadero contrapunto no era éste sino el otro, el que se cumplía entre la vieja tierra criolla, con todas sus tradiciones y rutinas, y la Gran Ciudad que en ella nacía como una de las expresiones más excelsas del "Progreso". Era, en términos de realidad viva, una de las fases más impresionantes del frente a frente y cara a cara que en esa hora había de compendiar o reflejar Rafael Obligado en la última parte de su leyenda de Santos Vega (*La muerte de Santos Vega*), dada poco después a la imprenta según ya dijimos; nueva forma más benigna, poética, melancólica, un tanto pudorosa o atribulada, de la tajante *Civilización y Barbarie* de Sarmiento (5).

La antinomia de ciudad y campaña —fuente de cultura y de libertad la primera, y de ignorancia la segunda— barbarie, caudillismo, anarquía— está explícita en el mensaje de la fundación (marzo de 1882) como también lo está, en relación análoga, la idea de que la inmigración es el depurativo necesario para lo hispano-criollo. En lo atinente a lo ibérico encontramos una especie de contrición en el discurso pronunciado cuando se colocó la piedra fundamental —es decir el 19 de noviembre de 1882— pero no vemos borrar bastante con el codo nervioso lo que las manos escribieron en el mensaje de la fundación, que es el verdadero, a nuestro juicio, y por otra parte, el sermón queda intacto como paliza soberana de adjetivos para todo lo criollo.

La Plata venía a ser una elocuente ejecución del programa de la clase directora del 80, la heredera directa de Caseros y de la Organización Nacional, el programa de las *Bases* y de la *Vida de Wheelwright* por Alberdi, el del *Facundo* de Sarmiento, elevado a su máxima expresión concreta. Junto con los grandes acontecimientos de la época —y más que ninguno— la gran ciudad en esquicio

*era el grito poderoso  
del Progreso dado al viento*

.....

---

(5) Según noticia dada el 9 de abril de 1885 por el diario *El Nacional* de Buenos Aires, había llegado días antes a la aduana de la capital federal, el libro *Poesías* de Rafael Obligado, impreso en París por encargo del editor porteño don Félix Lajouane. De modo que no está mal suponer que don Rafael lo dió a la imprenta en 1884. En cuanto a la

*la visión ennoblecida  
del trabajo antes no honrado (6)*

.....

Es la seguridad del progreso, la estructuración de la opulencia, a que cantó Olegario Andrade en *Atlántida* y otras composiciones: "los millares de antorchas del progreso"; el sentimiento de la grandeza futura del país, de que nos habla Juan Agustín García; la "previsión segura del porvenir" a que se refiere, en párrafos vibrantes, el fundador Dardo Rocha (7).

La Plata, con su puerto colosal, su comercio y sus industrias, sus líneas de comunicación para todo el país y el exterior, sus palacios, sus parques y monumentos, sus avenidas en ángulo recto y en diagonal; la luz eléctrica que iba a darse por primera vez en Sud América, sus aguas corrientes y sus proyectadas fáciles obras sanitarias, sus escuelas, exposiciones, el Museo, el Observatorio Astronómico, el instituto de artes y oficios, su inmigración, etc., etc., sería en breve la ciudad insigne, la más adelantada, la más cómoda y hermosa, "la segunda en población, la primera en belleza" (términos textuales) de nuestra República, la ciudad monumental, la urbe ciclópea de la América latina y, acaso, dentro de muy pocos años, figurase entre las primeras, "las más primeras", de la civilización occidental. Artículos, prospectos, folletos y libretos la marean con sus incensarios: panegiristas de las más diversas procedencias: uruguayos, italianos, suizos, franceses, belgas; alemanes, ingleses, portugueses, la colocaron en efecto, entre las mejores de la tierra. Cuando el curioso lector se ensimisma en esas páginas, adivina por instantes que el mundo entero va a quedar detrás de la ciudad, a remolque de la Gran Ciudad viniente.



La cura de los argentinos por el trabajo, o la redención del país por el trabajo, según los modelos de Europa y de los Estados Unidos de Norte América, puede considerarse como lema destacado de la fundación.

El mensaje ya citado que Dardo Rocha, en su carácter de Gobernador, presentó a la Legislatura de la provincia de Buenos Aires el 14 de marzo de 1882 (con la firma de sus dos ministros D'Amico y Uriburu) trasciende a las claras este pensamiento. Por medio de la creación de la "Gran Ciudad" se espera transformar fundamentalmente a la provincia, cuyas condiciones

---

*Vuelta* de Martín Fierro a que aludo más arriba es de 1878. Los versos transcriptos, anteriores a 1870, son los muy conocidos de Estanislao del Campo en el *Fausto*.

(6) RAFAEL OBLIGADO: *Santos Vega*, canto IV: "La muerte del payador".

(7) JUAN AGUSTÍN GARCÍA: *Introducción a las Ciencias Sociales Argentinas. La Ciudad Indiana*, etc. DARDO ROCHA: Mensaje de la fundación.

sociales, étnicas, políticas, económicas, culturales, se reputan deficientes con exceso. Esta inferioridad se atribuye sobre todo a la herencia hispánica, a la mala distribución de la población, a la carencia de ciudades frente a la inmensidad de las campañas incivilizadas y a la falta de hábitos de trabajo en la gran masa de sus pobladores nativos. Las grandes ventajas naturales de la tierra, se consideran anuladas por los defectos de sus hombres.

Inquietan al fundador varios problemas, entre ellos el de la educación general, que escasea demasiado. Oigámosle:

“Los niños que se educan (en las escuelas) son 21.959, siendo los educables 76.820. Estamos, pues, en una triste proporción”... “Estamos también abajo de casi todos los pueblos civilizados, con excepción de los sudamericanos y de Portugal, Rusia y Egipto. No debe satisfacernos tan triste prioridad”.

El catónico fundador estaba lejos de imaginar, por lo visto, lo cual no era una originalidad de su parte, que en la vieja Gran Bretaña la tierra madre de las libertades públicas en el occidente contemporáneo, la precursora de la Revolución Francesa y de la independencia de las naciones americanas), no andaban mucho mejor las cosas que digamos en materia de instrucción pública. En Mánchester, por ejemplo —año 1845— el 33 % de los hombres y el 49 % de las mujeres firmaban poniendo una cruz al pie de lo que otros le leían y presentaban a base de buena fe. En 1861, la proporción era de 25 % en los varones y 35 % para el renglón femenino. En fin, recién en 1891, la instrucción escolar fué declarada obligatoria y un poco más adelante, en 1912 gratuita para todos.

Tampoco podía sospechar Dardo Rocha que, algún tiempo después de su mensaje, ese gran pensador francés que se llamó Juan María Guyau iba a dar a luz ciertas reflexiones, sobre base de rigurosa estadística, de cuyas cifras se desprende que el aumento del alfabetismo y de la enseñanza pública no está siempre en firme relación directa con el de la cultura (8).

Pero ¿qué podía sospechar si en su obsesionante magicismo olvidó observaciones que pocos meses antes había hecho él mismo con su dilecto ministro Dr. Carlos D'Amico. Son páginas que parecen un anticipo de las de Guyau... En la memoria oficial de dicho ministro correspondiente al ejercicio 1881-1882, sobre asiento de detalladas estadísticas, se declara que, a pesar de ser la población argentina mucho más numerosa que la extranjera, la criminalidad es ampliamente mayor entre los extranjeros; se declara

---

(8) ANDRÉS MAUROIS: *Historia de Inglaterra*, libro VII cap. VI, apart. IX. Edic. Empresa Letras, Santiago de Chile, 1937, trad. A. Cruchaga Santa María. GUYAU: *La Educación y la Herencia*, cap. V, trad. de Adolfo Posada.

también que de otra planilla (cito literalmente), "resulta este hecho anormal y contrario a todas las reglas: que es mayor el número de sometidos a la acción de la policía que saben leer y escribir que el de los que no saben". "Sin duda —sigue explicando el ministro de Rocha— eso proviene del exceso de extranjeros, que en su mayor parte tienen nociones de primeras letras".

Entre los 11.200 extranjeros a que alude la memoria ministerial hay 1.595 sudamericanos: chilenos, uruguayos, brasileños, paraguayos, etc.; pero los más, que alcanzan a 9.588, son europeos: italianos, españoles, portugueses, franceses, alemanes, ingleses, suizos. La suma de los argentinos da 5.199 (9).



Volvamos al mensaje de la fundación. El mensaje continúa con su análisis amargo de la civilización y la educación en la primera provincia argentina. Uno de sus temas más graves es el de la abundancia de hijos naturales. Y para que las estadísticas y conclusiones no asombraran demasiado o no pareciesen contradecir a las que se conocían por publicaciones anteriores, declaran Dardo Rocha y sus ministros que cuando la ciudad de Buenos Aires (transformada recientemente en capital de la Nación) pertenecía a la provincia "modificaba todas las cifras desfavorables, porque ella compensaba en parte las deficiencias y era a la vez un núcleo poderoso de acción y de progreso".

Pero, a pesar de todo, añaden a renglón seguido, "*tan poderosa agrupación humana*", es decir, la ciudad de Buenos Aires, "no ha rendido todos los beneficios que la campaña debía esperar de ella, porque su poder no se aplicaba eficaz y útilmente, y porque, en justicia, la época era menos favorable para que pudiera hacerse".

En buen castellano, esto quiere decir que la ciudad nueva haría por la provincia y, en consecuencia, por el país entero, lo que no hizo la vieja capital. En síntesis, La Plata, gran ciudad, iba a ser más eficaz que Buenos Aires, ciudad antigua.

Entre los recursos para efectuar el magno designio se contará con "un verdadero puerto", el primero de la República, destinado a producir en ésta una verdadera revolución económica y a "reemplazar" al puerto de Buenos Aires en la guarda del majestuoso estuario.

Como bien se percibe, esto no es la construcción de una ciudad; es la construcción de un país; construcción o reconstrucción, lo mismo da en

---

(9) Memoria del Ministro Secretario en el Departamento de Gobierno, Dr. Carlos D'Amico, 1881-1882; tomo 1º, págs. 144-145.

este caso; aquí la sinonimia se impone. Las facilidades, sin cálculos matemáticos, para la adquisición de terrenos y construcción de casas con base en préstamos de bancos oficiales, fueron uno de los corolarios.

El sentido mágico que informa este mensaje y con el cual se concibió, proyectó y comenzó a edificar la nueva capital, tuvo también la consecuencia insospechada para su autor de levantar delante de él otro mago o demiurgo de la política nacional, su gran amigo de ayer, hoy tremendo enemigo, el presidente de la República, general Roca, el cual le aceptó como un desafío lo que no quería serlo y se apercibió con su varita, como de soslayo y al desgaire, para el combate de encantamientos. Pero este *Contrapunto* requiere estudio por separado.

MARCOS MANUEL BLANCO

La Plata.

## LAS IDEAS POLITICAS EN LA HISTORIA COLONIAL

**D**URANTE más de cuatro siglos, cronistas e historiadores han escrito obras generales y monográficas sobre la historia colonial americana sin ocuparse, ni una sola vez, de las ideas políticas en los antiguos virreinos. Ensayos aislados han hablado de la democracia, de intentos revolucionarios y de ideales confusos; pero nunca aclararon su génesis ni los clasificaron ni imaginaron la historia de su desarrollo. La historia de las ideas políticas es el tema más desconocido en la América Hispana, y, en lo que respecta a la historia colonial, el más insospechado. No ocurre así en los Estados Unidos, donde la cultura de muchos investigadores tiene una formación más amplia y más sólida. Por espacio de largo tiempo creyóse que la ausencia de documentos hacía imposible el estudio de las ideas políticas en la época colonial. Ahora se cumple que las ideas políticas hallanse ocultas y diluidas en innumerables documentos, muchos de aparente carácter económico. No es necesario que existan tratados o debates sobre ideas políticas para conocer su existencia y su influencia. El examen de la historia nos muestra, porque no hay historia que no obedezca a alguna idea política y, por tanto, que no las contenga. Otra falsa creencia fué la de imaginar que los únicos problemas que existían en la colonia y las únicas ideas que los movían, eran los problemas económicos y las ideas económicas. Su existencia y su influencia no pueden negarse; pero tampoco puede negarse que al lado y encima de ellos existían las fuerzas políticas iniciadoras y directoras de los sistemas económicos. Quienes han escrito sobre cuestiones de historia económica han creído, buenamente, que los problemas económicos nacían y se desarrollaban por sí mismos, sin ninguna idea que los justificase, impulsase y dirigiese. La realidad es todo lo contrario: no son los sistemas los que crean las ideas, sino las ideas las que dan vida a los sistemas. Toda las fuentes son buenas para nuestro estudio; las económicas, las teológicas y las puramente históricas. El conocimiento de las ideologías políticas y jurídicas europeas es fundamental. El desarro-

llo histórico nos muestra la evolución de las ideas. No puede mostrárnoslo en la misma forma el desenvolvimiento literario, como creen autores acostumbrados a no investigar lo único que debieran investigar.

En nuestra América colonial no hemos tenido ideas puritanas; pero hemos tenido el fondo de esas ideas y otras muchas que los puritanos no conocieron. Luego tuvimos una sucesión de ideas e influencias que en parte coinciden con las de Estados Unidos y en gran parte, no. Muchas teorías extranjeras se aclimataron a tal punto entre nosotros que se han convertido en ideas nacionales. La mayoría de los historiadores cree que nada debemos a la colonia. Otros, con prejuicios mayores, creen que a la colonia debemos todos nuestros males. En cuestión de ideas están convencidos de que no hemos heredado un solo pensamiento colonial de carácter político y hasta creen que no hubo política en la colonia ni ninguna causa que permitiese hablar de absolutismo y de libertad, de democracia y de aristocracia. Para estos ingenuos —por no decir ignorantes— los hombres que vivieron en la América Hispana durante la época colonial realizaron el estupendo milagro de vivir trescientos años sin tener un solo pensamiento. Para ellos, los revolucionarios de 1810, los caudillos de los años posteriores y todos los políticos que en esos años demostraban tener tantas ideas de gobierno y de política, se despertaron con ellas el día de la independencia, cuando ocntaban treinta y más años de vida, sin haber aprendido nada antes de 1810. Nos hallaríamos, así, frente a otro milagro: el de unos hombres que pasan la mitad de su vida sin un ideal político, y de pronto, de la noche a la mañana, se encuentran con cien ideales en el cerebro. Es indudable que ha existido una herencia colonial que ha modelado nuestra vida independiente y que lejos de haber roto con la colonia, hemos continuado la colonia y hemos luchado para volverla a imponer en 1810, con toda su democracia y libertad, cuando un absolutismo extraño quiso romper nuestra tradición.

Así considerada, nuestra historia es realmente nacional, con una antigüedad cuatro veces superior a la que se le ha asignado y con ideales de democracia y libertad que se unen a los más viejos de la tierra. Así no somos unos traidores ni unos aventureros ni unos improvisados, sino unos tradicionalistas, unos conservadores y continuadores de todo cuanto se ha construído, se ha soñado y se ha conquistado en nuestra Patria americana desde que apareció en la historia.

Nuestras luchas por la independencia no fueron la expresión o el resultado de problemas locales ni tampoco americanos. Fueron la expresión de una cuestión mundial, de una lucha europea e hispanoamericana entre el absolutismo y el liberalismo. Comenzaron con la expulsión de los jesuí-

tas y terminaron con la independencia del Nuevo Mundo. La historia de nuestras ideas políticas es, en este sentido y en apariencia, diferente de la de Estados Unidos; pero en el fondo y en esencia tiene los mismos elementos y los mismos fines. Nuestra historia ideológica es el fundamento, la explicación y la razón de nuestra historia económica y, especialmente, militar. Los grandes capitanes combatieron por grandes ideales, aunque todos los historiadores que se ocupan de sus vidas no se ocupen de sus ideas. Hemos hecho combatir, en los libros de historia, a españoles y americanos sin saber por qué combatían; hemos llamado traidores a los americanos que luchaban en el ejército español, y los españoles han aplicado idéntico calificativo a los peninsulares que combatían en las filas americanas. Ignorancia magnífica, con más de un siglo de inconsciencia o resignación. No supimos nunca que fuimos los triunfadores en un duelo mundial entre liberales y antiliberales y que, por nuestra independencia, nos convertimos, de hecho y de derecho, en los máximos exponentes del liberalismo universal. La lucha fué jurídica, filosófica y teológica, y el derecho natural triunfó, para siempre, sobre el derecho divino. No contamos con muchos ni grandes pensadores; pero los pocos y mediócrs estuvieron bien empapados de las ideas más liberales y absolutistas de la gran contienda universal. No tuvimos, en la América Hispana, la teología reaccionaria que suscitó tantas cuestiones al liberalismo norteamericano. Nuestro camino, aunque más largo, estuvo más expedito que el de Estados Unidos gracias a la incontaminación de la religión católica. Vivimos luego un romanticismo político y una restauración absolutista.

Nuestro absolutismo y nuestro liberalismo típicos no se opusieron tan fuertemente en Estados Unidos porque las múltiples sectas religiosas que existían en ese país crearon una tolerancia que en la América Hispana no era posible. La ausencia de herejías o de sectas favoreció en unos aspectos el desarrollo de nuestras ideas, y, en otros, lo contrarió. En Estados Unidos fueron más graves los problemas relacionados con la teología, y en la América Hispana, los vinculados a la política. En el Norte el absolutismo tuvo una base religiosa, y el liberalismo, una defensa filosófica. En el Sud ambas tendencias no rozaron la teología: se mantuvieron en el campo político y éste dominó hasta las cuestiones religiosas.

Cuando decimos que tuvimos anarquía y tiranía porque tuvimos caudillos, decimos una verdad; pero olvidamos agregar que si existieron caudillos fué porque hubo ideas que los produjeron. Hemos tratado de explicar los caudillos acudiendo a la geografía, a la sociología, a la economía, a cuestiones personales, a la instrucción pública y a otras lindezas, y nunca a las ideas: lo único que explica las acciones de los hombres.

Igual enfoque crítico han sufrido el arte y la literatura. Parece imposible; pero el hecho es cierto: todos los historiadores de nuestra literatura colonial y de los primeros años de vida independiente no han escrito, de ningún modo, la historia de la literatura, sino las biografías de los escritores y, a lo sumo, nos han sintetizado los argumentos de algunas obras. De su espíritu, de sus ideas, de sus tendencias: ni una palabra. Resulta, pues, que todo está por hacer, por empezar, por analizar y por comprender. A los cronistas se les ha calumniado por no escribir historia citando archivos que entonces no existían, de acuerdo con métodos que sólo empezaron a usarse dos y tres siglos después. A los poetas se les llamó adocenados y románticos, y a los teólogos, forjadores de patrañas, pesados y aburridos. Todo un criterio fruto de un estetismo equivocado y una completa incompreensión de la historia como pensamiento y de las ideas como historia. Las rebeliones, las protestas, fueron estudiadas todas como episodios, como curiosidades: nunca se supo ver en ellas el verdadero soplo creador, la fuerza animadora, la razón de su realización. Las rebeliones coloniales son choques de ideas tan importantes como los choques y las ideas que produjeron la independencia, sólo con un distingo: que la independencia fué tan insospechada, mientras se hacía, como si se hubiera vivido en siglos anteriores. Los eruditos ingenuos que han buscado antecedentes de la independencia antes de su realización, a lo largo de tres siglos de historia colonial, han demostrado ignorar, brillantemente, lo que es historia, pues historia es conjunto de ideas y hechos surgidos de esas ideas. Nunca hubo intentos de independencia en la América Hispana porque la independencia apenas fué concebida en los momentos que se firmaron las actas, o muy poco antes, por individuos aislados, y porque todas las luchas internas de la colonia y de los primeros años del siglo XIX fueron encuentros del derecho divino y del derecho natural, en otros términos: del absolutismo y del liberalismo.

ENRIQUE DE GANDÍA

## SOCRATES Y SEGISMUNDO

**H**AY un pasaje del *Gorgias* en que Calicles, en el curso de una discusión hábilmente conducida por Sócrates, termina por confesar lo que parece ser el fondo de su pensamiento: el único bien a que se debe aspirar, lo que constituye la mayor felicidad, y la única posible, consiste en la satisfacción plena e ilimitada de las pasiones. Sócrates, por su parte, no invoca tampoco para el hombre ningún fin trascendente, nada que no sea su propio bien. Todos aspiramos a la felicidad: bien está, dirá él. Pero si, para ser felices, nos afanamos, sin reparar en los medios, en la conquista del poder o la riqueza, ¿somos consecuentes con nosotros mismos? Ahí está la disidencia. El camino que lleva a la verdadera felicidad ha de pasar, según el filósofo, por un repudio de las pasiones. Para lo cual bastará, por otra parte, con reconocer su verdadero significado. Saber —pero saber de cierto modo— obliga a preferir el bien y preferirlo de tal manera que quererlo es lograrlo. Porque no existe obstáculo ni coacción externa capaz de impedir al hombre justo que lo siga siendo hasta el último momento de su vida. Que esto es posible lo ha demostrado Sócrates, más que con discursos, con su propio sacrificio.

Pero ¿no hay hombres que obran mal a sabiendas, porque no pueden evitarlo o porque se complacen en hacerlo? Ellos son, en su concepto, víctimas de su ignorancia; no de la ignorancia de aquél que nada sabe y quiere aprender, sino de la de aquél que cree saber y no sabe, que ésa es la verdaderamente dañina. Es que tales hombres no están realmente al servicio de sí mismos: no hacen más que marchar a la zaga de sus pasiones.

El saber que hace preferir y amar la felicidad, está al alcance de todos. Aquél que nos enseña cómo se debe proceder para conquistarla es el que caracteriza al filósofo: es, en una palabra, la verdadera sabiduría. Se halla, sin embargo —he ahí el optimismo socrático— al alcance de todo aquél que haga, solo o con la ayuda de los demás, un verdadero examen de conciencia. Esa ha de ser, en consecuencia, la faena ininterrumpida y apasionada de Sócrates. De ahí también su máxima predilecta: conócete a tí mismo. Y es precisamente con esa acepción socrática de saber que uti-

lizamos la palabra conciencia con el doble sentido de pleno conocimiento y de solvencia moral. Es así que calificamos de inconsciente a una persona que no se rige por los mandatos de la conciencia, porque no tiene noción de los valores que pone en juego su conducta.

Querer y saber son aquí dos aspectos de una misma cosa: a un falso saber corresponde un aparente querer. Los grados del saber los desarrollarán los estoicos, construyendo una escala que comienza con la simple percepción, pasando luego por el asentimiento y el concepto, para llegar finalmente a la firme convicción.

Lo que distingue el querer aparente del verdadero es materia de la enseñanza socrática. Para los estoicos ya no basta esa discriminación: saber y querer no se implican mutuamente. Si para Sócrates es necesario y suficiente establecer una distinción entre buenas y malas pasiones, los estoicos, en cambio, terminan por condenar todo apasionamiento.

Tenemos así, dentro del marco del clásico eudemonismo griego —la felicidad como supremo objetivo— lo que más tarde veremos oponerse, en el cuadro de la filosofía medieval, con los expresivos nombres de primado del intelecto y primado de la voluntad. Pero Sócrates no sólo ha puesto el acento sobre el saber, sino que lo considera absolutamente inseparable de la correspondiente voluntad de querer lo que se sabe que es bueno. Donde veremos planteada esta relación en términos similares a los de Sócrates, es en Espinosa. Más de veinte siglos han transcurrido desde que se apagó el último eco de las discusiones del gran ateniense, cuando Espinosa pone en la base de su sistema la distinción socrática entre el saber verdadero y el aparente. Tenemos de las cosas —dirá él— ideas adecuadas o ideas confusas. La terminología es de Descartes, pero hay algo más: su psicología de las pasiones es una dinámica del alma basada en la primitiva distinción socrática. Somos esclavos de una pasión —nos dice— en la medida en que tenemos de ella una idea adecuada. He aquí una cosa curiosa. Sin ser propiamente la liberación freudiana de la voluntad —el restablecimiento del pleno dominio del “yo” sobre el “ello”, por el conocimiento de los complejos que yacen reprimidos en el inconsciente— constituye esta afirmación una de sus premisas. Por eso es que la concepción de Espinosa hace resaltar, hasta el límite de lo impresionante, la semejanza entre la mayéutica socrática —el arte de dar a luz las ideas latentes en el fondo del espíritu— con la moderna técnica freudiana de la interpretación de sueños y fantasías y del análisis de la libre asociación de ideas. Lo que media, en efecto, en concepto de Sócrates, entre el saber superficial —lo que los griegos acostumbraban llamar “doxa”, opinión— y la verdadera sabiduría, la “sofía”, es lo que separa, en el de Espinosa, a una

idea inadecuada de una idea adecuada. Y lo que en ambos pensadores va de saber —en el sentido corriente del término— a querer y poder, es lo que separa precisamente, desde el punto de visto psicoanalítico, el ánimo más o menos perturbado por la influencia de ideas reprimidas y la mente normal de quien, de una u otra manera, las ha superado.

Lo que la filosofía realiza, como función liberadora, en opinión de Espinosa, enseñándonos a formarnos de nuestras pasiones un concepto racional, es lo que vendría a hacer el psicoanálisis, no en la concepción de una terapéutica de gabinete o de hospital, por supuesto, sino como un esfuerzo enderezado a iluminar los recónditos laberintos del alma. Y si la concepción freudiana, que por su núcleo constituye una psicología y una doctrina terapéutica, no incluye una ética normativa, —más allá de lo que queda implícitamente comprendido dentro del concepto más o menos impreciso de conducta normal humana— ha trasladado, sin embargo, al terreno de la demostración, por vía del análisis detallado de actos y fantasías, el principio del paralelismo invariable entre el saber —como perspectiva mental— y los actos de la conducta.

He aquí, pues, lo que hay de común en los tres casos: se trata de imponer, por medio de la convicción —sea cualquiera el método seguido— una determinada manera de valorar los fines y medios de la conducta. El oyente de Sócrates, el lector de Espinosa, el paciente de Freud, han adquirido, después de recorrer cierto camino, una nueva perspectiva, una visión renovada de los resortes del alma. ¿No van dirigidas a ese objeto las argucias más o menos sofisticadas del filósofo ateniense o los pulcros teoremas del geómetra de la Etica? ¿Y no solía colocar el primero, al final de sus discursos, una ficción alegórica o una fábula? Con la lógica de una alegoría o de un mito —tanto valdría decir de un sueño— daba su sentido final, en efecto, a la serie de conclusiones que iba infiriendo, con sostenido rigor dialéctico, a lo largo de sus discusiones.

Pero ¿es que tienen lógica los sueños?

## II

Tanto valdría inquirir, quizá, sobre la lógica de la vida misma. ¿Qué razón hay, en todo caso, para buscar el último sentido de enlace de las cosas en la imaginación que crea mitos y poemas y en la fantasía que urde los sueños?

Hemos visto, en la oposición de Sócrates y Calicles, cómo el filósofo se contenta con no equivocarse en la regla de conducta que se da y cumplirla, sin concesiones, hasta su última consecuencia. Pero la inmensa ma-

yoría de los hombres no adoptan, frente a la implacabilidad del destino y a sus incomprensibles mandatos, la actitud estoica del desafío y la impasibilidad. No sólo rinden culto a los dioses e intentan sobornarlos con esforzada generosidad. Los interrogan. Buscan presagios en los astros, en los sueños, en las entrañas de las víctimas... Pero los sueños tienen un significado excepcional. Son muchos los puntos de contacto entre sueño y vigilia. Lo que vivimos, lo que tememos y anhelamos, repercute en el sueño. Lo soñado es muchas veces un presentimiento de lo que vendrá. ¿Cuál es la misteriosa clave de esta relación, el secreto nexo entre fantasía y realidad? ¿Habrá una oculta norma que rige por igual las creaciones de la vigilia y del sueño?

Veamos un primer caso: he aquí, en un mundo infinitamente distante de la Grecia de Sócrates, en la América precolombina, la figura de un joven Inca caído en desgracia, y que revive, en una gesta fantástica que la historia no ha desdeñado recoger, el eterno conflicto de padre e hijo que ya otro griego, Sófocles, había inmortalizado en su *Edipo Rey*. Se trata del hijo primogénito de Yáhuar Huácac, a quien debía suceder en el trono, y que ha sido condenado por él a vivir lejos de la corte, compartiendo la vida y el trabajo de los pastores que cuidan el ganado del Dios Sol. Recostado en el hueco de una piedra —refiere el Inca Garcilaso— de pronto ve ante sí un hombre de extraña y venerable figura, que dice ser su tío Viracocha y le transmite el siguiente mensaje: “Vengo —dice— de parte del Sol, Nuestro Padre, a darte aviso para que se lo des al Inca, mi hermano, cómo toda la mayor parte de las provincias de Chinchasuyu sujetas a su imperio, y otras de las no sujetas, están rebeladas y juntan mucha gente para venir con poderoso ejército, a derribarlo de su trono y destruir nuestra imperial ciudad del Cuzco. Por tanto vé al Inca, mi hermano, y dile de mi parte que se aperciba y prevenga y mire por lo que le conviene acerca de este caso. Y en particular te digo a tí que en cualquier adversidad que te suceda no temas que yo te falte, que en todas ellas te socorreré como a mi carne y sangre. Por tanto no dejes de acometer cualquier hazaña, por grande que sea, que convenga a la majestad de tu sangre y a la grandeza de tu Imperio, que yo seré siempre en tu favor y amparo y te buscaré los socorros que hubieres menester” (1). El joven corre a informar a su padre de la aparición y de todo lo que le ha dicho. Pero el Inca, lejos de deponer su enojo y de tomar en cuenta el mensaje, lo escucha con creciente disgusto y ordena finalmente a su hijo el inmediato regreso a su confinamiento.

---

(1) INCA GARCILASO DE LA VEGA: *Comentarios Reales de los Incas*.

No sabe el príncipe, en realidad, si lo que él ha visto ha sido soñado o no. Pero es fácil de advertir, en todo caso, a qué clase de reflexiones responde la extraña visión. El Inca reinante, su padre, vivía bajo la obsesión de un siniestro presagio. El nombre Yáhuar Huácac, que quiere decir llora-sangre, le venía de haber llorado sangre —según se decía— siendo niño. Dominado por el temor de grandes desgracias, evitaba toda empresa difícil y todo aquello que pudiera dar lugar a la realización del mal agüero que sobre él pesaba. Es así que, cuando descubrió en su hijo un carácter áspero y belicoso, no tardó en relacionarlo con el fatídico presagio. La disparidad de caracteres entre padre e hijo no hizo más que precipitar el conflicto, y cuando, al cumplir éste diez y nueve años, no daba señales de enmendar su fogoso carácter, fué confinado en Chita, a una legua de la Capital, como un primer paso hacia la desposesión de sus derechos a la corona. Se echa de ver en seguida cuál es el significado de la aparición de Viracocha y de las palabras con que anima a su sobrino a iniciar cualquier empresa, por grande que parezca. La idea de un levantamiento hasta ese momento inexistente no es más que una proyección de su propia rebeldía; pero ¿por qué motivo no hay ninguna referencia a la posible reacción del padre ante la noticia ni a la subsiguiente conducta del hijo? La promesa de ayuda de su augusto antepasado le infunde el valor necesario para afrontar los acontecimientos que luego se suceden. Pronto viene la realidad a complementar el sueño. Enterados los Chancas y otros súbditos del Inca —que de mala gana habían sido reducidos a su autoridad y esperaban ansiosamente una oportunidad de desquite— de que se había agravado el disfavor del príncipe, aunque ignoraban el hecho que lo había motivado —que no era otro que el episodio del sueño— y animados por la política pacífica y aprensiva de Yáhuar Huácac, se levantan en armas contra él. El Inca, que ha desestimado todos los rumores que llegaban sobre el levantamiento, se encuentra de pronto ante la inminencia de un sitio, y creyendo inútil toda resistencia, se retira de la ciudad imperial, dejándola desamparada. El príncipe, a quien, en recuerdo del sueño, había de darse más tarde el nombre de Viracocha Inca —que él hará ilustre entre todos los de su linaje— no sólo se apresta a afrontar a las huestes rebeldes, con los pocos hombres que consigue reunir a su alrededor, sino que se anima a allegarse hasta Muina, donde da alcance a su padre y le increpa por haber hecho abandono de la corte y cometido el sacrilegio de dejar a merced del enemigo la casa del Sol y las vírgenes a él dedicadas.

Volvamos a la aparición. La fantasía del Inca —soñada o no— se deja reducir fácilmente al caso de una aparición o un deseo reprimido en la vigilia y que buscan su satisfacción en las alucinaciones del sueño.

Su padre mismo —a quien no le era difícil, por supuesto, sospechar cuál podía ser esa aspiración— le enrostra “los disparates que venía imaginando y que venía a decir que eran revelaciones de su padre el Sol”. Pero, en este caso, ¿por qué no soñó simplemente que Viracocha se le aparecía para ayudarle a alcanzar el trono o a recobrar sus derechos de príncipe heredero? Tratemos de mirar un poco más de cerca. Un sueño es una fantasía alucinatoria. El punto de partida, en este caso, sería la amargura del príncipe que ha visto trocarse todas sus ilusiones de grandeza en la realidad de una existencia oscura y miserable. El sueño provendría de la necesidad de procurar un alivio a su angustia con una piadosa ficción. Claro que para eso hubiera bastado que soñara, por ejemplo, que era llevado al trono por la ayuda poderosa del gran Viracocha. Pero eso supondría el derrocamiento o la muerte de su padre.

¿No serán, pues, sus escrúpulos morales, la supersticiosa veneración de la majestad real, los que intercalan en el sueño el subterfugio de la rebelión y borran de él toda referencia a una posible huida del padre, como ofensiva para su sagrada persona? Supongamos que el sueño hubiera tomado una forma más apropiada como fantasía de liberación. Que hubiera comenzado con una invocación a sus antepasados para que repararan la injusticia de la resolución paterna. No sería otra cosa que un grito de protesta contra el destino. El grito de Fausto que se rebela contra la aridez de su existencia malvivida y que no cesa de maldecirla hasta que, por arte del demonio, le es devuelta su juventud y con ella, la posibilidad de comenzar de nuevo. Como allí Mefistófeles, también aquí una potencia oculta —el hada que vela por el sueño del príncipe pastor— ha escuchado el grito y acude en su ayuda. Empieza a urdir, para ello, una generosa mentira: la voluntad de Yáhuar Huácac —el desdichado Inca obsesionado por el presagio de la sangre— no es omnipotente; de un momento a otro puede ser depuesto por una rebelión. Pero donde hay un hada generosa ha de haber también un ogro dispuesto a echarlo todo a perder: son los sentimientos morales del atribulado joven, que amenazan con volverlo a la realidad, si no se presta oído a su agría voz de reprobación. De continuar el sueño en la dirección iniciada, debiera el futuro Viracocha imponer condiciones a su padre o sumarse a los rebeldes. Ninguna de las dos cosas habría sido aceptable para su conciencia. Interviene entonces, nuevamente, el hada propicia, en procura de una transacción. En vez de llevar a feliz término el sueño, hasta la realización de la secreta ambición que lo ha inspirado, el príncipe se contentará con una esperanza: a cambio de omitir toda nueva referencia al padre y a la disputa del trono, el gran Viracocha no sólo le promete su apoyo incondicional para cualquier em-

presa, sino que lo incita, incluso, a no olvidar la grandeza del destino que corresponde a su alto linaje.

### III

Penumbra de fantasía y realidad, influencia mágica del sueño sobre el acacer de un destino, feliz inspiración de un hombre protegido desde lo alto, a quien un mensaje de los dioses señala el camino de la grandeza: ése es el caso del Viracocha. No es otro el de Jacob, que ha luchado victoriosamente con el ángel, o el de Moisés, que oye alzarse de entre las llamas la voz del propio Jehová. Es el sueño de la inspiración propicia. Opuesto a éste —y mucho más frecuente, por cierto— es el de la decepción, del alivio frustrado, de la fuga truncada por el despertar. Si aquél es el sueño de la grandeza, éste lo es de la miseria del hombre. Centenares de veces se ha inspirado en él la literatura, para equiparar la vida a un vaño sueño. Pero, por encima de todas los demás elementos que contribuyen al íntimo entrelazamiento de las vivencias de la vigilia con las fantasías del sueño —y prescindiendo del supuesto poder profético de éste— es el elemento dramático del despertar, más aún que la desconcertante perfección del engaño que nos induce, una y mil veces, a creer en la plena realidad de lo que soñamos, lo que ha inspirado permanentemente la analogía. Abrumado por el enigma de las trágicas mudanzas del destino —y entre ellas, la muerte, la más trágica e irremisible— el poeta se ha dejado arrastrar en todos los tiempos por la tentación de reducir el sentido mismo de la vida a la ilación caprichosa y aparentemente absurda del sueño. Pero no ha renunciado, en última instancia, a buscar ese sentido en una motivación moral, o mejor aún, moralizante. Ese es, por lo menos, el caso de Calderón, y ése es el hilo que trataremos de seguir en el análisis de *La vida es sueño*.

De hecho, en la trama calderoniana, no son soñadas las cosas que le suceden al protagonista, aunque a ratos éste lo crea. Y sin embargo, toda su aventura —tan cabal en su sentido y desarrollo— sólo cobra su pleno significado, es decir, todo su profundo sentido humano, a la luz de la lógica paradójica de un sueño. Por otra parte es este sueño, en el fondo, el mismo del Viracocha.

Dos veces sacan a Segismundo de la torre en que, aherrojado e ignorante de su condición, es mantenido secretamente, por orden de su padre, el rey Basilio. En ambas oportunidades, sus instintos reprimidos dan a su comportamiento un evidente sentido prometeano, de rebelión contra la autoridad paterna. ¿No constituye la segunda parte una reedición mo-

ralizada de la primera? Su primer despertar en la corte tiene, para él, un carácter de encantamiento. Su padre, que hasta entonces lo había mantenido encerrado, atemorizado por infaustos presagios que acompañaron al nacimiento del príncipe, lo ha hecho trasladar a palacio, adormecido por orden suya, con el propósito de tentar una última experiencia antes de decidir definitivamente su suerte. Dispuesto a devolverle todos sus derechos si demostraba buen carácter, estaba resuelto a restituirlo a su prisión, en el caso contrario.

El traerlo dormido a la corte formaba parte del plan, como medida de precaución para que, supuesto un fracaso, pudiera creer el infortunado príncipe que lo sucedido fuera de la prisión no había sido más que un sueño. Pero Segismundo, enterado de su condición de heredero de la corona, sólo atiende a satisfacer su deseo de venganza y sus instintos exacerbados por el largo encierro. De nada le valen las advertencias de Astolfo, su rival, las de Clotaldo, su carcelero, ni aún las del mismo rey, que bien pronto y atento a su doble juego, le sugiere abiertamente que bien pudiera ser nada más que un sueño su repentina fortuna. Su falta de templanza y de prudencia precipitan, así, el funesto desenlace: el regreso a la torre, donde Clotaldo lo ve despertar sumiso y dispuesto a creer que todo había sido un sueño. E incluso hace suya, bien pronto, aquella máxima que en vano había intentado inculcarle antes el anciano guardián: preferible es el obrar bien, aunque sea en sueños. Convertido en filósofo, el desdichado Segismundo se consuela reflexionando sobre la vanidad de toda humana condición, en la fortuna y en la desgracia:

*Que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son.*

Hasta el final de la obra, ya no le abandonará esa obsesión. Y es así como, en el momento en que resurge ante él la posibilidad de abandonar nuevamente la prisión, acometerá la extraordinaria empresa con ese estado de ánimo:

*A reinar, fortuna, vamos;  
no me despiertes, si duermo,  
y si es verdad no me aduermas.*

Son precisamente ese instante y esta reflexión los que dan sentido de unidad a toda la aventura de Segismundo, semisoñada y semivivida, pues si todo lo que hace lo hace despierto, carece, de todos modos, de la plena seguridad de su vigilia. Pero, ¿cómo le es posible admitir que pueda tener lo transcurrido en sueños tanta influencia sobre la realidad? ¿Quién le

ha dado ese sentido de las cosas que superpone y confunde tan fácilmente una fantasía soñada con los hechos mismos de la vida?

Todo el drama de Calderón va desarrollándose como en una penumbra en que apenas se distingue el sueño de la realidad. Por expreso designio del anciano rey Basilio, especie de Fausto empeñado en arrancar su secreto a las poderosas deidades que a través de los astros rigen el destino de los hombres, toda la maravillosa aventura de Segismundo —el prisionero convertido en príncipe heredero— ha sido rodeada de la sugestión de un sueño. Cuando advierte el rey la fiera condición de su hijo, le habla ya con un lenguaje que servirá, más tarde, para reforzar en su ánimo la duda. Las primeras palabras de Clotaldo, cuando Segismundo despierta nuevamente en la prisión, se enlazan con las últimas que le había dicho antes de su traslado a palacio y hablan también de sueños. Pero es más que nada, seguramente, el torcedor del arrepentimiento, es el íntimo sentido de culpa —como lo destaca en su interesante ensayo el doctor Angel Garma— lo que hace que esa duda surja y tome cuerpo en el alma acongojada del príncipe.

Es la sabiduría del desengaño, hija de la adversidad que va tronchando la insaciable ambición siempre renovada del hombre. Segismundo, de todos modos, ya quedará aleccionado, y cuando el pueblo amotinado lo liberta y lo lleva a librar batalla contra el padre —batalla justa, por otra parte, pues ha de evitar que la corona caiga en manos de Astolfo, príncipe extranjero— sabrá inspirar su conducta en una extrema prudencia. Y el mismo a quien momentos antes de despertar en la prisión —soñando que se halla en palacio— se le oye decir:

*Piadoso príncipe es  
el que castiga tiranos:  
Clotaldo muera a mis manos.  
Mi padre bese mis pies,*

sabe ahora reprimir sus impulsos. Así, cuando se enfrenta nuevamente con su carcelero, le insulta y parece, en su arranque de ira, que lo irá a matar. Pero de pronto reacciona:

*... Mas cielos,  
el reportarme conviene,  
que aun no sé si estoy despierto.*

Y es una reiteración de sus anteriores reflexiones sobre lo efímero de toda dicha:

*... que es el gusto llama hermosa,  
que la convierte en cenizas  
el primer viento que sopla,*

lo que le ayuda a vencerse en la suprema prueba de la tentación de Rosaura, cuando, tras breve lucha consigo mismo, se decide a comportarse frente a ella con altura y generosidad.

Duda escarmentada sobre la consistencia de los goces de la vida, y más aun, sobresalto de quien teme caer en la trampa de una ficción: he aquí todo. ¿No es a la vieja sabiduría del Eclesiastés —vanidad de vanidades, todo vanidad— a quien ha tomado en préstamo Segismundo, para sus cavilaciones, ese presuntuoso ropaje de filosofía escéptica?

#### IV

Bueno será recordar ahora cómo el sueño del Inca tuvo que cambiar bruscamente de dirección, en el instante en que aparece la idea de la rebelión de las tribus insurgentes. El sobresalto de la conciencia ha truncado, en este punto, toda referencia al padre, haciendo, además, que quedaran expresadas con vaguedad las promesas e incitaciones del augusto Viracocha. El sueño se completa a expensas de ciertos elementos. En el caso de Segismundo, la primitiva dirección es continuada hasta su última consecuencia, que no es otra que el despertar. Como en una genial anticipación del análisis freudiano, tenemos en la obra de Calderón todos los elementos y las instancias que intervienen en la elaboración del sueño. El hilo central del argumento —la ascensión de Segismundo al trono de Polonia y la feliz solución de todos los conflictos que plantea el desarrollo de la acción— corresponde al contenido manifiesto del sueño. Todo aquello que ha hecho imposible el triunfo en la primera ocasión —es decir, la lucha entre la tentación y la conciencia primero, luego el despertar y, por último, el cambio de conducta— serían momentos sucesivos de elaboración de los elementos latentes del mismo. Es precisamente aquello que no aparece en el sueño del Inca.

Pero hay en la obra de Calderón una intención moral. Sus conclusiones han de ser válidas para la vida. Y aquí tenemos que referirnos nuevamente al *Gorgias*. Segismundo que despierta de su sueño de grandeza es Calicles, que ha visto fracasar su teoría de la vida, opuesta a la de Sócrates, y que ya no se pregunta quién de los dos tiene razón: empieza a cavilar, más bien, sobre la existencia de un monstruoso engaño que nos envuelve a todos:

...y el mundo, en conclusión,  
 todos sueñan lo que son,  
 aunque ninguno lo entiende.

En medio de su confusión y su desdicha tiene Segismundo, sin embargo, la confusa sensación de que hay en todo eso cierta lógica. Que su desgracia es consecuencia de su desenfrenada conducta, y que aun es posible, tras el castigo, la enmienda, y acaso la vuelta a la felicidad. Y aquí tenemos un círculo vicioso. Segismundo —nuevo Calicles que rehuye la austeridad estoica del filósofo— se ha dejado guiar por su ansia de vivir. Pero tan pronto sobreviene un fracaso, construye toda una filosofía del desengaño, impregnada de aquella moral que antes había despreciado. Ocupa el centro de esa filosofía la idea del despertar como castigo y como comienzo de una nueva vida... Es la tesis de Calderón.

Pero esta fácil sabiduría no le es ajena del todo, por cierto, a Sócrates. La podemos reconocer sin dificultad en aquella frase suya, grabada en la memoria de Alcibíades, y que éste le recuerda en el *Banquete*. “Los ojos del espíritu —había dicho el filósofo— no empiezan a ver con claridad hasta la época en que los del cuerpo se debilitan”.

¿Reduciremos a este manido moralismo todo el alcance de su doctrina? Cuando en el citado *Gorgias* comienzan a discutir Sócrates y Calicles, vemos oponerse en seguida dos teorías, dos concepciones del mundo moral, dos programas de vida. Hemos visto cuál es la tesis del segundo: es justo, según la naturaleza —en oposición al concepto de justicia que impera en las leyes— que el hombre más poderoso, que, por serlo, es también el mejor, tenga sobre los demás, no sólo el derecho al mando, sino toda clase de ventajas en el reparto social. Vimos también cómo, a poco de discutir, se ve obligado el fogoso panegirista de la retórica a tirar por la borda su idea de la justicia, para confesar redondamente que, si el más poderoso tiende a satisfacer, en la medida de lo posible, todas sus pasiones, es porque en esto, no en otra cosa, consiste la felicidad. No sólo la primitiva idea de lo justo, sino el mismo tema de la discusión —utilidad y jerarquía de la retórica— han sido olvidados por Calicles. ¿Qué le ha llevado a ello? ¿Tendremos necesidad de decir todavía que son sus propias pasiones, su propia sed de vida interesa, lo que bulle en el fondo de sus concepciones?

Tomemos su primera tesis sobre el derecho natural como el contenido consciente de su pensamiento —lo que el psico-análisis llamaría la racionalización de los móviles— es decir, aquel pensamiento que sostenemos frente a los demás y que, en un primer examen de conciencia, se nos aparece, de buena fe, como auténticamente nuestro. Llamaremos reserva men-

tal a la confesión que le es arrancada por Sócrates. Sería aquel pensamiento que no desearíamos mostrar a los demás, que a ratos sospechamos como oculto debajo del primero y no siempre nos atrevemos a confesarlos a nosotros mismos. Con lo que hemos señalado como móvil inconsciente completaremos finalmente este esquema de radiografía mental. Correspondería, en la introspección, a aquello que, si alguna vez hemos sospechado o conocido como motivo más recóndito de nuestros actos, lo hemos reprimido, con disgusto, lo más lejos posible de la conciencia.

Poco nos costaría superponer ahora estos tres planos con lo que el psicoanálisis distingue como consciente, preconsciente e inconsciente. Por otra parte —y sin superponerlas con estos planos, sino como un intento de atacar el problema desde otro flanco— distingue la misma escuela psicológica las tres instancias psíquicas del “ello”, el “yo” y el “super-yo”. Proyectadas sobre el plano de la conducta, estas instancias determinan, respectivamente, lo que podríamos llamar las tres naturalezas del hombre: el yo de la especie, el de los instintos individuales y el yo social y moral. Si seguimos esa proyección hasta el plano de la vida colectiva, nos vamos a encontrar, finalmente, con aquellos tres grupos de tendencias que, en opinión de Max Scheler (2), y con los nombres de relaciones de sangre, factores económicos y factores políticos, se entremezclan, con predominio alternado de cada uno de ellos, en la causación de los hechos históricos y sociales.

Sólo en parte coinciden, a su vez, estas distintas naturalezas del hombre con aquellos tres planos que antes vimos. Al yo filogenético, asimilado a las tendencias de conservación de la especie, corresponden, en parte, los móviles inconscientes; al yo de los instintos puramente individuales, aquellos que Freud coloca frente a los anteriores, atribuyéndoles una función de freno y regulación —el “yo” frente al “ello”— los veremos relacionarse más que nada con lo que hemos llamado reserva mental; pero la oposición más neta frente a esos impulsos primarios de conservación de la especie —el “genio de la especie”, de Shopenhauer— la encontramos evidentemente en el yo moral. Y a aquel plano intermedio le corresponde así, colocado entre dos fuerzas antagónicas —el hombre y la bestia— una función de contemporización y regulación en vista de su propio supremo objetivo: la supervivencia individual.

Pero ¿a cuál de las tres naturalezas del hombre corresponde, entonces, aquello que antes señalamos como contenido manifiesto o “racionalizado” del pensamiento consciente? No podríamos hablar aquí de un yo poético y creador —el yo de la imaginación creadora— y en relación con aquella

(2) MAX SCHELER: *Sociología del saber*.

función de alivio que el hada propicia viene a realizar junto al infeliz Segismundo, que sueña con su liberación? Si volvemos a la distinción establecida entre contenido latente y contenido manifiesto del sueño, veremos coincidir con este último, precisamente, esa instancia creadora y consciente. Porque tenemos, en efecto, en los tres planos de nuestra radiografía mental, y escalonados a la inversa, las mismas instancias que hemos visto intervenir en la elaboración del sueño. ¿No descubrimos en el alma sedienta de Calicles la misma tortura de Segismundo, que gime bajo sus cadenas, lejos de los goces que imagina y que la vida le niega? ¿No es ese mismo hálito pasional el que sube del fondo de la copa que la mano artera de Mefistófeles tiende al afiebrado Fausto? ¿No es su desazón la misma que atormenta, en su destierro, al joven hijo de Yáhuar Huácac? Y aquella confesión que le arranca Sócrates ¿no equivale a las ya citadas palabras de Segismundo?:

*... Clotaldo muera a mis manos.*

*Mi padre bese mis pies,*

Y por último, aquella ficción de un derecho natural que hace lícito procurar el logro del poder para ponerlo al servicio de nuestras pasiones personales, ¿no es un intento de transacción con los sentimientos morales?

Es que tenemos todos un hada que vela por nuestra alma atormentada. Angel custodio de nuestros sueños o demonio que viene a negociar nuestra alma, se nos aparece en el preciso momento en que el sentimiento doloroso de nuestro desamparo va a transformarse en desesperación. Es él quien ha inventado en beneficio de Calicles —para evitar un amargo despertar a su sueño egoísta— esa superchería del derecho natural que la dialéctica implacable de Sócrates se ha encargado de desenmascarar. Todo el artero edificio de sus argucias sofisticas ha quedado demolido bajo la certera pica del filósofo. ¿Será el pensamiento de éste más sólido que el de su contendor?

Ya conocemos la tesis de Sócrates: ningún bien es comparable al que depara la práctica invariable de la justicia. Diremos, pues, que es ése su pensamiento consciente. En el *Banquete* le vemos sostener, sin embargo, que es la contemplación de la belleza lo que constituye la más alta felicidad que es dado conocer al hombre. No vamos a acusarle de contradicción. Parece haber una alta región del espíritu en que se confunden y son una misma cosa el bien, la justicia y la belleza. Sólo que para el conocimiento pleno de ésta es previo el difícil aprendizaje de la sabiduría. ¿No será, pues, una reserva mental —una de ellas, la que aquí nos interesa— la idea de que, en tanto llega esa sabiduría a iluminar a los hombres, es necesario, a toda costa, inculcarles el culto de la justicia, sin el cual no habría sociedad posible? ¿Cuál sería, en ese caso, el fondo más secreto de su pensamiento?

Colocar al filósofo por encima de la naturaleza humana equivaldría a socavar el pedestal de su grandeza moral. Sócrates no es más que un hombre, pero un hombre que ha aprendido a sublimar el Eros grosero de las pasiones primarias en el Eros divino en cuyo culto trata de iniciar a sus ayentes, precisamente en el *Banquete*. ¿No tenemos derecho a sospechar, por último, que sea el oculto nervio de esa lucha incansable que a toda hora promueve a sus compatriotas —Dios le había puesto sobre su ciudad como a un tábano sobre un noble caballo...— la secreta guerra contra sí mismo, la disciplina del hombre superior que ha aprendido a idealizar sus impulsos y sabe mantener, en ardua brega de todos los días, su alta jerarquía moral? Que no otra cosa es la dignidad.

## V

Pero ¿en qué consiste, finalmente, esa idealización? Sublimación de la libido, es lo que más tarde dirá Freud. Transformación del Eros vulgar en Eros divino, es lo que dice Platón, por boca de Aristófanes, uno de los huéspedes de Agatón, cuya exposición precede en el *Banquete* a la de Sócrates. El tema de los comensales —ya se sabe— es el amor. Después de escuchar, entre otros, a Eryximacos, Aristófanes y Agatón —un médico, un comediógrafo y un poeta— nos va a decir el filósofo su opinión. Lo que él sabe al respecto —declara modestamente— lo ha aprendido de una mujer de Mantinea, la sabia Diotima. En síntesis, es ésta su enseñanza: todos debemos rendir culto al amor; pero este sentimiento, tal como todo el mundo lo entiende —el Eros vulgar— no ha de ser más que un punto de partida. De la devoción que nos inspira la belleza de la persona que amamos, es necesario que nos elevemos al culto de toda belleza humana, y de ésta, por último, a la contemplación extasiada de la belleza en sí. Esta es la escala ideal que conducirá a los hombres —si no a todos, a los iniciados— al conocimiento del más alto de los goces. Pero conversión significa sustitución. Lo contrario sería destruir una ilusión de felicidad sin llenar el vacío que ella deja al desaparecer. ¿No es por esas grietas por donde se cuclan en nuestra alma el desaliento y el terror? No es otra, en efecto, la amenaza que el ogro esgrime sobre el sueño del atribulado Inca, la amenaza de frustrar bruscamente el ansiado alivio de su desdicha.

Pero la enseñanza de este supremo arte constituye —y no lo ignora Sócrates— la más difícil de todas las empresas. Es nada menos que la obra de espiritualización, de idealización del hombre, de humanización de la bestia. Si todo se redujera a demostrar la falacia de las ilusiones que ante nuestros ojos va desplegando la magia de nuestros propios deseos —a veces

los más inconfesables— seguramente no habría habido poder capaz de derribar aquella su magnífica dialéctica. Pero no siempre en la vida es posible —como en el sueño— la dichosa conciliación entre el hada y el ogro, entre el demonio de la tentación y el temor al despertar y al castigo que habla por boca de los prudentes filósofos. El vaso de cicuta que pone fin al apostolado y a la vida de Sócrates no hace más que refrendar esa imposibilidad. Es la quiebra de la prudencia moralizante, la muerte del molesto tábano bajo la mano aleve de Mefistófeles. No basta proyectar bastante luz sobre la debilidad de la naturaleza humana ni enseñar a los hombres a reprimir sus pasiones. ¿No está aquí el otro sentido del drama calderoniano, centrado en el rey Basilio como protagonista?

El sabio monarca representa, en efecto, la conciencia vigilante y presciente de los peligros de la pasión; el encierro de Segismundo, la represión de los instintos, y el desenlace de la obra —en el momento de la inminente venganza del hijo, cuando el rey derrotado se halla a su merced y es perdonado por él— una alta lección de sabiduría que demuestra cómo es de arbitraria y suicida la lógica presuntuosa y simplista de la represión.

Y es en esta escena, precisamente, donde se insinúa una sublimación de sentimientos, por parte de Segismundo, cuando al deseo tan largamente acariciado de vengarse del padre sustituye la satisfacción de superarlo en grandeza y generosidad. El príncipe triunfante, hasta aquí humillado y ahrojado, ha sacrificado su primitiva ilusión, pero ese sacrificio rebasa el significado de una escueta renuncia o de una transacción. Ni el gruñido terrorífico del viejo ogro que había venido a tronchar el primer sueño de grandeza ni la taumaturgia ilusionista del hada generosa que, en el momento amargo del despertar, escamotea ante él toda la realidad de su desdicha, confundiendo y convirtiéndolo todo —vigilia y sueño, desgracia y fortuna, placer y dolor— en vana fantasmagoría.

Parecería, hasta aquí, que no hubiera en verdad otra alternativa que ésta. Es la vieja alternativa del niño acosado por el terror de todos los poderes que se ciernen por encima de su precaria fuerza, y que sólo atina a refugiarse en el regazo materno. ¿No es el paradigma de todo consuelo humano el cuento de hadas que la madre susurra al oído de su pequeño para adormecerlo? Ahí está —frente a la irremediable orfandad del hombre— la magia poderosa de sus propias ilusiones y esperanzas. Aquí una fuga en forma de sueño, allá un sueño en forma de teoría filosófica, de mito, de creación artística; más lejos un hermoso anhelo en forma de códigos e instituciones. En todos los casos, una transacción, un piadoso olvido. En el sueño de Segismundo, ha sido a costa de sus impulsos más

primarios. En el del filósofo, a costa de la verdadera naturaleza del hombre . . .

Pero de pronto esta alternativa ha dejado de valer para Segismundo. En su orbe moral se ha operado una nueva y definitiva promoción. En el momento culminante de su destino, ha aprendido a superar a los demás, elevándose sobre sí mismo. Hay todavía otro episodio, anterior en la obra —y que ya hemos citado— en que esta superación es más evidente: cuando la hermosa Rosaura, que él ha codiciado violentemente, llega a su campamento, indefensa, en demanda de protección. He aquí la más difícil de las pruebas. Porque si perdonar a un padre que ya se ha humillado ante él es cosa relativamente fácil, el renunciar a Rosaura —en el momento en que se halla a su merced— requiere un intenso esfuerzo de voluntad de parte de un hombre criado poco menos que a la par de las fieras. Y la sublimación aparece donde la satisfacción de su pasión reprimida es reemplazada por el alto goce de sentirse su protector. Pero el difícil triunfo supone el haberse impuesto a sí mismo. ¿Diremos, pues, que es este auto-dominio la pepita de oro que hace posible el maravilloso trueque de sentimientos?

Es por eso, sin duda, que cuando Calicles pondera a Sócrates las excelencias del hombre poderoso, le pregunta éste de qué poder se trata: si el que se tiene sobre los demás o sobre sí mismo. Y ésa es también la causa de su mal reprimido enojo ante la certera pregunta del filósofo, que ha puesto el dedo sobre la llaga.

## VI

Hemos hablado de la posible existencia de una norma unívoca, que regiría igualmente las creaciones del sueño y de la vigilia. Esta norma vendría a demostrar —confirmando una sugestión hecha por Freud— la identidad básica del psiquismo humano en todas sus manifestaciones. Ella tendrá que traducir, además, el último sentido subjetivo de la vida humana. El punto de partida no es otro que una situación de carencia, de angustia, de anhelo. Todo el proceso subsiguiente no es más que una agitación en procura de alivio. He aquí los dos polos de todo movimiento, de toda creación humana. Así como los fenómenos físico-químicos que constituyen el sustrato material de la vida se traducen para el sujeto, en relación con las funciones biológicas, en un sistema de acciones y reacciones impregnadas de un sentido vital, así también se integran éstas en el hombre —y en relación con las exigencias de su naturaleza superior— en una nueva perspectiva coloreada por el sentido de lo humano. Podrá el genio del hombre

hacer surgir sobre la tierra —y lo hará sin duda— todas las condiciones necesarias para edificar una vida digna de su espíritu, pero quedará invariable este sentido último de sus creaciones. Angustia, tentación, inhibición, transacción, sublimación: he aquí los tramos capitales que determinan el diseño de esa perspectiva, los momentos obligados del proceso anímico. No como los elementos de un sistema rígido y cerrado, sino como las cadencias que nuestro oído reconoce una y otra vez, en las distintas variaciones sobre un mismo motivo sinfónico. Tesis y antítesis: tentación e inhibición. Síntesis: transacción y sublimación. Dentro de los límites de esta ecuación mental, las variantes personales se multiplican al infinito.

Bajo el signo dominante de uno u otro de estos términos, nos será fácil ubicar ahora a todas las figuras que hasta aquí hemos evocado. Sócrates es el hombre de la sublimación. En la concepción de Calicles, en cambio, no hallamos más que transacción, es decir, no una verdadera síntesis, sino apenas un compromiso, un *modus vivendi*: a cambio de referir sus ambiciones a un supuesto principio de justicia, podrá soñar, en efecto, con el poder y la riqueza. No es difícil señalar una transacción similar en la aventura de Fausto: es su reserva moral frente a Mefistófeles, cuyo cinismo no comparte en ningún momento. También Margarita, en el inmortal poema de Goethe, ha vivido su sueño. En castigo de todos los crímenes a que ha sido arrastrada por el amor de Fausto, la pobre Gretchen va a morir ajusticiada. Y el sueño de amor que se había interrumpido en el momento del asesinato de su hermano, va a recomenzar ahora, pero con muy distinto contenido. Es aquí donde se opera la transfiguración que Schopenhauer señala como el triunfo lógico de la negación de la voluntad de vivir de Margarita. Aquí está su sublimación. Su amor ya no pertenecerá a esta vida. Demasiados son los delitos que pesan sobre su conciencia: no hay transacción posible. En vez del amor pecador de Fausto, será el puro amor de Dios misericordioso, que la acogerá en su seno. En vez de esta vida precaria de la carne, la vida eterna del espíritu. Que éste es, también, el último sueño con que se despide Sócrates de la vida —el sueño de la inmortalidad— y que, antes de beber la cicuta, expone ante sus conmovidos discípulos. ¿No es éste el secreto motivo que ha llevado a Kant —el mismo que tuvo el coraje de consumir, en el silencio de su gabinete de estudio, la inmolación de la Metafísica— a colocar, por encima de todas las pruebas teológicas y filosóficas de la inmortalidad, una necesidad imprescindible, consustancial a la razón humana, de creer en la prolongación de la vida más allá de la muerte?

## CUATRO POEMAS

### ARDIDO CLAVO

UN clavo en el cerebro  
siempre, un ardido clavo  
definitivamente remachado  
—impertérrito huésped  
al odio inaccesible—  
en el área recóndita,  
más que todas sensible y dolorida,  
de la obsesión total: carne y espíritu.

Tenaz, multiplicado,  
elevado a la enésima potencia  
de la tensión sin tregua,  
vertiginosamente  
cambiante, y siempre idéntico  
de maligno poder, de agrio dominio,  
de goce envenenado  
por las sutiles pócimas vertidas  
en la copa colmada hasta los bordes  
del deleite improbable.

Una fugaz visión de periferia  
imanada de eléctricas señales,  
un destellar celeste  
acendrado de implícitas promesas,  
y en un halo solar, de sol de cobre,  
una hoguera sin llamas, abrasando

cándidas superficies entrevistas  
 no más en un segundo  
 y en una eternidad de secas fauces,  
 reiterada, enconada  
 más allá de los números  
 y del desgarramiento soportable.

Y en la tensión sin tregua,  
 sádicamente urgida de crueles impaciencias  
 la mente, en las insólitas  
 pausas del insufrible paroxismo,  
 añorando el ardido  
 clavo, definitivo  
 remache de la pérfida  
 obsesión del espíritu y la carne.

Y en un girar dantesco, reiterado,  
 periferias de eléctricas señales,  
 y destellos eléctricos y superficies cándidas,  
 arideciendo fauces  
 y atormentando mucho más allá del tormento,  
 irremisiblemente  
 a su vórtice arrastran.

Siempre, el ardido clavo  
 en el área esencial de la tortura.

#### S I E T E P O T R O S

**E**L crepúsculo sangriento  
 era demasiado rojo,  
 por los hondones del alma  
 galopaban siete potros,  
 emancipados de bridas,  
 de horizontes codiciosos.

Era el sol disco de fuego  
y el pecho metal al rojo,  
y los potros desbocados  
se disparaban indómitos  
por veredas embrujadas  
y por llanos misteriosos.

El crepúsculo sangriento  
era demasiado rojo  
y se tiñeron de sangre  
los ijares de los potros  
que ni espuelas consentían  
ni jinetes sobre el lomo.

El ocaso agonizaba  
desangrándose en lo rojo  
y en el pecho malherido  
sonaba el galope torvo  
de corceles sin jinete,  
sin camino y sin retorno.

El ocaso era de fuego  
y el pecho metal al rojo  
mientras, por agrios breñales  
y altiplanos pavorosos,  
las crines alborotadas,  
galopaban siete potros.

## SAL Y CENIZA

**Y**o tengo sal en los labios  
y en el corazón ceniza,  
y zumo de almendra amarga  
por mis venas se desliza.

Y un relámpago de acero  
se congeló en mis pupilas  
y las mejillas enjutas  
olvidaron rosa y risa.

Se ha demorado en mi voz  
sorda queja sin salida  
y apesadumbran mis párpados  
lágrimas nunca vertidas.

Impasible al sur y al norte,  
ni zozobras ni alegrías  
conturban la indiferencia  
de mi máscara sin vida.

Estatua te he parecido  
y más te parecería  
si conocieras mi hondura  
de emoción aridecida.

Que tengo sal en los labios. . .  
(Y encontró la boca mía  
en la pulpa de sus labios  
sales de amarga salina.)

Que tengo, ya te lo dije,  
en el corazón ceniza. . .  
(Y sentí mi corazón  
colmar de ceniza fría.)

Que hay zumo de almendra amarga  
en mis venas. . .  
(Y corría  
por mis arterias un agrio  
licor de almendra y acíbar.)

Acero tengo en los ojos . . .  
 (Se reflejó en mis pupilas.)  
 No sé de risa ni rosa . . .  
 (Y yo tampoco sabía.)

Mi voz . . .  
   (Y se estrangulaba,  
 con la suya, la voz mía.)  
 Mis párpados . . .  
   (Pesadumbre  
 de lágrimas me afligía.)

E, impasible al sur y al norte,  
 fuí su imagen fidelísima,  
 y, aletargados, dormimos  
 sueño de sal y ceniza.

#### ANTICIPACIONES

**E**N un instante cualquiera  
 puede regresar de dentro  
 de los espejos callados.

Puede materializarse  
 su voz en los cuatro ángulos  
 de la alcoba silenciosa.

Puede revivir exacta  
 la levedad de sus manos  
 sobre los mustios objetos.

E impregnar puede su aroma  
 el ambiente aridecido  
 y los sentidos cansados.

En inesperado instante  
flotará el amor perdido  
entre los íntimos muros.

Y se abreviará la vida  
borrando pausas de ausencia  
y reiterando pretéritos.

De dentro de los espejos,  
de los ángulos, del aire,  
de las ansias transcendentales.

La visión, la voz, el tacto,  
arrasarán precisiones  
de estrictas cronologías.

Presienten advenimientos  
los pulsos acelerados  
y el corazón delirante.

JUSTO G. DESSEIN MERLO

## H O M B R E   Y   M A P A

**E**s tu terruño, Patria, casi yapa  
de geografía; pero tú no cabes  
en la limosna que te ha dado el mapa.

Yo te daré lavado el pensamiento  
que fué de viaje por mi corazón.  
Mi corazón es una alondra al viento

que cantará bajo tus truenos locos,  
con la frescura y con la transparencia  
del agua prisionera de tus cocos.

Con tu cara de ingenua y de beata,  
pisan tu voz Pitágoras del dólar  
y se derrite tu terruño en plata.

Sobre tu piel de azúcar y de sol,  
va el batallón de tus cañaverales  
hacia los puertos en un mar de alcohol.

Te das como la gracia y la verbena,  
al calor de pascuales campanadas:  
tu terruño está hecho en Nochebuena.

Con la epidermis siempre en Primavera,  
Patria pequeña, gritaré en el viento:  
que tú no cabes ni en el pensamiento.

Pero quédate aquí . . . que aquí tú cabes.  
No te me vayas en los telegramas  
vestida de West Indies y de claves . . .

Quédate con tu falda hasta los pies,  
y sobre el chisme de tus chancas chuecas  
vuélvete a tu pilón y a tu café.

Por tu refrán de loma y tierra llana,  
como el Nacimiento de tu caserío:  
égloga de madera y de mañana.

Por tu hamaca: morfina de la siesta;  
por el sudor de tu canción de pala,  
tan tuyo como el vuelo de la bala.

Por el repique de tus madrugadas  
hechas con misas y con griteríos  
quédate como el cielo de tus ríos.

Ya te me vas como quien va de viaje,  
(yo que vuelo en el humo de tus pipas  
y ruedo en la canción de tu lenguaje).

Oigo un *yes* polizón del comadreo,  
te compra la sajona compañía  
y en un cheque te manda por correo.

Terruño que te vas por una herida,  
en la carita de tu fiel centavo  
te doy el beso de la despedida.

MANUEL DEL CABRAL  
(Dominicano)

# POESIAS

## EL HORNERO

**P**ÁJARO de la tierra, pregonero;  
cantarín arquitecto que en su nido  
da a la tierra —la tierra y su latido—  
forma vital de corazón parlero.

Y tierra al fin, la casa del hornero  
—trozo vivo de campo florecido—  
madura trinos entre el verdecido  
júbilo musical del aguacero.

Pájaro artista entre substancia eterna  
—sol, tierra, lluvia: limo sensitivo—,  
tiene el hornero cualidad fraterna.

Está su pura condición hermana  
en que es, así, latiendo en barro vivo,  
el corazón entre la arcilla humana.

## N O C H E

**S**ED de fuego de páramo infecundo  
sin la gracia pluvial que lo despierte.  
Sopor. La noche oprime el suelo inerte,  
caída inmensamente sobre el mundo.

Un canto de metal vibra un segundo  
en la cerrada soledad de muerte,  
y en cruz de rumbo y latitud se advierte  
desdibujado un pájaro errabundo.

Noche desamparada. Su grandeza  
es su paisaje sin canción ni grito.  
Aquí eterniza la naturaleza,

en vertical desolación sin nombre,  
un contraste de abismo y de infinito  
para medir la pequeñez del hombre.

ERNESTO D. MARRONE

## LA EPISTEMOLOGIA POSITIVISTA

EL modo más fácil y elegante de combatir al Materialismo filosófico es confundiéndole adrede con el Positivismo. Cuando un filósofo alemán actual se refiere al Positivismo, es para atacar al Materialismo. Por otra parte, importantes sectores filosóficos y científicos siguen siendo positivistas (sobre todo inconscientemente). Y finalmente, después de la guerra pasada surgió, en pugna con el idealismo alemán contemporáneo, una importante escuela —el Empiriologismo, sostenido por el “Círculo de Viena”— especie de Neo-positivismo, aunque más racionalista y progresista que el comteísmo. Estas tres circunstancias justifican, en nuestra opinión, no se abandone el estudio del sistema de Augusto Comte. En estas páginas no intentaremos sino una somera revisión del aspecto epistemológico de esa doctrina, que tuvo tanta influencia en la evolución cultural argentina.



De Francia y de Inglaterra no podían esperarse ya, después de Waterloo, grandes renovaciones filosóficas: la burguesía, al conquistar el poder, se había asentado, y de revolucionaria se había convertido en reaccionaria. Es el período de la estabilización del nuevo régimen social. Es el período en que se persigue al jacobinismo filosófico y político, es el período en que comienza a perseguirse a los que ejercen el culto a la Razón, instaurado por Robespierre.

A la investigación audaz de los principales problemas filosóficos sucede el renunciamiento del agnosticismo timorato. Al monismo consecuente le sucede el eclecticismo de compromiso. Al vuelo de águila de la Filosofía clásica le sigue el aleteo de gallina del profesor y del sabio de estrecha mentalidad. Al optimismo revolucionario del progreso indefinido se le intenta trabar con sistemas “definitivos”. En suma, a la profundidad y a la originalidad les sucedió la ramplonería y el lugar común: en definitiva, la muerte de la Filosofía por obra del Positivismo.

Es sabido que Comte (1798-1857) era discípulo y secretario de Saint-

Simon (1760-1825) y que de éste tomó —“degenerándolas”, como se ha dicho a menudo— las ideas principales, añadiéndolas un barniz de lustre científico (1). Comte reduce la Filosofía a una enciclopedia de “generalidades de las diversas ciencias” (2), a una compilación y sistematización (por todas partes el *orden* que quería ver en la sociedad!) de los grandes resultados de las ciencias particulares. El filósofo “positivo”, en lugar de investigar problemas lógicos o gnoseológicos (meros intentos “metafísicos”) debe construir una *Weltanschauung*, una concepción del mundo como ciencia aparte, considerando las diversas ciencias positivas en su estado actual y ocupándose “exclusivamente de determinar con precisión el espíritu de cada una, de descubrir sus relaciones y encadenamientos, y de resumir, si es posible, todos sus principios propios en el menor número posible de principios comunes, ajustándose siempre a las máximas fundamentales del método positivo” (3). La Filosofía se diluye así en las ciencias particulares, *desapareciendo como tal*. Se abandona a los teólogos y metafísicos, en pacto fáustico, la investigación sobre la esencia del mundo, sobre el origen y naturaleza del conocimiento, etc. La *única* fuente del conocimiento es la experiencia inmediata del laboratorio. La *única* verdad es la del laboratorio. El *único* modo de pensamiento es el entendimiento (*Verstand*) que sistematiza y combina los datos experimentales: la razón (*Vernunft*) no existe.

Siendo, pues, el objetivo final la ordenación de las síntesis científicas, es preciso comenzar por la *clasificación de las ciencias* (4), lo que se hará de acuerdo con su grado de complejidad o de abstracción crecientes. La Filosofía positiva es, pues, el conjunto de los resultados generales de seis ciencias, y sólo seis para siempre jamás: la Matemática —propedéutica de la Ciencia—, la Astronomía, puramente geométrica (nada de Dinámica, nada de explicación!) y que debe reducirse al sistema planetario, renunciando al resto del universo, y con ello a la Cosmología (5); la Física,

(1) Pertenecen a Saint Simon, desde el término “positivo” y la ley de los tres estados del conocimiento —teológico, metafísico y “positivo”— hasta la tentativa de clasificación de las ciencias, el mesianismo egocentrista y la religión del amor. Sin embargo, Comte pretendió más tarde no deberle nada a su maestro. Ver GORGES WEILL: *L'école saint-simonienne* (París, Alcan, 1896), cap. XI.

(2) *Cours de Philosophie positive*, nota preliminar.

(3) *Ibid.*, lecc. 1a.

(4) La manía clasificatoria, la tendencia a las estructuras rígidas, era también característica de Saint Simon, y sobre todo de Charles Fourier.

(5) “Así, sin renunciar enteramente a la esperanza de obtener algunos conocimientos siderales, hay que concebir la Astronomía positiva como consistente esencialmente en el estudio geométrico y mecánico del pequeño número de cuerpos celestes que componen

que ha de procurar "mantener intacta la composición de las moléculas de los cuerpos y aún, casi siempre, su estado de agregación" (6); la Química, o Física molecular; la Biología, que ha de resolver el problema: "Dado el órgano o la modificación orgánica, hallar la función o el acto, y a la recíproca" (7); y finalmente, la Sociología o Física social (8), explicada mediante la Fisiología y las leyes de la vida individual, ya que las funciones esenciales son las mismas en la sociedad y en la vida orgánica (9).

Aquí empieza y también termina la consideración "positivista" de la Ciencia. Que, por las limitaciones que pretende imponerle, merecería llamarse más propiamente "negativista". En los seis volúmenes del *Cours* se hallan pocas ideas originales acerca de los fundamentos, fines o métodos de las ciencias "positivas". Lo único original son las pretensiosas y dogmáticas limitaciones que les impone, de las cuales la Ciencia, afortunadamente, ha hecho caso omiso. La lista de las investigaciones y conocimientos "radicalmente imposibles", "necesariamente inaccesibles", "prohibidas para siempre" . . . es larga, y ya fué hecha por Milhaud, Meyerson y otros. Mencionemos sólo algunas muestras de la intención esterilizadora del Positivismo:

Prohibición de experimentar en Fisiología, de buscar leyes numéricas en Bioquímica, de hacer "cálculos demasiado complicados", de salirse de la Geometría euclídea; anatemas patológicos contra la Óptica ondulatoria, contra las "pretendidas interferencias ópticas y acústicas", contra el evolucionismo —"hipótesis irracional"—, contra la Termodinámica, contra la Física Matemática, contra los instrumentos demasiado precisos (que sólo

---

el mundo de que formamos parte. Sólo entre tales límites merece la Astronomía el rango supremo que por su perfección ocupa hoy entre las ciencias naturales. En cuanto a esos astros innumerables diseminados por el cielo, apenas tienen para el astrónomo más interés que el de servir de jalones en nuestras observaciones, pudiendo sus posiciones ser miradas como fijas frente a los movimientos interiores de nuestro sistema, único objeto esencial de nuestro estudio" (*Cours*, lecc. 19<sup>a</sup>).

(6) *Cours*, lecc. 27<sup>a</sup>.

(7) *Cours*, lecc. 40<sup>a</sup>.

(8) También *Estática* social, pues Comte considera inmóvil a la sociedad, y lejos de reformarla, quiere inmovilizarla más aún; la sociedad no progresa (¡no quiere que progrese!), el único progreso humano es el científico; ve en el gobierno de Napoleón III "la fase dictatorial, único gobierno verdaderamente francés"; y hace un llamado a los conservadores para que instauren un "gobierno positivo", único medio de disciplinar a los revolucionarios.

(9) Este escalonamiento de las "ciencias positivas" (sistematización tan grata al idealismo alemán, que influyó sobre Comte sin que él lo quisiera y lo supiera) muestra claramente que el objeto del Positivismo era la organización social; las ciencias tienen una finalidad estrechamente utilitaria y social para Comte, quien rechaza y condena toda investigación "pura" que aún no sea aplicable.

se usan por una "pueril curiosidad estimulada por una vana ambición"), contra el "abuso de las investigaciones microscópicas", contra la célula —"verdadera mónada orgánica"—, contra el átomo, contra la teoría de la evolución de las especies, contra toda investigación (peligrosa!) sobre el origen histórico de las sociedades. En una palabra, contra todo lo grande e importante que ha producido el siglo XIX.

Comte pretendió poner límites —cuidadosamente jerarquizados— no temporales, sino eternos y derivados de la naturaleza misma del espíritu humano. Es *fenomenista* (10), cree en la "cosa en sí" a lo Kant y hace continuo uso —contradiciéndose— de los "*a priori*". Declara que la naturaleza misma de las cosas permanece incognoscible: "sólo tenemos necesidad de conocer lo que puede actuar sobre nosotros de una manera más o menos directa". Por lo tanto, no sólo son inútiles las investigaciones que van más allá del *epifenómeno*, de la *relación empírica*, sino que deben ser *prohibidas*, buscándose solamente "datos despojados de toda ontología", que conduzcan a la formulación de leyes (relaciones constantes entre los fenómenos) cuyo único objeto es *economizar* trabajo y pensamiento y prever para actuar (acción en el sentido inmediato).

Es, como se ve, estrechamente pragmático y agnóstico al mismo tiempo; puede clasificarse en rigor como *neokantiano*. Y es la demostración más evidente de que el materialismo agnóstico (como es el Positivismo), estrecho y limitado, conduce al irracionalismo y al solipsismo. La demostración más evidente de lo reaccionarias y ridículas que son todas las limitaciones permanentes que se le quiera imponer a la razón.

El Positivismo refleja, no sólo el deseo de terminar con la época revolucionaria ("anarquía"), ordenando y sistematizando minuciosamente toda la existencia —social e individual, económica y cultural— en un esquema rígido e inalterable (11). Sino que también refleja el *estado* de las ciencias naturales en esa época: su caótica fragmentación en distintas ramas, la especialización del sabio, y sobre todo el auge extraordinario del método experimental y del ciego empirismo. Y también el estado de la Filosofía: el disgusto por las construcciones apriorísticas, por el eterno e hipertrófico bucear en las profundidades de los problemas fundamentales, y por la eterna negación — que es el núcleo lógico de toda la Filosofía alemana clásica.

---

(10) La Ciencia de la época era en cierto modo positivista, descriptiva, fenomenológica.

(11) El objeto esencial de Comte era la reorganización de la sociedad en rígidos moldes jerárquicos medioevales —hizo apasionada defensa de la Edad Media— para lograr la cual empezaba por la reforma intelectual (al revés de su maestro Saint Simon).

El hombre de ciencia y el filósofo empezaban a hartarse de tanta especulación y juzgaban terreno movedizo (e incomprensible!) a la dialéctica. Exigían, en suma, algo "*positivo*" y *bien delimitado* de donde asirse, algo que bajase de las nubes y tocase fondo en las realidades cotidianas, a la vez que fuese suficientemente "serio" y prudente en cuestiones sociales. Y lo encontraron en la "Filosofía" (que es negación de todo filosofar) ramplona de Auguste Comte. El Positivismo era el "sano sentido común" del burgués francés y del investigador experimental, horrorizados ante cualquier profundidad "metafísica".

El célebre *Cours de Philosophie positive*, iniciado en 1826, obtuvo éxito resonante. A él asistieron sabios de la categoría de Fourier, Carnot, Humboldt, Blainville, Poinsot, Stuart Mill, etc. Se difundió rápidamente por toda Europa y por América (12). En Francia, hasta principios de siglo, fué la Filosofía oficial, hasta que fué desplazado por el idealismo bergsonian. En Inglaterra e Italia, adobado con empirismo, evolucionismo, criticismo y otras corrientes, se convirtió en la religión de sabios y filósofos. Tampoco Alemania se salvó del contagio, engendrando un materialismo naturalista tanto o más ramplón.

En Inglaterra el Positivismo se alía con el tradicional empirismo vernáculo y con el criticismo — recién importado por William Hamilton en 1829. De toda la escuela positivista inglesa se destaca John Stuart Mill (1806-1873), hijo de James Mill (1773-1836), distinguido filósofo afiliado a la doctrina de Bentham. Stuart Mill es —igual que Comte para la burguesía francesa— el ideólogo de la burguesía inglesa que, después de 1830, se había afirmado definitivamente en el poder político y económico, volviéndose a la reacción. Si James Mill atacó acerbamente a la aristocracia y a la jerarquía y abogó por el sufragio universal —asesorando ideológicamente al partido radical— su hijo, en cambio, no veía el peligro en el feudalismo ya postrado, sino en la nueva clase social, el proletariado, que reclamaba sus derechos en el movimiento cartista y en las trade-unions.

Mill expuso sus concepciones filosóficas en su justamente célebre *System of Logic* (1843), el tratado más completo de Lógica formal y aplicada que produjo el siglo pasado. Para Mill —como para Comte— la *única* fuente de *todo* conocimiento —inclusive el matemático y el teológico— es la *experiencia* (en el sentido inmediato), de la cual deriva mediante el método *inductivo*, único válido (en las ciencias que no sean mo-

---

(12) Recuérdese la profunda influencia que tuvo en la organización política y en la vida filosófica de numerosos países americanos, particularmente en Argentina, México y en Brasil; en Sao Paulo existe aún un fuerte núcleo político positivista.

rales). La ciencia no debe indagar causas, sino relaciones fenoménicas y regularidades universales. *Todo conocimiento es una generalización silogística de experiencias particulares.* Y el progreso del conocimiento se opera mediante sucesivas generalizaciones, no por cambios de puntos de vista o por especulaciones teóricas. Mill sistematiza el Positivismo, lo despoja de muchas de sus ridiculeces y expone —con la claridad propia de sus coteráneos— su teoría de la ciencia, y en particular de los *métodos* científicos, que, a pesar de sus limitaciones, sigue siendo un monumento epistemológico (sobre todo la teoría de la inducción, que él formuló completamente por primera vez).

Para Mill la razón pura no puede extender nuestros conocimientos; no hay proposición que no sea experimental; el pensamiento puro sólo sirve para dar coherencia a nuestras proposiciones. La *deducción* (que tan grande papel desempeñó en el sistema de James Mill) desempeña una función completamente pasiva y estéril. El proceso cognoscitivo atraviesa tres etapas: inducción, deducción y comprobación. La deducción no sirve para establecer verdad alguna —no es creadora— sino sólo para completar lógicamente la ciencia —llenando lagunas— y como una demostración de su perfección. La teoría no tiene sino que aprender de la experiencia, no puede a su vez sugerirla o corregirla: *we make experience its own test.*

Rechaza la afirmación de que el problema de la causalidad sea insoluble —como para Hume— o constituya un juicio sintético *a priori* —como para Kant. El principio de causalidad no es tal *principio* —por lo menos no *a priori*— sino solamente una ley natural extraída por inducción de múltiples experiencias (por el proceso del paso de lo particular a lo general) y que se cumple en el universo que conocemos hasta ahora, del cual nada podemos extrapolar. No puede, pues, servir a su vez de *guía* para la investigación, y menos de postulado para obtener nuevas verdades; y mucho menos puede convertirse en problema de reflexión puramente filosófica.

*Todos* los axiomas matemáticos —al igual que los lógicos— son *exclusivamente* generalizaciones inductivas de la experiencia. Para que la Geometría sea válida, debe apoyarse únicamente sobre medidas del espacio tridimensional y euclídeo que nos rodea. La Psicología es la base de la Geometría, como de todas las demás ciencias, de modo que las leyes de asociación son también sus leyes básicas (13).

Como se ve, si los físicos teóricos, los biólogos teóricos y los matemáticos se hubieran atendido estrictamente a las limitaciones de Mill —por

---

(13) Toda la Psicología inglesa clásica es asociacionista. En particular había sido desarrollada por James Mill.

cierto menos estrechas que las de Comte— las ramas más avanzadas de la Ciencia se habrían detenido instantáneamente. Y se explica parcialmente el éxito de Mill entre los sabios ingleses por las características fundamentales de la Ciencia inglesa en esa época: el empirismo estrecho, el florecimiento casi exclusivo de las ciencias de laboratorio, la inmediata aplicación de los resultados científicos. En efecto, sólo experimentadores se adhirieron, en el terreno científico, a este nuevo empirismo —teñido del escepticismo de Hume y del agnosticismo de Kant (14)— que fué uno de los principales culpables del estancamiento teórico inglés hasta mucho después de Maxwell.



Ya nadie duda de que el Positivismo, como sistema, ha terminado su misión histórica, si la tuvo (15). En cambio, la *actitud positivista* ante muchos problemas científicos y filosóficos no ha desaparecido del todo. Aflora cada vez que se habla de *método* científico, cada vez que se tratan los *fundamentos* de un orden de conocimientos, cada vez que se exige la clara y terminante *delimitación de sus objetos y fronteras*, y cada vez que se intenta edificar una *concepción o sistema del mundo*. En suma, cada vez que el *esprit de système* avasalla al espíritu de investigación, el cual no se detiene ante ninguna barrera que no sea la de sus propias limitaciones y contradicciones momentáneas y siempre superadas.

Pero no sólo en Ciencia y en Epistemología ha dejado sus huellas la que hemos llamado actitud positivista. El intuicionismo bergsonian no es del todo ajeno al Positivismo, en cuanto limita *a priori* los derechos de la razón, y en cuanto pretende investigar “los datos inmediatos de la conciencia” antes de ser “deformados” por la razón. Los propios fenomenólogos denominan a su doctrina “positivismo de las esencias intemporales”, que describe los “datos irreductibles de la intuición pura”. “Si la palabra positivismo —sostiene Husserl— no quiere decir sino el principio según el cual toda ciencia debe, sin más presuposición, basarse en lo positivo, es decir, en lo que puede ser aprehendido de una manera original, entonces sólo nosotros somos los verdaderos positivistas. No consentiríamos, en efecto, abdicar ante ninguna autoridad el derecho a ver en todas las

---

(14) Mill reconoció como maestro al kantiano William Whewell, uno de los primeros epistemólogos del siglo pasado. Esto, aparte de la filiación neokantiana de su principal maestro, Comte.

(15) El Neopositivismo o Empiriologismo, aparte de ser ecléctico, no constituye un sistema propiamente dicho.

especies de la intuición fuentes originales y equivalentes del conocimiento" (16).

¡Triste suerte ha corrido el Positivismo! De seguro que sus fundadores no soñaron que se transformaría en "positivismo de las esencias intemporales"! Es la suerte de toda doctrina que sólo se atenga a los datos inmediatos de la experiencia individual y que pretenda imponerle al conocimiento límites exteriores y eternos. La Filosofía no perdona a quienes la traicionan: por algo su significado etimológico es "amor al conocimiento"!

MARIO BUNGE

---

(16) *Ideen*, cit. p. GEORGES GURVITCH, *Las tendencias actuales de la Filosofía alemana*, trad. Almela y Vives (Buenos Aires, Losada, 1939), 25.

## EL HOMBRE ESTA SOLO

**E**L secretario entró silencioso. Tenía la misión de comunicarlo con el mundo, de hacer que el mundo adoptara una forma razonable, no la de un torbellino desconcertante como el tráfico que circula por las calles, mezclado con las gentes, los apurados, los vendedores y los gritos.

El ministro sabía que lo admiraba de una manera irrazonable, que esa admiración no respondía a una idea, a una comunidad de ideales, sino al hecho de estar continuamente en contacto con él, de ocuparse de sus asuntos, de conocer sus debilidades, sus terribles momentos de desaliento, sus crisis nerviosas, sus insomnios, sus indisculpables ataques de malhumor. Lo admiraba porque lo veía humano, débil, enfermizo, desesperado, nervioso y a pesar de todo grande, talentoso y noble.

Le había gritado en muchas oportunidades. Durante algunas de sus crisis, después de una noche de obscuro y agotador insomnio, lo había humillado y mortificado sin ninguna razón, sintiendo un amargo consuelo en hacerlo así, un relajamiento de la tensión. Y había permanecido tan leal, tan vigoroso, tan sano, tan absolutamente entregado a él como si nada hubiera sucedido. Y no le había hecho ninguna manifestación de resentimiento o de enojo, ni aún siquiera de tristeza, como si aceptara todo ello de antemano. Y aquello era muy noble, sumamente delicado de su parte.

Porque había oído historias de hombres importantes amargados y mortificados por las personas de la familia y del servicio, obligados a desviar su atención de las cosas grandes y trascendentales a las minucias y mezquindades de la vida diaria, víctimas del mal genio y la ineptitud de una esposa desconsiderada, o del chantaje de un secretario en quien habían depositado toda su confianza. Para él las cosas habían sido bien diferentes, gracias a la dedicación y el esfuerzo de aquel muchacho que había puesto a su servicio su juventud y sus nervios, que había convertido su memoria y su imaginación en engranajes de una maquinaria que debía tener un movimiento silencioso y perfecto.

Algunas veces el viejo estadista hubiera deseado dedicarle algo de su tiempo y de su atención, por agradecimiento y por gusto, pero no había podido, se lo habían hecho imposible las necesidades y los problemas de los hombres que dejaban pasar la mañana en los links de golf y el futuro de los niños que compraban helados. Lo mismo le había sucedido con Shakespeare, con quien hubiera deseado ardientemente pasar largas horas, en cuya compañía encontraba el consuelo y una exaltada paz.

El secretario insultantemente joven y vigoroso, ancho de espaldas, entró silencioso.

Es una magnífica mañana para salir —dijo—. ¿No quisiera usted dar una vuelta?

“Oh, si esta carne demasiado sólida quisiera fundirse y disolverse en rocío! . . .” — pensó.

La carne le molestaba, le pesaba, le resultaba insoportablemente cargosa . . .

La mañana era radiante, el sol iluminaba todas las cosas. La naturaleza lucía todas sus galas; la naturaleza que oculta y esconde el desmoronamiento y la decadencia, que renace y triunfa cada día, que oculta la muerte, que la viste de flores y la disfraz.

El mar se extendía como una inmensa llanura de plata. A sus orillas, la playa, plantada de carpas de colores. Gente semi-desnuda corría, caminaba o descansaba sobre la arena. Cuerpos humanos embellecidos por el sol y por el día, cubiertos de una patina de bronce; mujeres jóvenes, de formas suaves y ondulantes, lustrosas, bronceadas, exquisitamente deportivas; muchachos con las costillas insinuándose bajo la piel; y hombres maduros, con grasa diseminada y una añosa pesadez en todo el cuerpo.

Un chico, delgadito y mojado, anfibio, casi los atropelló, corriendo. Iba en busca de quién sabe qué compañero, corriendo a través del aire saturado de sol y de yodo. Una alegría sensual parecía invadirlo todo.

Al ministro, el espectáculo le hizo recordar a aquella Grecia armoniosa que realizó aquel ideal humano tan acabado, aquella armonía entre el cuerpo y el alma, aquella perfecta comprensión, admirable simbiosis, maravillosa camaradería entre el alma y el cuerpo, espiritualizado este último por la belleza . . . por la forma amable y perfecta . . .

Continuó el tema de su conversación. Un gobierno de caballeros, desprendido de sus intereses, absorbidos enteramente por el bien público . . . fué indudablemente un ideal muy bonito.

Consecuencia de mi cultura platónica. ¿Ha leído usted *La República*? . . . Un gobierno de caballeros, de hombres de maneras finas y delicados sentimientos . . . Muy romántico . . . Pero hay que tener en cuenta las fluc-

tuciones de los precios en la bolsa y los gritos histéricos de los líderes de los descontentos y de los belicistas, de aquellos que detestan la armonía, y desean la sangre sobre las piedras de las calles... Bajo este sol no se concibe la lucha, ni los gritos histéricos, ni las mismas frases repetidas hasta la vulgaridad, para que penetren en el cerebro duro y enquistado de los hombres sin imaginación y con excesivo instinto de agresividad... La armonía es una idea que me domina, que me obsesiona... Una perfecta armonía en el mundo de la perfecta comprensión... Y qué difícil es hacer comprender a la gente que no quiere o no le conviene comprender... Usted no se imagina cuántas cosas me quedan todavía por decir, por hacer. Cómo me entusiasman ciertas ideas, con qué intensidad y con qué entusiasmo creo en la necesidad de ciertas reformas... La educación por medio de la prensa sería un tema interesante para un ensayo...

Se había opuesto sistemáticamente a todo amordazamiento de la prensa, como a toda restricción de los derechos fundamentales: independencia, propiedad, expresión... Durante una larga serie de años había sido una bolsa de ideales, y ahora se iba desmoronando por dentro... El secretario pensó que, como todo su mundo, parecía estar de pie, vivo todavía, e inteligente y poderoso, pero interiormente desmoronado, muerto ya, aunque caminando y hablando. Aquel mundo que se hundía con el digno individualismo y la integridad de los derechos absolutos.

Se apoyaba en el brazo de su secretario. Se apoyaba con todo el cansancio de sus años, de su enfermedad y de su inteligencia. Hasta poco tiempo antes el mundo había estado pendiente de su palabra. Había sido el hombre de quien dependían miles, tal vez millones de vidas; había conducido al formidable país con todos sus hombres y sus mujeres, con sus chicos que van a comprar helados y sus muchachos que juegan al rugby. Y cuando había asistido a un partido de rugby todos se habían puesto de pie y lo habían aplaudido.

Todo aquello había sucedido antes que comenzara a desmoronarse por dentro, antes que la enfermedad se hubiera apoderado de su hígado y de su estómago, cuando todavía el comer significaba un placer.

Pero un día su almuerzo le había hecho un daño extraordinario y había sentido un dolor interno extraordinario, y entonces había resuelto retirarse a leer a los clásicos y abandonar su sitio en la cámara, su cartera en el gabinete y la primera página de los periódicos. Y otro caballero casi tan viejo como él mismo, vestido más o menos de la misma manera, representando su mismo sector, comenzó a ser aplaudido en los partidos de rugby, y a hablar como lo había hecho él mismo, en nombre de la mayoría del pueblo, del pueblo mismo, de los contribuyentes y de los asalariados,

de los que van todas las mañanas, con el sol, a su trabajo, y de los que dejan transcurrir la mañana en los "links" de golf.

Y el ex ministro paseaba, mientras hacía descansar el peso de sus años, de su enfermedad y de su extraordinaria importancia en el brazo de su secretario.

Todos se veían obligados a hablarle del futuro. Tal vez porque sabían que ya no le pertenecía, que el futuro había dejado de ser para él.

—¡Qué magníficas truchas tiene la temporada reservadas para usted! — le decían. Y él fingía regocijarse con las perspectivas de una buena pesca que jamás se realizaría.

Porque allí, en las habitaciones del hotel colgadas sobre el mar, él había comenzado a sentirse excluido de la actividad, del ruido y del vértigo de la vida. Había empezado a considerarse como un personaje histórico, fijo e inmóvil, inmovilizado en las páginas brillantes de la enciclopedia y los textos de historia. Algunas veces observaba las fotografías que le habían sacado durante la larga serie de años de su actuación pública, pensando cuál de ellas sería la elegida para figurar en la enciclopedia; o cómo quedaría immortalizado, con qué gesto y con qué expresión.

Aquella mañana se sintió extraordinariamente bien. Su partido había sido derrotado en las elecciones y en el próximo gabinete la oposición tendría mayoría, se realizarían las amenazantes reformas y comenzarían a gobernar algunos caballeros que preferían la gorra y el traje gris al frac y las tradicionales galeras; pero todo seguiría igual, sin mayor cambio. Para ello existiría el tradicional buen sentido de la nación, y el amor del hombre de la calle por las formas tradicionales, y la mordaz inteligencia de la prensa.

Había estado leyendo a Shakespeare. Realmente, él no sentía como Macbeth:

"Me siento el corazón enfermo. Comienzo a estar cansado del sol. ¡Quisiera ver el universo aniquilarse!"

Se sentía plenamente generoso. El no quería ver al universo aniquilarse, aunque comenzaba a cansarse del sol.

Había gozado intensamente con Shakespeare aquella mañana, y casi se atrevía a decir que durante todos aquellos días. ¡Había deseado tanto disponer de todo su tiempo para poder dedicárselo! Y no lo había podido hacer en muchos años, siempre obligado a vivir intensamente el momento y la realidad; a crear, modelar y modificar esa realidad. La realidad dependía de él y los niños que compran helados y los muchachos que juegan al rugby y los hombres que se despiertan con el sol y tienen los brazos musculosos. Shakespeare había podido esperar, ellos no.

Volvieron al medio día, y el almuerzo acabó con la resistencia del anciano; el caldo que era todo su almuerzo. Mientras se realizaba la digestión, la difícil digestión de dolor, se olvidó del sol, de los desnudos cuerpos armónicos, de las formas femeninas de las nubes, para reconcentrarse a sí mismo, en su desdichado estado. Desapareció todo interés, todo entusiasmo. ¡La educación por medio de la prensa! Ya no importaba nada. Todo se iba haciendo infinitamente pequeño e insignificante. Quiso quedarse solo, como los viejos elefantes, como los elefantes heridos.

El secretario permanecía de pie. A pocos pasos de su cama. Si hubiera sido su hijo se hubiera sentado a su lado, hubiera velado su sueño, hubiera llorado o lo hubiera hecho sonreír contándole algo, pero no era su hijo, era solamente su secretario. Dió aviso a los miembros del gabinete, al obispo, a los amigos, a la familia.

Comenzaron a llegar los automóviles. El médico permanecía en la habitación.

La música impertinente de un gramófono comenzó a hacerse oír. El administrador en persona pidió que cesaran de tocar. Se accedió gustosamente a ello. Y en las redacciones de los periódicos comenzaron a prepararse rápidamente biografías del moribundo. Tal vez al otro día ya tendrían que publicarse. La opinión pública comenzó a estar pendiente del estado del anciano político. Su muerte no era solamente su muerte, era la muerte anticipada de todos sus contemporáneos, era una época que se iba. Una época que había vestido de frac y había desamordazado al pensamiento, que había abierto los puertos al comercio universal y había gozado íntimamente del vivir, que había profesado una dulce y amable filosofía, que tal vez había sido elegantemente egoísta, filosóficamente despreocupada... Se había creído en la paz y se había hecho la guerra, se había proclamado la igualdad, y las desigualdades habían continuado siendo tan irritantemente injustas...

Pero algo más triste llegaba, más gris y más opaco, odios más fomentados...

La tarde continuó la gloria asoleada y brillante de la mañana. Los bañistas siguieron en la playa con sus vitrolas y sus radios, valijas, aprovechando ávidamente la benevolencia de la naturaleza.

En el ánimo de algunos permanecía todavía la esperanza, a pesar de la opinión de los médicos. El viejo tigre resistiría todo aquello como había resistido tantas grandes crisis políticas, para luego renacer triunfante, con mayor crédito aún en el ánimo público.

Y cuando ya la noche hizo necesario prender las arañas del salón (las enormes arañas como fantásticos prendedores de diamantes eléctricos) habían

llegado casi todos los viejos amigos, los obispos, los políticos de su sector y de la oposición, las damas dirigentes de los comités benéficos, los líderes de los renovadores y de los descontentos.

Todos estaban de acuerdo en que había sido un hombre extraordinario. El viejo terrateniente, sobriamente elegante, que vivía soñando aún con la antigua justicia del castillo y la dulce hospitalidad de la mesa señorial, exaltaba las virtudes caballerescas del agónico, el valor de su palabra, su desprecio olímpico por el materialismo de un siglo cuya historia política parece el libro de cuentas de un almacén.

Por su parte el anciano socialista, campeón sincero de la doctrina de la plusvalía y el fundamento económico de las ciencias sociales, todavía tolerantemente creyente en el dogma de Marx, hablaba de su inteligente comprensión de la realidad, de su valiente posición en pro de las reformas sociales. Porque fué un revolucionario, que supo desprenderse de los viejos prejuicios y las vetustas tradiciones. Sí, fué un camarada más, un amigo del trabajo. . .

Sus amigos estaban de acuerdo en que debía haber sufrido mucho al tener que abandonar el *champagne*. . . ¡Ah!, el *champagne*, el delicioso *champagne*. . .

—Era un volteriano —decía el viejo liberal, escéptico y sonriente— y cultivaba su jardín. Sabía que en ello consistía la sabiduría. Nunca lo torturaron los metafisiqueos. Creía haberle hecho el mejor panegírico.

El obispo entró emocionado. Venía de su lado. —Un gran cristiano —dijo— de una fe serena y admirable. . .



Un aire vigoroso y yodado llegaba hasta su rostro, hasta su ansiosa nariz. Había sentido de una manera imperiosa la necesidad de salir a tomar el aire, de absorber la vida con toda la fuerza de sus pulmones. Porque la muerte estaba en el hotel, en el dormitorio austero y standard del agónico, y en el salón blanco y dorado, iluminado por las enormes arañas semejantes a eléctricos diamantes encendidos. La muerte, lo caduco, lo irrenovable: una colección de recuerdos todavía vivos y parlantes.

Recordaba las frases “. . . Un caballero antiguo”. . . “Si, señor, un revolucionario. . . exactamente un revolucionario”. . .

Se detuvo en la barandilla, sobre la playa. Un muchacho cruzó la franja de playa y se destacó claramente sobre el mar iluminado por la luna. Parecía extraordinariamente alto y delgado, como una figura chinesca. Entró en el mar lentamente, enormemente solo. Recordó el título de un libro que había ojeado hacía poco: *El hombre está solo*, por Julián Huxley.

¡El hombre está solo! El muchacho había desaparecido. Se lo había tragado la soledad. Y frente a él se extendía el mar, enormemente plano, extensamente plateado, infinito, iluminado, generador y destructor, vigoroso.

El hombre está solo... Recordó aquella ilustre soledad que le había acompañado durante tantas horas. Y su propia soledad llena de ternuras inexpresadas, de afectuosos deseos de contacto humano sabiamente sofocados, razonablemente encerrados. Su propia soledad de hombre... soledad biológica, impuesta por la naturaleza de la cual era imposible escapar. El hombre estaba solo y permanecería siempre solo tratando de acercarse a los demás, de comunicarse con ellos, de establecer un contacto. Pero estaba limitado por las células de su epidermis, no podía comunicarse por ósmosis. La mayoría de sus vibraciones o no eran interpretadas o pasaban inadvertidas. Y tenía que guardar la ternura y el ensueño, y partir con ellos cuando algo imposibilitara la digestión y tuviera que partir, solo, por supuesto, con su enfermedad, y con esa su muerte que se habría ido desarrollando hasta convertirse en él mismo.

Se acordó de aquella soledad cercada de papeles que le había acompañado; de aquel hombre rodeado de amigos que moría en una cama con una colcha azul. Que se había deslizado durante tantos años en una acompañada e intensa soledad, separado de todo por la importancia de sus cargas oficiales, sus horas de trabajo y la cantidad de sus papeles. Que había dejado el contacto humano decididamente de lado, toda su atención puesta sobre el "hombre" impersonal y colectivo, el hombre humanidad, pueblo, nación, universidad, ejército, cofradía. Sin dejar lugar para el hombre individuo, tal o cual hombre con nombre y apellido, y determinado peso y pies de estatura.

El hombre está solo... como una sombra sobre la noche, a orillas del mar.

Cuando volvió, la noticia había ya franqueado las puertas del hotel. El mundo ya lo había recibido en su seno, consternado.

MARIANO DE ZAVALLA

# LETRAS ARGENTINAS

## EL DESTINO DE AMERICA

LA preocupación dominante en los escritores de las nuevas generaciones por descubrir la naturaleza profunda del alma argentina, o americana, aparte de explicarse por sondeos análogos en las demás literaturas, se justifica por la necesidad de echar a andar solos, sin guías ni muletas, ante el desamparo en que nos ha dejado Europa, ayer maestra, y desde 1914 sangriento guiñapo de una cultura moribunda.

Sobre esa misma preocupación están centrados los "siete ensayos americanos" (1), que ha publicado en un libro breve y denso la joven profesora Erly Danieri. Declara esa preocupación el prólogo brillante y firme.

"... En este momento de pérdida de rumbos, América surge a primer plano —nos dice la ensayista—. Vivimos una hora de exaltación americana. El hombre europeo, desesperanzado del presente, vuelve los ojos a América —que es futuro— y el hombre americano ha comprendido ya que defraudar al mundo sería defraudarse a sí mismo."

Los siete ensayos, aunque tratan de asuntos diferentes, se ordenan a manera de una meditación orgánica sobre nuestro ser y nuestro destino. En el primero, titulado "Perfil de Continente", después de preguntarse la autora si existe una realidad espiritual precisa que corresponda a la realidad geográfica llamada América, confronta las dos mentalidades sajona y latina, o más exactamente, los Estados Unidos con la Argentina, examinando sus profundas diferencias, hijas de la formación histórica de ambos pueblos. Puede hacerlo con acierto, porque conoce los Estados Unidos, donde estudió algún tiempo. Prefiero no exponer al lector las ideas fundamentales de este primer ensayo y sí recomendarle la lectura, pues resumiéndolo lo malograría. La señorita Danieri sabe decir muchas cosas en pocas palabras, coloreando el pensamiento con imágenes naturales y oportunas. Las ideas, en sus ensayos,

---

(1) *Siete Ensayos de América*, por ERLY DANIERI. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Cultura Latino Americano, 1943.

no valen solamente por su originalidad, pues no todo es nuevo ni podría serlo en unas meditaciones sobre fenómenos sociales y morales ya repetidamente examinados, sino por la elegante precisión con que las expresa y la emoción cordial con que las vive. Esta profesora da lecciones de modestia y sencillez a muchos de nuestros ensayistas, aun a algunos muy distinguidos, para quienes la regla del juego, cuando abordan tales cuestiones, parece ser hablar en galimatías, o para mayor misterio, en abracadabra. No recuerdo haber encontrado una sola vez en este libro la palabra "argentinidad" u otras afines, ni nos habla la autora, quien, sin embargo, creo, salió de la Facultad de Filosofía y Letras, en jerga germánica y existencial. Poca o ninguna metafísica "telúrica", y si ella emplea alguna vez el término, confieso que se me ha escapado.

Bromeo, pero es así. No hay cosa más insufrible que la fuliginosa pedantería de algunos rbdomantes del espíritu americano. Ni siquiera rastros de ella encontrarás en este libro, discreto lector. Tampoco el preciosismo lingüístico de los imitadores del ilustre Ortega y Gasset ni el conceptismo patético de Unamuno. Todo cuanto dice nuestra ensayista es claro y sensato, y sin embargo, sutil a menudo, y nunca vulgar. Ninguna ostentación de sabiduría, y no obstante, su ilustración histórica y literaria se lee entre líneas. En una palabra, una escritora seria, dotada de tanto talento como equilibrio y buen gusto.

En el segundo ensayo, "Persistencia de la tierra", ella prosigue la confrontación, examinando las reacciones de ambos hombres frente al mundo físico, el paisaje, la tierra. Conclusión: "Rastro de esta doble veta de fatalismo oriental, herencia del español y del indígena, hay en la actitud pasiva del hombre sudamericano frente a la naturaleza. Y esta pasividad es la que ha prolongado hasta hoy en casi toda la América hispana, la subordinación del hombre a su paisaje."

Dicha subordinación es estudiada en el tercer ensayo, "Libros de tierra fuerte", tal como se expresa en la literatura hispanoamericana.

Me complace aprobar como verdaderas y justas, en mi opinión, las observaciones contenidas en este ensayo, uno de los más finos del libro.

Leer un libro europeo, nos dice, es descubrir una realidad espiritual que se llama Europa; leer estos libros americanos es enfrentarnos con la realidad física que se llama América". Pero ¿cuál es esa realidad física? La autora, que no desdenea la literatura de inspiración costumbrista y vernacular, ceñida rigurosamente "a un naturalismo en el que parece sentirse cómodo el paisaje exuberante de las tierras tropicales", nota con razón su enfático patetismo y lo analiza inteligentemente.

La calificación de ciertas novelas hoy en auge en el continente (ella

nos recuerda entre otras *Huasipungo*, *Raza de bronce*, *Los de abajo*), es aguda. No resisto al deseo de transcribir la parte substancial del juicio:

“En estos libros se siente muy a lo vivo cómo la fuerza de América radica todavía en la tierra, en su tierra bravía que ciñe al hombre y lo envuelve en su pasión.

Pero a la calidad de esta literatura tan americana de sustancia, la desvirtúa casi siempre una marcada tendencia partidista y un desmedido afán de apegamiento a lo típico. De un apegamiento no verdadero porque se apoya en lo pintoresco y lo espectacular. Y un patetismo que desborda como torrente, sofocando la belleza que pudo descubrirse en las vidas simples de esas pobres gentes, esa belleza sin rebuscamiento que tiene tanto prestigio y tanta auténtica fuerza expresiva.

Un primer acercamiento a esta literatura, cautiva con la atracción de su primitivismo; en su sabor rudo se descubre una nueva veta de energías vitales y de motivos artísticos. Pero a medida que nos ponemos a profundizar su estudio, nos sorprende la insistencia en los mismos temas, el parejo patetismo desgarrado que la anima.

Son los suyos relatos afebrados de la lucha del hombre contra la naturaleza hostil, y encierran idénticos ataques al caudillismo, al fraude político y a la injusta organización económica, mientras describen con insistencia, miserias, enfermedades e interminables desangres de indios.

Esta frecuentación excesiva de lacras y de vida prostituida acaba por dar una única y por lo tanto errónea impresión de América. Y se corre el riesgo de llevar al lector a la creencia de que toca la realidad sustantiva de estas tierras.

Hay sí, un impulso de autenticidad en estos escritores, pero por exageración de fuerza caen en debilidad y por exageración de verdad en mentira. Porque esa manera de ver la vida no es más que un modo limitado de enfocar la realidad. Se muestra una sola cara, la que está en permanente quiebra y se saca partido de sus situaciones oscuras. Es éste un arte fotográfico que se complace en la violencia del color o en la vacilante ceguera de la sombra”.

No engloba en el mismo juicio a *La Vorágine*, libro “crudo, agresivo, denso como la misma selva”, alabado junto a *Don Segundo Sombra* y *Doña Bárbara*. No niega, pues, aquellos libros que aspiran a interpretar la áspera realidad de América en todos sus matices, “la última y desnuda verdad de su tierra”; pero justificadamente su buen gusto la aparta, como nos ocurre a otros, de la hipertrofia naturalista y de la literatura, yo diría demagógicamente embanderada. Los oscuros ideales de redención humana y “recuperación”, según el voquible de último cuño, que inspiran cierta literatura narrativa americana, desnaturalizan el arte poniéndolo al servicio demasiado ostentoso de la política. La ensayista lo nota muy bien al hablar de la “tendencia partidista” de dichos libros.

Su posición frente al arte americano es menos simplista. Volviendo sobre el tema, al tratar en el cuarto ensayo los motivos y preferencias de la narración en América, condena la falsa opinión de los que rechazan por europeizante todo arte que se liberte del cerco de lo vernacular. “El cosmopolitismo —escribe— que es el rasgo esencial de lo americano en

los Estados Unidos, Argentina, Brasil y Uruguay, tiene evidencia de hecho fuerte, decisivo y actual en América. Es aventurado tener por menos americana a la América atlántica que se abre, se comunica, da y recibe. América es siempre América, aunque sea cosmopolita”.

Coincido con la ensayista en algunas apreciaciones sobre el arte americano. Algunas veces he dicho a mi modo que el nuestro puede ser americano a despecho del asunto y de la técnica empleada, sin necesidad de ceñirse a temas indígenas. La señorita Danieri, cuyas palabras repito, cree lo mismo. Lo que importa es llevar a la obra nuestra “manera nueva de sentir la vida”, que no puede ser negada; lo que llamamos por otro nombre el espíritu americano, “fuerza que perdura a pesar de cualquier influencia o disciplina exterior”.

De la autora de estos ensayos puede esperarse un excelente crítico literario. No se queda en la corteza de los libros. El estudio que dedica a *El mundo es ancho y ajeno* del peruano Ciro Alegría, caracteriza su preocupación dominante: buscar, también en los libros, la huella de América y los signos augurales de su destino. Sustancioso como los demás, este breve ensayo razona las hipótesis de cuál será el porvenir del continente, ahora que la cultura de Europa, que modeló la nuestra, languidece y muere. La autora parece mirar con simpatía la posibilidad de que el norte geográfico del continente se convierta asimismo en su norte cultural. “La cultura occidental —afirma— ha alcanzado allí cumbres en las que la América latina casi no tiene derecho a soñar”.

Pero como no pertenece a esa casta de espíritus que corren por los cauces más fáciles, se resiste a la tentación de aceptar la más aparente lógica de la historia. “Tal vez no resulte un privilegio —piensa— en estos años de balance espiritual, el haber caminado más de prisa”. El ensayo se titula “Como los líquenes”. Su razonamiento se funda sobre la analogía entre la función de los líquenes que desintegran los tejidos muertos para crear la vida y la misión de los pueblos callados y humildes de América, humildes en el mundo de las jerarquías culturales, a quienes puede estar reservado “salvar al mundo de los despojos de una cultura que lo está asfixiando; eliminar lo que ya está muerto en ella”.

Bien se ve por estas simples punciones que hago en el libro, sin la esperanza, ya lo dije antes, de ofrecer al lector toda su sustancia jugosa, cuán fecundo es de ideas y sugerencias.

No lo son menos los dos ensayos finales, que enfocan solamente a la Argentina. Vuelve en ellos a debatirse el problema de nuestro rumbo futuro. Una vez más vemos a la autora apartarse de los prejuicios étnicos y políticos que identifican lo americano con la cultura hasta hace poco

tiempo desdeñada, de las clases inferiores, indígenas o arcaicas. "Lo argentino no puede ser *sólo* el gaucho, porque esto sería dejar afuera algo que es tan nuestro como el gaucho: Buenos Aires". Y más adelante: "Argentina es ambas cosas, lo que del gaucho nos ha quedado en espíritu y en inspiración y lo que Buenos Aires agrega cada día a nuestra realidad nacional". O bien: "La Argentina es el gaucho y es Europa, y unido a estos elementos, a modo de aglutinante fundamental, el ritmo de este mundo que es muy otro que el ritmo de Europa". (Entiéndase por gaucho en el lenguaje simbólico de la autora, no ya el tipo humano hoy glorificado a tuertas y a derechas, sino el espíritu de la tierra, en otros términos, nuestra tónica peculiar).

Una gota de elocuencia no sienta mal en un libro, henchido de augurios y promesas. La saboreamos en las últimas páginas, las de los consejos y admoniciones. Alguien dijo refiriéndose a América "que está limpia de pasado y limpia de hombres, como si se hubiera quedado en reserva para la hora de los arreglos definitivos de la civilización" — recuerda la autora. Y agrega: "Esta hora ha llegado. América debe salir al encuentro de su destino".

Estamos haciendo nuestro examen de conciencia: este libro es un ejemplo más de ello. Somos jóvenes y aspiramos a marchar de cara al porvenir. "Pero la juventud —nos advierte la señorita Danieri— no es una mera dimensión cronológica; juventud es resolución, empuje apasionado, vehemencia de grandes empresas, resistencia en el esfuerzo, ardor en la defensa del ideal".

Completamente de acuerdo; mas para no quedarnos en las engañosas frases retóricas, falta saber cuáles han de ser nuestras resoluciones, en qué dirección llevaremos nuestro empuje, qué empresas grandes debemos acometer, qué ideales defender. No lo ignora nuestra autora. En este mismo ensayo nos avisa que "para apresar la realidad es necesario evitar el camino de las generalizaciones abstractas y de las pedantes teorías cósmicas y observar cara a cara los hechos vivos, definidos".

Es la última lección que nos da de recto y sano criterio.

ROBERTO F. GIUSTI

## LA POESIA DE GONZALEZ CARBALHO (\*)

QUISIERA hablar brevemente de este poeta sin molestarlo ni tampoco halagarlo demasiado. Me cuesta celebrar lo bueno que hay en algunos de nuestros escritores, porque es difícil encontrarlos y juzgarlos por lo que realmente son. Hacen todo lo posible por desvirtuarse, por escapar, por salirse de ellos mismos. Ensayan continuamente modalidades que no se avienen con la intimidad de su propio carácter ni con sus gustos verdaderos. Suelen vestir modas extrañas bajo las cuales los reconocemos apenas. Esto es de lamentar doblemente, pues ahogan una personalidad sino original, vigorosa a veces, privándonos de una definida producción, si modesta en apariencia, legítima expresión de arte cuando trasunta una naturalidad sencilla y fresca.

Tal ocurre —aunque no con frecuencia— con González Carbalho. Me gusta y lo encuentro poeta, cuando su voz transparenta aquella “confidencia algo monacorde de desilusiones, tristezas y nostalgias juveniles”. Su poesía, de limpio y estimable tono menor, cuenta y revive con graciosa nostalgia los amados instantes inocentes que los hombres no quieren olvidar. Apenas nombrados aparecen en sus versos la ciudad, la casa silenciosa, el patio viejo, los cándidos malvones. Allí evoca las sombras de unas presencias desvanecidas en el tiempo. En el crepúsculo, sus aleteos melancólicos trastornan suavemente el corazón del poeta. El hombre sano y joven gusta saborear deleitosamente aquella tristeza, darle forma, transmitirla para que no se diluya en la soledad de su espíritu:

*Bajo la primavera rueda el río  
con un ruido de sombras de la muerte*

decía en 1940. El poeta recuerda cuánto ha perdido. Luego veremos que aquella inclinación persiste y que de allí saldrán sus acentos más personales y mejores.

González Carbalho es un hombre de esta época y no me cuesta dema-

---

(\*) *Solo en el tiempo*. Edit. Losada. Col. Poetas de España y de América. B. A.

siado sentir su misma inquietud; pero lo cierto es que en vano buscará la raíz de su poesía en la variedad de temas. El mismo lo ha dicho en su libro *Tiempo de amor perdido*, acaso sin referirse a su labor literaria:

*Mi corazón es un pequeño cauce  
lleno de aguas que vuelven.*

Sobre esas aguas, claras si la vida le sonrío con contagioso optimismo; apagadas y oscuras cuando lo abrume la congoja, deberá bogar si quiere darnos lo más auténtico de su sensibilidad. Para que lo conozcamos tal cual es, deberá hablarnos de su pena pequeña.

Es probable que un sentimiento egoísta y cruel nos dicte estas reflexiones. No podemos dejar de comprender cuán dolorosos deben resultar al poeta esos viajes al país de la definitiva ausencia, pero los creemos tan necesarios como inevitables. De ellos, indudablemente volverá con un ramo romántico, florecido de sombría belleza. Yo no he leído ningún poema de este autor, sin imaginar un muchacho pensativo y triste que lleva en la nostalgia de las retinas apagadas las imágenes de unas sombras que no vuelven. Poesía de cosas pretéritas, en ella son lejanos y mustios los seres y el paisaje. Todo ha muerto. A todo se lo ha ido llevando el tiempo. En el silencio enorme sólo trabaja, queda y dolorosa, la emoción del poeta:

*Rasgo el claustro sutil de la neblina  
que empaña mis dolientes soledades,*

y cuando González Carbalho realmente busca lo que ya no tiene, entonces es poeta. Se me puede decir que tal escenario constituye un mundo pequeño y limitado, sin que yo tenga inconveniente en convenir en ello; pero no se debe desconocer que cuando su emoción se ajusta a su pensamiento, el poeta revela que posee un delicado sentido de la medida. Esa poesía recóndita y silenciosa, si nacida espontáneamente, traduce en su melancólica evocación un digno y respetable sentimiento humano.

El hombre constantemente vuelve a lo que más ama o ha amado:

*He aquí los viejos muros, la ventana en que un niño  
Cree el cielo una rada para entrevistas naves;  
he aquí la geografía nocturna de la lámpara,  
la adoración del pan, las manos familiares.  
De tu encendida órbita de beatitud, regresa  
lo que estaba perdido en las edades.  
En una primavera todas las que tuvimos,  
rama inmortal de un árbol que no deshoja el aire.*

Y no hay más. Dejadle reconstruir con alegre tristeza el retablo de una época feliz. No será difícil que algo muy nuestro reencontremos en él. Todos fuimos niños, y algunos continuamos siéndolo aún; casi todos hemos tenido una hermana o una amiguita que se agostó en la dorada juventud; todos tuvimos unos adorables bucles rubios con los cuales el viento se entretenía en jugar; todos nos creíamos destinados para altas empresas. Desde que esas cosas fueron bellas es justo que hayan sido.

Que el poeta se entretenga en contarlas. Si algún espíritu áspero sonríe, tampoco faltarán corazones sensibles que sepan llorar con los tristes versos. Unen a los hombres muchas más semejanzas de lo que ellos suponen; la vida, al gastarlos, les presta un parecido que acaso no les dió la cuna. Sus aventuras humanas se parecen bastante:

*Contando estoy mi historia que es la tuya. Cualquiera  
vió envejecer un muro. Recordemos siquiera.*

Sí, bienvenidas las serenatas de los poetas si ellas logran hacernos revivir con su artística belleza aquellas horas amables de un tiempo que pasó. Bienvenidas sus generosas canciones modestas, evocadoras del hogar, la infancia y el amor. Sí, bienvenidas y benditas las serenatas de los poetas si al narrarnos unas penas antiguas nos hacen olvidar, momentáneamente, nuestros actuales dolores.

No es preciso que todos los poetas tengan una original y vigorosa imaginación. Esq, está bien con que aparezcan de tanto en tanto; aunque por mucho tiempo todavía no naciese alguno, estoy seguro que los buenos lectores no lo extrañarían. Ellos son de todos los tiempos y de todos los países. Sus voces, en lugar de envejecer, parecen más frescas y penetrantes a través de las edades. Abarcan todos los paisajes y llenan todos los corazones. Casi como Dios mismo, son universales y eternos.

Lo declaro sin rubor y sin tristeza: amo también a estos dulces poetas elegíacos, que cantan con suave ternura las tribulaciones de su humana existencia. Tienen la doble virtud de conmoverme y de que los comprenda. Cuando son poetas, les cuesta bien poco emocionarme con sus líricas quejas dolorosas y dignas. En suma, no hacen sino describir la vida; y la vida, para los que todavía conservan un poco de sentimiento, es amarga y es cruel. En una palabra, se consuelan cantando lo irreparable. El hechizo que esas composiciones ejercen sobre los espíritus es indudable; yo, que siempre veo y siento a la vida tan hermosa, cuando las leo, desearía saber componerlas como ellos. Me gustaría, como lo hace González Carbalho, poder despertar en un poema al niño perezoso que se aduerme en mí:

*Los años se partieron  
 en un bajel, por ríos  
 de plácida corriente.  
 Todo es cruel y antiguo.  
 parecería fábula  
 si no fuera designio.  
 Se partieron los años,  
 quedó el patio vacío,  
 si bien en el secreto  
 de mi humano ejercicio,  
 entreví un patio claro  
 y un muchacho sombrío  
 descifrando en la altura  
 melancólicos signos,  
 viendo caer palabras  
 nocturnas y rocíos.  
 Cosas de las canciones.  
 Vida y canción: lo mismo.*

.....  
*Cosas de las canciones.  
 O de la muerte, digo.  
 Vuelves cuando la nube  
 trae un frío más frío  
 y se desnuda el árbol  
 en un arranque místico,  
 cuando el ocaso alarga  
 taciturnos mugidos.  
 La casa está escuchando  
 su soledad. Si vivo,  
 qué ocurrencia, tan sólo:  
 con perros y con libros,  
 y unos mansos fantasmas  
 sin miedos ni peligros.  
 Y además este extraño,  
 desesperado oficio.  
 de componer guirnaldas  
 con vocablos marchitos.*

Allí veo el niño de ayer igual y distinto; claro, a aquel niño se le ha agregado el que el poeta lleva hoy consigo. Ha madurado, y sin embargo

es ingenuo. Las horas, al pasar, le han dejado una pátina sutil; antaño vivía, hoy siente. El cambio no es fundamental, pero sirve para demostrarnos que es poeta. Por eso me duele y me disgusta cuando se desvirtúa:

*Yo no sé qué hecatombe sacudió los países  
secretos, en que estaba dividido su mundo;  
lo cierto es que hoy un ángel con alas de ceniza  
le impone inexorable su tristeza geológica.*

.....  
*El es su propio deudo y se apresura a veces  
a regresar, temiendo que echen llave a las puertas;  
y ni siquiera nadie lo reclama o reprocha,  
porque todo es lo mismo y está bien en la nada.*

Lo comprendo porque su pensamiento es claro y su expresión sencilla y correcta; le reconozco que en eso se diferencia profundamente de muchos de sus contemporáneos; pero lo siento menos que cuando nos da sus versos más suyos, rebosantes de emoción más íntima y más dulces, y éstos, diga él lo que quiera, constituyen su obra verdadera. En los poemas que acabo de citar alienta, sin embargo, en algún verso, como una muestra de su poesía genuina:

*Frente a sus pensamientos descubrió que el asombro  
lo devolvía al tiempo de la infancia y la fábula*

Evidentemente el poeta escribe a ratos su propia autobiografía; es necesario y es útil que la haga; pero aunque su ingenio le sirve y le permite elaborar bellas emociones intelectuales, siempre descubrirá que el asombro lo devuelve a la infancia y a la fábula.

Afortunado mil veces el poeta que en estos días bárbaros logró mantener entera en el recinto de su corazón como una suave y pequeña ciudad infantil. Afortunado quien puede ir y volver por sus calles diminutas y vaporosas llenándose los ojos de paisajes celestes:

*Como un ángel volando,  
dominas mi silencio:  
umbral, penumbra, nadie;  
solitario universo.  
Volando me acompañas.  
Pero sólo te veo  
si clausuro mis ojos  
y camino hacia adentro.*

*Lo que eres: el presente  
realidad y secreto,  
vive en la soterrada  
penumbra del recuerdo.  
Allí tu voz, el triste  
paisaje de tu pelo;*

.....  
*Y regresando a días  
de la niñez; hundido  
entre inmensas montañas  
y juguetes y gritos,  
allí te veo; estás  
en un patio tranquilo  
con unas flores secas  
jugando. Arde el recinto  
con la tarde. Pregunto:  
¿qué haces, pequeño mío,  
con esas tristes flores?*

¿Qué haces, pequeño mío, con esas tristes flores? Estos dos versos, con su tristeza pura, de una ternura frágil, dulce e infinita, con su sentimiento tan hondo y delicado, turban profundamente mi emoción. ¿Qué pensarán mañana, los niños de hoy, de ese pequeño abstraído ante un ramillete de vanas flores secas?

Han pasado los años; yo no sé cuántos, pero deben haber sido suficientes como para destruir la primitiva pureza de cualquier hombre. Para González Carbalho, el tiempo se ha detenido. El niño de antaño le transmite al poeta su alma y su voz. Feliz él que en cierto modo puede alejarse momentáneamente de la crueldad contemporánea. En la vida de los hombres, de los pobres hombres, serán en adelante tan fugaces los instantes merecedores de recordación. Hoy, igual que ayer, luchamos y nos destruimos por conquistar una felicidad que no veremos ni alcanzaremos nunca. Pero lo más desolador es comprobar que en los pechos humanos ya casi no se arraigan las más nobles pasiones.

OSCAR BIETTI

## LA EMOCION HUMANA EN LA POESIA DE FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ

**E**L poeta ha ido ensayando su lira, desde que sacó de ella los primeros versos, para lograr la vibración y el acento de su último libro. En realidad, el verdadero poeta no hace otra cosa durante toda su vida, con el ansia de que su voz se escuche cada vez más alta, cada vez más pura. Y en que su voz sea reconocida como suya, está el secreto de su existencia. Voz propia tiene Fermín Estrella Gutiérrez.

Una cierta timidez, que se transparenta en su estilo, como prenda sin duda de su carácter, le ha impedido formar en los coros —grupos, capillas— que cantan bajo una bandera de determinada tendencia; como le ha impedido también lanzar ningún grito detonante. Timidez que entraña, por otra parte, una gran pulcritud en su conducta literaria, sin duda prenda también de su carácter.

Quizás no sea ocioso confrontar en esta ocasión, la simultaneidad en la aparición de los ismos políticos y literarios: comunismo, fascismo, nazismo, falangismo, etc.; futurismo, ultraismo, dadaísmo, creacionismo, etc. Unos y otros ismos parecen nacer de una inspiración común: la intransigencia. Es claro que las consecuencias no podían ser las mismas en uno y otro caso, y que si los ismos literarios se destruyeron en una lucha incruenta, la destrucción de los ismos políticos está costando a la humanidad mares de sangre. Sin embargo, puestos a anotar este hecho, no hemos de pasar por alto una de sus consecuencias: que buen número de los que militaban en los ismos literarios llamados revolucionarios, título que se dan también todos los ismos políticos, han encontrado fácil acomodo en éstos. Hay un indudable paralelismo entre la deshumanización del arte y la deshumanización de la política.

En la voz de Fermín Estrella Gutiérrez percibimos, desde el primer instante, un acento humano, en el que vemos el signo distintivo de su arte, fundamental, para nosotros, en un poeta que hace su aparición en 1924, cuando el proceso de deshumanización se extendía como una ola turbia por

el mundo, arrastrando conciencias y sensibilidades. Y se nos aparece trayendo en su *cántaro de plata* el agua clara de su poesía.

Con los ojos muy abiertos, ojos asombrados ante la belleza del mundo, —“Oh belleza inmortal, por quien vivo y muero”—, se ha detenido en lo que, para él, la sintetiza de modo más natural y perfecto: la rosa. A ella acude continuamente, como si quisiera arrancarle su secreto, y vemos cómo la trae y la lleva en sus versos, en un afán de tenerla siempre presente, hasta exclamar en su *Destierro*:

*Le dije adiós a todo  
lo que el hombre ambiciona  
mi único tesoro  
eres tú, pura rosa.*

Ella es el cánón de su estética y es también el símbolo de la ilusión, como podemos verlo en los versos de su “Infancia”:

*Vive el hombre minuto tras minuto,  
devorador del tiempo, sin hartura,  
sus manos tiende al codiciado fruto  
y deja atrás la rosa y su hermosura.*

Cuando nos diga su dolor, buscará igualmente en la rosa el símil que mejor lo interprete:

*Este río de cobre y esta ciudad dormida,  
ante el cortejo se abren como un mar de negrura;  
río y ciudad, ajenos a mi cárcel y herida,  
y la esfinge y la rosa negra de mi amargura.*

En uno de sus últimos libros, —*La llama*—, en el que se acentúa el tono profundamente humano de su voz, vuelve la rosa a ser flor y cifra de belleza:

*La vida na es un tránsito, es un hondo destino  
que cada cual debiera hacer noble y fecundo:  
disfrutar de la rosa mientras dure el camino  
y ser antena y bálsamo para el dolor del mundo.*

Su estética y su filosofía corren paralelas en estos dos últimos versos.

En *La llama* vemos ya cómo madura el alma del poeta, pronta para darnos su más sazonado fruto. Su acento humano se hace doloroso en este

libro, como un eco del dolor del mundo, que ha puesto su sensibilidad en carne viva:

*Cómo corre la sangre por mis sueños, ahora,  
qué tétricos caminos se bunden ante mi planta;  
el corazón aguarda que aparezca la aurora,  
mas el dolor del mundo llora por mi garganta.*

He aquí al poeta solidario con la suerte de sus semejantes, aceptando plenamente de este modo su destino humano y ennobleciéndolo con el latido de su emoción. Está ya en el camino de su *Nocturno* (1), el bello libro que acaba de ofrecernos, donde la personalidad de su autor se nos aparece fuertemente destacada por estas tres líneas esenciales: lo hereditario, lo nacional y lo universal.

Para que su canto se elevara con mayor amplitud y libertad, ha prescindido esta vez de la rima y de las formas poéticas en que se había expresado hasta aquí, dándonos sobradas pruebas de su maestría en el manejo del verso. Los anchos versículos del *Nocturno*, nos traen el recuerdo de la Biblia y de Walt Whieman; pero no dejan nunca de acompasarse a un ritmo y a una asonancia, con lo cual no se pierde en ningún momento la armonía. Si se liberta de algunas trabas, no por eso abandona lo que es consustancial a su naturaleza poética, tan íntimamente ligada a su naturaleza humana: una corrección exquisita, una medida que le impedirá siempre algún gesto excesivo.

Si el ritmo de sus versículos es amplio y sosegado, ello obedece a que se acomoda perfectamente al sereno fluir de sus conceptos. Las XXV partes de que se compone su *Nocturno* forman un todo homogéneo y armónico, en el que el poeta nos va mostrando su condición humana, casi con un sentido cósmico, como un árbol, que cobrara voz para decirnos: ésta es la tierra que me sustenta, éstas son mis raíces, éste es mi tronco, éstas son mis ramas, éstas son mis hojas, éste es mi cielo. . .

No en vano exclama en el comienzo de su libro: "El canto que hoy nace en mi garganta, profundo y nuevo como un río sin nombre, no nace de mí, sino que viene de lejos, de la sombra y del tiempo".

Por encima de su lírica belleza y de su penetrante emoción, hay en este libro un latido de íntima, de cordial solidaridad con todo lo que rodea al poeta y con todo lo que con él se relaciona, teniendo en cuenta que nada humano le es ajeno. En su parte X, aquella que comienza: "Todos están en ti, ciudad donde vivo y muero, como el latido en la sangre generosa

---

(1) Ed. Losada, B. A.

y lozana”, ¡con qué infinita ternura va enumerando a las gentes que la habitan! ¿Para qué? El nos lo dirá:

“Pero de lejos, en la noche, una sola cosa, por encima del negro y extenso perfil, desde el río a la pampa,  
—una sola cosa, que es la suma de todas las vidas y de todos los sueños de la ciudad enorme y desvelada—,  
un resplandor, apenas un resplandor de luz alegre y blanca.”

Esta luz que todo lo resume es también, en cierto modo, la luz de su poesía; pero, antes de resumirlo todo, todo lo ilumina, mostrándonos la íntima y profunda ligazón del poeta con los seres y las cosas que le rodean: con su ciudad, con sus antepasados y hasta consigo mismo, para darnos así su cabal fisonomía física y espiritual, como una unidad perfecta.

En la XIII parte, donde canta el niño que fué, dijérase que el libro tiene su centro, su corazón, al que convergen y del que parten todas las corrientes emotivas, todas las venas líricas que forman su cuerpo total. Ese niño es el propio poeta, pero también puede ser, en cierto modo, cada uno de nosotros, y en esto reside su virtualidad. Es él quien llora, en la XV parte, la muerte del padre, si bien a la ternura del niño se une en este canto la fuerza del hombre, fuerza de la expresión y del sentimiento, donde la voz del poeta alcanza el trémolo más alto.

Van casi juntos en el libro el poema al niño, que está todo en su sangre, como la savia en el árbol, y el poema al padre, en cuyo pecho reclinaba su cabecita aquel niño. Y, entre estos dos poemas, el del hombre —el poeta— que camina solo, en mitad de la noche... Su padre está muerto, aquel niño también; pero él pertenece a la vida. Aunque no: ni su padre, ni aquel niño están muertos: viven en él.

En Westfalia, la antigua Sajonia, no está muerto todo lo que está enterrado, —decía Enrique Heine—. Lo mismo ocurre en el alma del poeta. Y esa es la suprema virtud de su obra: descubrirnos ese latido de vida impercedera.

También él camina hacia la muerte. Pero para caminar hacia ella noblemente, para cumplir su destino de hombre y de poeta, necesita tomar parte en el dolor de los demás hombres. La suya es una de las más puras voces que se han alzado en nuestro suelo para expresar su solidaridad con el dolor universal. Mensaje del hombre que vive en una tierra de paz, al mundo enloquecido y trágico, en el que tantas cosas horrendas e increíbles están ocurriendo en este minuto, —para decirlo casi con sus mismas palabras. Le aterra sin duda el pensar que se le pudiera creer insensible a ese horror, y nos dice cómo todo el dolor del mundo llega hasta su canto...

Este mensaje al hombre que ha de leerlo dentro de veinte, dentro de cuarenta años, viene a completarse con el mensaje a sus hijos. El poeta siente la necesidad de explicarles su dolor, en una página de magnífica ejemplaridad. De otro modo pudieran creer que ha sido injusto, pues que el destino le ha dado tantas cosas codiciadas y amadas. Su vida particular ha sido colmada de los más dulces dones; bien podían creer sus hijos que la felicidad estaba plenamente lograda en su hogar. Es preciso que sepan de dónde proviene su amargura, y por eso les dice:

“El dolor que aúlla en mi voz viene de muy lejos y desde muy hondo. Viene de todos los rincones del mundo donde el hombre sufre y muere, envuelto en las sangrientas llamas.

Y viene desde lo hondo de mi alma,  
desde lo hondo de la espera, desde donde todo son preguntas, y no hay quien responda nada.”

En esta hora en que la humanidad oscila entre la ferocidad y la indiferencia, el *Nocturno* de Fermín Estrella Gutiérrez nos revela que hay espíritus vigilantes y sensibilidades despiertas, guardadores de los más puros valores humanos. Sus manos de poeta, no pierden el timón, en medio de la tormenta donde los navegantes —la humanidad— se extravía con los más bruscos virajes. La brújula —brújula de amor—, orienta hacia el corazón de todos los hombres, con el pensamiento fijo en el término de su dolor...

VALENTÍN DE PEDRO

## AUTORES Y LIBROS

ENFOQUES INTELECTUALES, por *Juan Pablo Echagüe*. Ed. Losada. Buenos Aires.

**D**URANTE los últimos años, la actividad literaria de Juan Pablo Echagüe ha venido manifestándose sin descanso, en progresión constante, hasta llegar a proporcionarle un puesto envidiable en nuestras letras.

Su espíritu crítico y su copiosa erudición, ayudados por su personal estilo, que si por momentos aparece algo recargado logra evolucionar casi siempre hacia la clara y armoniosa expresión, se han manifestado con fortuna y perseverancia.

Después de *Monteagudo*, recia biografía, y de *Figuras de América*, medallones al agua fuerte, aparecidos últimamente, viene con *Enfoques Intelectuales* a continuar su tarea de ensayista, género literario para el que tiene particulares condiciones, y de *croniqueur*, familiarizado con el tema frívolo, el paisaje tradicional, la nota de actualidad. Si de lo primero se trata, "Paul Groussac", "Maeterlinck y la poesía del misterio", "Un mitólogo poeta", "La emoción y el sentimiento en la obra de Anatole France", son buena muestra en este su último libro. Y en cuanto a lo segundo, "Fontainebleau", "Grandeza y decadencia de Montmartre", "D'Annunzio en París", lo atestiguan.

Al juicio estético o al simple relato, a la consideración filosófica o al comentario superficial, propios de los tratados, siempre les añade dignidad y sello personal, mediante la oportuna reflexión aguda y la profundización certera.

Tiene *Enfoques intelectuales*, como descubre su título, tendencia a confrontar con los ojos de la inteligencia los temas ofrecidos a la curiosidad del autor. Y así da interés y elevado nivel a su realización. En la tarea de escribir no es todo realizar la elección de un tema y desarrollarlo con la variable fortuna de que sea capaz el autor. Es necesario punzar, como ha dicho Ortega y Gasset, y que la punción sea certera, para que se nos ofrezca la esencia del contenido inmediato y proficuamente. Proficuamente si quien punzó en él o los temas halla, no sólo el punto neurálgico, sino la manera de confrontar con arte, que merced a ello las inteligencias podrán recibir la fecundación del pensamiento ajeno punzado y del pensamiento del punzador.

En cinematografía, el arte del director consiste en saber hallar el ángulo de enfoque, en lograr el insólito punto de vista para nuestros ojos acostumbrados a la visión cotidiana. Manifiéstase así el factor personal en la composición de las fotografías, como se manifiesta en la pintura de un cuadro el sentido armónico del pintor. Pues el ensayista tiene, exactamente, idéntica

misión que el director cinematográfico: buscar perspectivas personales, nuevas, sumando a las obras, los hombres o las ideas que somete a juicio, su ecuación personal.

Los "enfoques" de Juan Pablo Echagüe siempre son afortunados, aun cuando, a veces, el tema carezca de novedad, pues por ser "intelectuales" su factor personal sabe hallar perspectivas originales, nuevos ángulos de visualidad. Y perdónesenos este alambicado juego de palabras, en obsequio a la plasticidad que ellas prestan a nuestra expresión.

La primera vocación del Echagüe fué la crítica. Ya hemos dicho que ella es su camino de Damasco. Y lo repetimos. Después derivó sus estudios hacia el camino de la historia, para alternar una y otra disciplinas. De tal maridaje, probablemente, ha nacido el ensayista de tendencias filosóficas, el hombre ya sereno, que halla, también para las ideas, amenos enfoques personales, como los halló para las obras, los escritores, los hombres y los paisajes. Si no conociéramos esta aptitud suya por otros ejemplos, sus *Diálogos para doctales*, *Los utopistas de la felicidad*, *La mujer frente al varón en la literatura y la vida*, nos la descubrirían en *Enfoques intelectuales*.

Alguien pudiera hallar frivolidad en este ir y venir de un género a otro, de un tema a otro tema de dispar carácter. Ello también pudiera ser inquietud intelectual y lo es. Una proficua y saludable inquietud.

E. S. C.

HORACIO QUIROGA. SUS MEJORES CUENTOS. — INTRODUCCIÓN, SELECCIÓN Y NOTAS DE JOHN A. CROW. — Editorial Cultura, México, 1943.

**E**L Instituto Internacional de Literatura Ibero Americana, organismo del que fué activo iniciador y fundador el cubano Manuel Pedro González, ferviente catador de las letras de Hispano-América, acaba de poner en circulación el tercer volumen de su Biblioteca de Clásicos de América, esmeradamente impreso, consagrándolo a una selección de cuentos de Horacio Quiroga.

El profesor de la Universidad de California, Los Angeles, J. A. Crow, ha dirigido la selección y ha puesto al frente de ella un trabajo bibliográfico que sigue muy de cerca la *Vida y Obra de Horacio Quiroga* por José M<sup>a</sup> Delgado y Alberto J. Brignole. Añade juicios personales el señor John A. Crow, además de sintéticas noticias de las obras de Quiroga; la abundante bibliografía suscitada por ellas; una lista de traducciones y de las selecciones para libros de texto. Todo esto supone un meticoloso trabajo, especial para el conocimiento del ilustre cuentista uruguayo, hecho, sobre todo, teniendo en vista el servicio que puede prestar a los estudiantes universitarios estadounidenses. Lo cual no le quita, antes por el contrario, su carácter general, de libro accesible a todas las manos.

La extensión y profundidad que va tomando el estudio de las letras hispano-americanas en las universidades de Estados Unidos, carece de correspondencia, por lo menos entre nosotros. Es cierto que allá se dispone de elementos de los cuales no gozamos aquí; entre otros y no el menos principal, la independencia material del profesor o del estudioso, que le permite aprovechar su tiempo a voluntad, y los medios financieros de los establecimientos educacionales.

Hay en las letras estadounidenses un rico venero casi desconocido en la Argentina. Poe, Withman, Mark Twain, algunos de los modernos novelistas—que tal vez sean los menos interesantes como creadores y realizadores—, difundidos por el cine y las editoriales baratas y aquí y allá, sin orden ni concierto, noticias vagas de otros nombres, es todo el bagaje puesto al alcance del lector medio.

Faltan trabajos serios de vulgarización capaces de suscitar la apetencia de conocimiento y sobre todo el estudio metódico, tal como el que están favoreciendo los profesores de lengua y literatura castellana e hispano-americana de las Universidades estadounidenses, con sus continuas publicaciones, de las que es una muestra excelente la selección de que nos ocupamos.

Horacio Quiroga aparece dignamente en esta Biblioteca de "Clásicos de América". No vamos a renovar ahora juicios que ya hemos hecho acerca de su figura literaria. Nos limitamos a aplaudir la inclusión de su obra más representativa, los cuentos en que fué maestro, en esta muestra de valores que siempre debe ser una selección. J. A. Crow, al realizarla, demuestra un juicio certero, una valoración exacta. Y la introducción bibliográfica, hecha también con esmero, da idea completa del original autor: original por su vida extraña y azarosa y por su capacidad de cuentista.

La literatura de lengua inglesa no tiene nada que envidiar en el cuento; pero sin desmedro para ella, puede admitir la endósmosis que significa recibir el ejemplo fecundador de otros climas, lenguas y métodos. Quiroga no aparecerá nunca mal donde quiera se presente. Así lo deben haber entendido quienes por varios motivos intervinieron en la publicación de *Sus mejores Cuentos*.

Aplaudimos. Y al aplaudir pedimos la reciprocidad a quienes están capacitados para ejercerla. Reciprocidad que podrá manifestarse en textos originales provistos de estudios previos, explícitos y sintéticos, o en traducciones con iguales aditamentos.

Se predica mucho la buena vecindad. Este es el camino más derecho para ejercerla. El conocimiento mutuo engendra la simpatía con más eficacia que todas las predicaciones imaginables.

E. S. C.

LA MÚSICA DE ESPAÑA, por *Gilbert Chase*. Traducción de Jaime Pahissa. Librería Hachette S. A. Buenos Aires.

**E**N estos instantes, en que la música española ha alcanzado tan inmensa popularidad en nuestro país, cosa que ocurre igualmente en toda América y aun en el resto del mundo, un libro que nos facilite su estudio y nos dé un perfecto conocimiento de ella, tiene, además de su mérito intrínseco, su oportunidad. Esto ocurre con *La música de España*, de Gilbert Chase.

Para valorizar aun más su publicación en nuestro idioma, ha dado con un traductor excepcional: Jaime Pahissa. El insigne compositor catalán que se encuentra entre nosotros, poseedor de una gran cultura, no sólo musical, sino también artística y literaria, nos ofrece una versión fiel y bella de este libro.

Bastaría para acreditar sus dotes de escritor, el breve prólogo que ha puesto al frente de su traducción y que es como un pórtico que se abre al lector,

invitándole a penetrar con absoluta confianza por las páginas de esta obra en la que “el autor no habla de la música española, y en general de España, repitiendo los tópicos comunes que se reducen a un aspecto, más fantástico que real, de una parte mezquina e inferior del arte español, sino que nos presenta la música de España, sus orígenes, su época de esplendor universal, su tradición —si por un tiempo oscurecida, nunca apagada—, su renacimiento y su brillo actual, y la relación entre la diversidad fecunda de sus pueblos y regiones, y el tesoro sin igual de su música popular y la variada belleza de su producción culta”.

Una obra, así encarecida por quien figura dignamente entre los primeros músicos contemporáneos de su patria —su traductor, Jaime Pahissa— no podía ser fruto de la improvisación, sino de un largo estudio y de un gran amor, dos cualidades que resplandecen en el libro del norteamericano Gilbert Chase. Su contacto con las cosas españolas se ha hecho fecundo a través de largas permanencias en aquel país, a lo que hay que agregar sus minuciosas investigaciones en bibliotecas donde podía encontrar datos precisos y preciosos, para el enriquecimiento de sus experiencias personales. Pero no sólo está en su exacta y copiosa documentación el mérito de su obra, sino en la forma de tratar los asuntos, procurando en todo momento que la erudición no mate a la amenidad. Algunas de sus partes, especialmente aquellas que tienen carácter biográfico, prestan al libro un interés novelesco y apasionante, a tono con la música de España.

Ha venido a completar su trabajo, en la edición española, la labor del traductor, que en ocasiones ha sido de colaborador. El propio autor nos lo dice, al escribir: “Con el objeto de hacer a mi libro más digno de este honor —la traducción castellana— y para que la presente edición sea lo más perfecta posible, lo he revisado esmeradamente, introduciendo algunas correcciones y adiciones al texto y a la bibliografía. Me es grato hacer constar que varias de estas correcciones han sido posibles a causa de la atención cuidadosa que lo ha prestado mi distinguido traductor Jaime Pahissa”.

A su buena traducción debemos, además, el agrado con que se lee este libro, pues al unirse en Jaime Pahissa el perfecto dominio de la materia de que se trata, con el conocimiento de las lenguas inglesa y castellana, llega a nosotros el pensamiento del autor con una claridad y fluidez que dijérase es él mismo quien nos habla directamente.

VALENTÍN DE PEDRO

ESTRELLAS EN EL CAMINO, por *María Teresa Fernández Yayne de Cora Eliseht.*  
Buenos Aires, 1943.

“...Quiero hacerte una canción para los días en que estés solo...” dice la autora al promediar este libro; y ya al final, en la última página: “Yo también tengo mi Eusebius y mi Florestán, que sostienen largos debates y me conversan. ¿De qué?, ¿de quién? De nada, de todo, de ti, de mí, de las cosas...” Propósito y realización descubren tales palabras: este libro es una “suite” musical, emotiva. Y a semejanza de las del dolorido Schumann tiene el alucinamiento del dolor, la serena tristeza de los recuerdos. Acuarelas y música, color y sonido, van desfilando como en “El Carnaval”. Además,

una marcada influencia de lecturas orientales, sabor de viejas poesías persas y, a su lado, modernos hallazgos: "las dos manitas del reloj se juntaron en el rezo de la media noche..." Sin desdeñar la filosofía que trasciende en todo lo oriental: "no dejes nunca que el alma que quieres se sienta sola y menos aún: no la dejes jamás con ofensa"; brochazos modernos, sensibilidad de hoy... ¿de hoy?... de hoy y de siempre, que "eso es la vida: sentimiento y emoción" según la rúbrica rotunda de la autora en la última página de su libro.

La estricta independencia que quería Lessing para las artes, sobre todo las plásticas, es cada vez menos posible, a pesar de la poesía pura, de la música pura, del puro color y la pura forma. La palabra, especialmente, adquiere por virtud de su hábil manejo extraordinarias virtudes evocadoras: y, al mismo tiempo que expresión ideológica, es también sugestión musical, brochazo de color. No es exagerado, pues, hallar concomitancias de esta índole en esos pequeños poemas que condensan estados de ánimo. Ya sabemos que todo paisaje es un estado de ánimo y que cada trozo musical provoca éstos fácilmente por virtud de la combinación de los sonidos.

*Estrellas en el Camino* tiene alguna de las inexperiencias de todo primer libro; pero olvidándonos de ellas penetramos en la calidad de la inspiración, en el jugo de la sensibilidad vibrante que le ha dado vida, del temperamento refinado que descubre, de las lecturas que trasunta, para deducir luego el valor concretado en todo ello. Resumimos, entonces: Pensamiento, sentimiento, música, color. Como en el aludido Carnaval de Schumann desfilan, llevados en la cohorte de sonidos, múltiples y cotidianos sentires del alma vibrante y apasionada que tiene en su extremada sensibilidad la mayor riqueza y el mayor dolor, en *Estrellas en el Camino* la señora de Cora Eliseht desgrana las estrellas de su mundo interior, en cada una de las cuales luce una luz: la de su ternura, la de su dolor, la de su resignación, que al vibrar adquieren jerarquía artística.

Su prologuista el poeta Fernán Félix de Amador ya lo dice: "Esas palabras puras, intactas y escogidas, destilan extraña quintaesencia, recelan un oculto sentido, que más allá de la vibración orquestal, suscitan acordes solemnes que se prolongan con majestad de órgano en la desierta nave del sagrario interior".

Y por encima de todo eso *Estrellas en el Camino* es un libro de mujer, bien femenino, sin descocos ni intimidades de alcoba. Valiosísima condición, raramente hallada, que debemos destacar; por ello y porque es tiempo de acabar con esa literatura decadente que nada dice de arte y mucho de menesteres de otro índole bien definida.

E. S. C.

PROHOMBRES DE AMÉRICA, por *Cupertino del Campo*. Asociación de Difusión Internacional. Buenos Aires.

**L**A Asociación de Difusión Interamericana ha publicado en un breve libro de formato mayor —una especie de *plaque*— una colección de retratos vigorosamente trazados por el Dr. Cupertino del Campo.

El propósito del ex director del Museo de Bellas Artes supera la sola

complacencia artística. Largos años presidente del Instituto Cultural Argentino-Norteamericano, ha querido formar con su lápiz experto una galería de figuras paralelas de ilustres argentinos y americanos. Estas son, al modo plutarquiano: los *libertadores* San Martín y Washington; los *propulsores de cultura* Rivadavia y Franklin; los *conductores demócratas* Moreno y Jefferson; los *presidentes en tiempos de guerra* Mitre y Lincoln; los *educadores* Sarmiento y Horacio Mann; los *jurisconsultos* Vélez Sarsfield y John Marshall; los *oradores parlamentarios* Guillermo Rawson y Daniel Webster; los *poetas* Ricardo Gutiérrez y Edgar Allan Poe.

El Dr. Del Campo ha completado además con biografías sintéticas, densas y precisas, la interesante serie de sus dibujos.

Este es un álbum que debiera circular ampliamente entre los alumnos de nuestras escuelas secundarias, así como merece —y esperamos que lo sea— reproducido al inglés, para que tenga igual destino en los Estados Unidos.

Nos.

## Últimos libros recibidos

### NOVELAS, CUENTOS, POEMAS EN PROSA

- HORACIO QUIROGA: *Sus mejores cuentos*. Intr., sel. y notas de John A. Crow Un. de Cal., Los Angeles. Clásicos de América. Eds. del Inst. Int. de Lit. Americana. Ed. Cultura. México.
- CONRADO NALÉ ROXLO: *Antología Apócrifa*. Caricaturas de Toño Salazar. Librería Hachette. B. A.
- CONRADO CASENAVE: *Frente a la vida*. Ed. "El Ateneo". B. A.
- PEDRO C. CORVETTO: *La buena palabra*. Eds. Oeste. Mendoza.

### POESÍA

- OLEGARIO V. ANDRADE: *Obras Poéticas*. Estudio y texto de Eleuterio F. Tiscornia. Ed. de la Ac. Arg. de Letras. B. A.
- ERNESTO MARIO BARREDA: *El huerto de los naranjos*. (Paisajes y figuras de San Isidro). 2ª edición aumentada. B. A.
- FRANCISCO LUIS BERNÁNDEZ: *Cielo de tierra*. 2ª edición. Ilustraciones de Horacio Butler. Ed. Sudamericana. B. A.
- SALVADOR MERLINO: *Trasiego*. B. A.
- MANUEL ALCOBRE: *Acento forestal y otros poemas*. Ed. Cóndor. B. A.
- NÉLIDA ESTHER OLIVA: *La curva pálida*. Ed. Ruiz. Rosario.
- CARLOS ALBERTO ALVAREZ: *Fábula encendida*. Eds. Saucé. Paraná.
- MARCELINO M. ROMÁN: *Tierra y gente*. Paraná.
- NARDES DOFIGAŁ: *Serenata*. Córdoba.
- MARÍA DEL LUJÁN ORTIZ DE ALCÁNTARA: *Amanece*. B. A.

### CRÍTICA, ENSAYOS, HISTORIA LITERARIA, ETC.

- FIDELINO DE FIGUEIREDO: *Espanha*. Ed. Companhia Nacional. Sao Paulo.
- JUAN PABLO ECHAGÜE: *Enfoques intelectuales*. Ed. Losada. B. A.
- BERNARDO CANAL FEIJÓO: *La expresión popular dramática*. Fac. de Fil. y Letras. Un. Nac. de Tucumán.
- CARMELO R. FERNÁNDEZ: *Desde la torre de mi soledad*. Ed. Alfa. San José, Uruguay.
- JAIME SUREDA: *Elogio de la sordera*. Ed. "Renacimiento". La Plata.

### POLÍTICA, SOCIOLOGÍA, ECONOMÍA, DERECHO

- CARLOS REAL DE AZÚA: *España de cerca y de lejos*. Montevideo.
- MANUEL LIZONDO BORDA: *Descubrimiento del Tucumán*. Un. Nac. de Tucumán.

## ANTOLOGIAS

GERMÁN BERDIALES: *Nuevo ritmo de la poesía infantil*. Lib. Hachette. B. A.

## EDUCACION

JUAN MANTOVANI: *La educación y sus tres problemas*. Eds. de la Fac. de Fil. y Letras. Un. Nac. de Tucumán.

RICARDO DE LABOUGLE: *Universidad y defensa nacional*. B. A.

## ARTE

RAINER MARÍA RILKE: *Rodin*. Prologado y traducido de la versión francesa de Mauricio Betz por Roberto Ledesma. Librería y Ed. "El Ateneo". B. A.

## MUSICA

ROBERTO GARCÍA MORILLO: *Musorgsky*. Ed. Ricordi Americana. B. A.

## FOLLETOS, CONFERENCIAS, DISCURSOS, VARIOS

RAFAEL BARRIOS: *Tres Discursos*. Homenaje a la Esc. Normal de Luján, en el 25º an. de su nacionalización. B. A.

ORESTE CIATTINO: *El Estado y el Individuo en Inglaterra y en Alemania*. B. A.

JUAN BREÁ, MARY LOW: *La verdad contemporánea* (Ensayos). La Habana.

*Checoslovaquia*: Un retrato miniatura. Comisión para el Fomento de las Relaciones Culturales entre Checoslovaquia y la Argentina. B. A.

*En Memoria de los Estudiantes Mártires. El Sacrificio de la Cultura Checoslovaca*. Com. para el Fomento de las Relaciones Culturales entre Checoslovaquia y la Argentina. B. A.

ROSA MARÍA ROJAS: *Estados Unidos romántico*. Lima, 1942.

*En torno a Juan Manuel de Rosas*. Cartas enviadas entre el Dr. Ibarguren, de la Ac. Arg. de Letras, y el Sr. Enrique Rodríguez Fabregat (h.). Montevideo.

*Juventud y Argentinidad*. Discurso pron. por el Pres. de la Un. Nac. de La Plata, doctor Alfredo L. Palacios, en la colación de grados de 1943. La Plata (R. A.).

José G. Montes de Oca y su labor literaria y social. (México. No lleva pie de imprenta).

ALBERTO GUERRA TRIGUEROS: *Poesía versus Arte*. Supl. de la Rev. de Instr. Pública, nº 6 (Procede del Salvador).

## LOS ESCRITORES ARGENTINOS JUZGADOS EN EL EXTRANJERO

Sobre el "Miguel de Montaigne" de Ricardo Sáenz Hayes

**R** EPRODUCIMOS *traducido a continuación el artículo que Paul Hazard, de la Academia Francesa, escribió sobre Miguel de Montaigne, de Ricardo Sáenz Hayes. Aunque publicado en 1939 en la Revue de Littérature Comparée de la cual Paul Hazard era director, su reproducción se justifica, por haberlo sido en el número correspondiente a los meses de julio-septiembre, con la guerra ya declarada, y cuya circulación fué nula. La opinión de un escritor ilustre como el brillante humanista francés tiene siempre actualidad.*

Cuando se tiene un libro por malo, se le hacen primeramente algunos elogios que se asemejan a condolencias, y luego se pasa a la crítica. Cuando se tiene un libro por excelente, ocurre todo lo contrario: se señalan ante todo sus faltas veniales, si las hay, y luego, con el corazón liberado, se vuelca toda la admiración que él inspira. Admiro sobre manera la obra que el Señor Ricardo Sáenz Hayes acaba de publicar en Buenos Aires sobre nuestro Montaigne; he ahí porqué le pido permiso para empezar con dos ligeras objeciones. Helas aquí:

Diez líneas sobre Europa, sólo diez líneas, cuando el autor trata de la influencia de Montaigne en las dos Américas, me chocan y me cohiben. Europa se muere —se nos dice— y ni siquiera sabe morir con dignidad. Europa tiene todos los defectos; egoísmo, odio, frenesí de destrucción. Como a los viejos, la existencia le pesa; y no sabiendo qué hacer de la vida, busca los medios de desembarazarse de ella con una hecatombe... Pero, ¿no estamos acaso entre letrados, entre sabios, entre amigos de Montaigne? Y en tal caso, esos conceptos demasiado fáciles ¿son admisibles? Sé bien todo lo malo que se puede con justicia decir de Europa. Pero ¿no sería mejor dejarlo decir en familia por los mismos europeos? Esto sin contar con que no estoy absolutamente seguro de que Europa esté muerta o moribunda. ¿Y si esperásemos aún un poco para ver? Siempre estuvo dividida; y en cada ocasión, de esa misma oposición de ideas, ha extraído su fuerza y su renovación (1).

---

(1) Posteriormente, ya declarada la guerra actual, Monsieur Paul Hazard lo expresó verbalmente y por escrito a Ricardo Sáenz Hayes: "Era Ud. quien tenía razón con su desolador pesimismo. Ahora estamos viviendo la hecatombe, ¿qué es lo que será y lo que saldrá de Europa? Y su Montaigne ¿qué diría de todo esto?"

No es sino un detalle: diez líneas; diez líneas que sirven de transición: las transiciones juegan fácilmente malas pasadas a quienes las emplean. Aprenderemos a pasar ahora a una afirmación más significativa y que ardemos en deseos de refutar. Se trata esta vez de España. Parece que hay, a propósito del pensamiento español, una conspiración del silencio. Filósofos eminentes, al estudiar la evolución de la conciencia moderna, no dedican lugar alguno a los genios españoles, entre los factores que han actuado sobre ella. Felizmente, España no necesita de las confesiones del extranjero para tener conciencia de su fuerza y de su valor: si así no fuera, tendría derecho a quejarse y a quejarse de Francia en particular. Citemos algunas frases: "España ocupa escaso lugar en los libros europeos modernos. No sé si se la relega por sistema, o por ignorancia, o por ambas razones." "Como los franceses y los españoles en ninguna época se aman ni se comprenden." Tan cierto es que la muralla de los Pirineos es infranqueable a la corriente de las ideas españolas..." "Los Pirineos, esos Pirineos que preocupan a Pascal, porque al franquearlos la verdad francesa se convierte en mentira española..."

Aquí las objeciones se agolpan en mi pluma. Yo no creo que las ideas se ignoren, apenas encuentran un autor de talento que sabe darles un valor universal. Es indudable que España ha tenido en la época del Renacimiento y en todos los tiempos un pensamiento original; convengo en que Gómez Pereira haya sido el precursor de Descartes y que Juan Huarte lo haya sido de Lavater, de Cabanis y de Gall. Pero eso no impide que Descartes, Lavater, Cabanis y Gall hayan sido algo más que sus precursores. A esa cualidad particular que estos últimos no poseían, deben aquéllos el haber sido elegidos preferentemente en ese libre mercado europeo al que se llevan todos los valores y donde solo el mejor es definitivamente elegido. O si se quiere: antes de Cervantes había caricaturas, libros de caballería; pero si Europa ha hecho de *Don Quijote* una de sus lecturas eternas, es porque ha encontrado en ese libro la manifestación de un genio sobre el cual no se ha equivocado. Tratándose de ideas, tan fluidas, y que hallan medios tan misteriosos de vencer los obstáculos de autores que sobrepasan, con su elevada talla, el término medio de los mortales, vano sería hacer contra ellos la conspiración del silencio. Esas fuerzas son demasiado hermosas y raras, y la humanidad las necesita demasiado vivamente, para que nada en el mundo pueda detenerlas en su magnífico camino.

Por otra parte ¿puede un país pretender todas las primacías, la de la filosofía, la de la literatura bajo todas sus formas, la del arte en todas sus expresiones? Cada nación, al volver la vista a su pasado y al contemplar los diversos modos de su acción ¿no se vé acaso obligada a comprobar sus deficiencias junto a las virtudes eminentes que posee en otros sentidos? No es que yo tenga una pobre opinión del papel de Francia en la cultura universal: pero no me avergüenzo de reconocer que ha sobresalido por la inteligencia antes que por el sentimiento, y por su claridad más que por la variedad o la riqueza de sus colores. Solo las civilizaciones mediocres y poco seguras de sí mismas, toman diariamente al cielo por testigo de su deslumbrante superioridad en todos los géneros, en todos los lugares, en todos los tiempos. No es ese el caso de España cuyas múltiples riquezas hemos tratado de señalar en esta misma Revista (2). Grande y

(2) *Revue de littérature comparée*, enero 1936. Número dedicado a España.

noble dama de antiguo linaje, puede conceder a sus vecinas tal o cual privilegio; esa misma confesión concordaría bien con su altivez.

Y afirmar por último, que los Franceses jamás han comprendido ni amado a los Españoles, es cosa grave. Dejemos de lado el segundo término de la cuestión: para saber cuándo y cómo se aman los pueblos haría falta algo más que una crónica, y seguramente un volumen entero no bastaría para ello. Pero por lo que respecta a la comprensión, por lo menos hemos hecho todo lo posible para lograrlo. Nuestros moralistas se han inspirado en Gracián y en otros; en un momento decisivo de nuestra historia literaria, Corneille pidió a España el estímulo de su genio heroico; no se puede decir que Lesage no haya captado el espíritu de la novela picaresca; o que Gautier haya traicionado todos los aspectos de lo pintoresco español; o que nos falten novelistas que hayan descrito hoy, asaz inteligentemente, la España de paz y la España de guerra; o que carezcamos de hispanistas distinguidos, capaces de conocer la lengua, la gramática, la literatura, el arte, la historia de España. tan bien como cualquiera en Europa.

Pero, ceso ya en estos reparos en los que me habría detenido menos si todas las afirmaciones del Señor Ricardo Sáenz Hayes no me parecieran dignas del más atento examen: no obstante que sus observaciones hayan sido hechas al pasar y como arrastradas por la ola abundante y densa de sus desarrollos, he querido señalarlas, una vez más, a riesgo de cambiar su carácter al acentuarlas, solo a causa de la repercusión particular que ellas pueden tener en nuestras disciplinas.

Y héme aquí bien a mis anchas ahora para decir cuán rico y sólido me ha parecido ese libro. Su autor no ha descuidado ninguno de los recursos de la erudicción; pero no se ha contentado con libros y artículos; ha ido a Guyerne, ha meditado en la torre de Montaigne, ha reconstituido, con "intelletto d'amore", la atmósfera de los lugares y de los tiempos. Aun más: aporta, al conocimiento de Montaigne, el conocimiento de la vida: lo cual representa una no pequeña contribución. Se sienten a cada instante las reacciones de un hombre de experiencia, que ha conservado su fe en las cosas buenas y verdaderas, que no ha perdido jamás el sentido de la poesía. pero que conoce también los diversos aspectos del mundo, y que sabe que la realidad no se encierra entre las paredes de un gabinete de trabajo.

Son esos juicios experimentados, es esa psicología vivida, es ese carácter viril, lo que da a todo el libro un tono original. Se encuentra en él, junto a la ciencia y para reforzarla, mucha amistad y mucha cordura.

Ninguno de estos capítulos cuyos títulos suenan alto y claro — "De los libros en la soledad" — "Egolatría y Renacimiento" — "Gibelino para los Güelfes, Güelfo para los Gibelinos" — "Elogio de la inquietud vagabunda"— ninguno de esos capítulos merece descuidarse, todos sugieren la reflexión. Ciertas partes son completamente nuevas: nadie había mostrado aún con igual abundancia y precisión la deuda de Montaigne para con España. Nadie tampoco había tratado de seguir con un esfuerzo de síntesis, la suerte de Montaigne a través de los diferentes países: y he aquí de nuevo un problema que interesa a toda la literatura comparada.

Démonos cabal cuenta, en efecto, de la importancia del medio receptor y de sus diversas cualidades cuando queremos medir la refracción de una obra en

país extranjero. El hecho es que Montaigne recibió una calurosa acogida en Inglaterra donde pronto se le tradujo, donde sedujo a todos los escritores de fuste, y en donde hasta favoreció al género: el de los Ensayos. La acogida fué por el contrario mediana en Alemania. Y es aún otra cosa en Italia, en donde no parece casi haber penetrado hasta las masas, ni siquiera hasta los autores de segundo orden, pero donde excitó la admiración de Alfieri, de Fóscolo, donde interesó a Leopardi, donde provocó a De Sanctis: de suerte que una "élite" italiana forma parte de ese cortejo ideal que evocaba Sainte-Beuve, y que de generación en generación sigue a los grandes muertos. En España nada, o casi nada; una traducción tardía, puesto que data de 1898, luego de una traducción malograda ya que no pudo llegar hasta la impresión y cuyo manuscrito se perdió; algunas huellas en algunos autores, pero ninguna señal profunda. Pensemos que el primer libro escrito en español sobre Montaigne es precisamente el de Ricardo Sáenz Hayes.

Siendo el punto de partida idéntico, es sin duda por la psicología de los pueblos como hay que explicar las grandes diferencias que se notan en los diversos puntos de llegada. Inglaterra gusta de los exámenes de conciencia, tal como los practicó Montaigne; no detesta su manera, desprovista de lógica formal y caprichosa en su andar; ella encuentra en los *Ensayos* una imagen de la humana condición que agrada a su carácter. No poseía nada análogo y en consecuencia, ha tomado su riqueza donde la encontraba, en Francia. Pero los españoles, en el otro extremo, gentes de fe que no dejan fácilmente lugar para la duda en su alma, gentes audaces y gentes de acción, gentes que no apuestan sobre la vida presente, pero que juzgan su valor de acuerdo a una meta ideal que la sobrepasa, los españoles no han prestado a Montaigne sino un flaco crédito. De la manera más natural y sin tomar la postura del psicólogo, el autor nos explica a maravilla las razones psicológicas de esa varia fortuna.

En el libro tan brillante, tan sólido, que Pierre Moreau, decano de la Facultad de Letras de Besançon, acaba de consagrar también a "Montaigne, el hombre y la obra", encuentro un comienzo conmovedor: "En 1833, Emerson se encontraba en París, y no sé por qué casualidad se detuvo un día en el cementerio del "Père-Lachaise", ante la tumba de un desconocido cuya lápida consignaba el nombre: Augusto Collignon. Ese hombre había muerto en 1830, a la edad de 78 años y la inscripción agregaba que "había vivido para hacer el bien y se había formado en la virtud en los *Ensayos* de Montaigne". El autor de *Hombres Representativos* no nos ha transmitido este recuerdo a simple título informativo. Formarse en la virtud, en la frecuentación de un filósofo, y luego vivir una larga vida de acuerdo con las enseñanzas de su maestro, para hacer el bien y merecer el nombre de hombre honrado ¿no es acaso testimoniar que si filosofar "es aprender a morir", es aún mejor "aprender a vivir?"

La lección de Montaigne; el sentido de la vida, según Montaigne: he ahí lo que el Señor Ricardo Sáenz Hayes, quien por supuesto no ignora la anécdota de Emerson (ya que nada ignora de lo tocante a su héroe), busca ávidamente, de un extremo al otro de su libro. Esa lección no es tan fácil de encontrar en un autor cuyo pensamiento fué siempre móvil y a menudo contradictorio, ondulante y vario. Muchas de sus expresiones son finas y encantadoras: y por

ejemplo cuando nos dice que Montaigne nos enseña a no creernos los hijos privilegiados de la desdicha, o que Montaigne es un poco egoísta, como todo el mundo, o cuando con harta justicia nos muestra que Montaigne no es completamente un hombre del Renacimiento, en el sentido de que no se lanza gozosamente hacia todas las posibilidades de la vida. El llega a lo esencial, al don preciosísimo que ha hecho de Montaigne su compañero en la buena, y mucho más aun en la mala fortuna: la lección que nos da es una lección de libertad. El hombre libre no es el que se retira a la soledad y se substrahe a las leyes de la ciudad, sino el que por la atención, la escrupulosidad, la sinceridad total del examen que hace de sí mismo, destruye los ídolos falaces que nos tiranizan. El nos conduce de afuera adentro, de lo transitorio a lo eterno, de los hombres al hombre, y en fin, adquiere y posee, por su esfuerzo, el dominio inalienable de la paz interior.

“¡Cuán tarde he llegado! ¡Cuántas millas marinas y terrestres he debido hacer antes de llegar aquí! Penetramos como en un santuario...” escribe Ricardo Sáenz Hayes. La verdad es que la ruta de Buenos Aires a la Torre de Montaigne ha sido larga: tanto más cuanto que ha pasado por Madrid, en donde el autor corregía, en el mes de julio de 1936, las pruebas de su libro, diferido hasta 1939. Sí, ha llegado tarde; sí, ha conocido, hasta llegar a la última elaboración, hasta las páginas definitivas de su obra, toda suerte de obstáculos. Pero al final del largo camino, puede estar orgulloso de haber alcanzado su objeto. Le debemos un libro profundamente humano, rico de conocimientos, rico de emoción discreta, rico de pensamiento: uno de los más bellos que se hayan escrito sobre Montaigne.

PAUL HAZARD

# CRONICA

## Sobre Benedetto Croce en la vida política

Buenos Aires, diciembre 30 de 1943.

Señor Director:

Solamente ahora, por casualidad, he leído en la crónica del N° 89 de NOSOTROS, la carta que el Sr. C. Villalobos Domínguez envió a Vd. a propósito de mi artículo sobre Benedetto Croce en la vida política aparecido en el número anterior. Aunque tarde, deseo comunicar lo siguiente:

1) Croce nunca ha sido miembro de la Academia de Italia. Tampoco lo ha sido Gentile, por lo menos hasta estos últimos tiempos. El único filósofo académico de Italia ha sido Orestano. Para justificar ésta y otras exclusiones, el fascismo introdujo la práctica de que los senadores no pudiesen ser nombrados académicos, práctica que ha tenido muy pocas excepciones. Después de la caída del fascismo, Croce pidió la supresión de la Academia de Italia, siendo ésta una "Institución Fascista". La radio y muchos diarios americanos dieron la noticia exacta. No he encontrado en *La Nación* del 21 de agosto ninguna indicación que pueda justificar el error del señor Villalobos Domínguez según el cual Croce habría renunciado, como miembro de la Academia de Italia.

2) El Senado italiano no es electivo y renovable como la Cámara de los Diputados, la cual, eventualmente, podría llamarse Cámara Aulica de Mussolini, por haber sido sus miembros prácticamente nombrados todos por él. Los senadores son nombrados *a vita* por Decreto del Rey y este nombramiento es irrevocable. Croce ha sido nombrado Senador en 1910, doce años antes del triunfo del fascismo; en los primeros tiempos se opuso abiertamente al régimen hablando y votando en contra de los proyectos de ley, después mantuvo su oposición desertando las sesiones. Una renuncia al cargo de senador en el sistema político italiano no tiene ningún significado y ningún sentido.

3) El propósito de mi artículo era sencillamente el de dar un informe sobre la vida política de Croce, no ya el de hablar de su pensamiento político. Los que quieren enterarse sobre este tema deben leer por lo menos las obras fundamentales a las cuales me refiero a pág. 39 de mi artículo y que no he indicado particularmente considerándolas demasiado conocidas. Estas son especialmente: *Storia di Europa*, *Storia di Italia*, *Etica e Politica*, *La Storia*. En éstas y otras obras de Croce se puede encontrar una tentativa de renovación del liberalismo distinguiéndolo de la democracia, de los partidos liberales tradicionales, del liberalismo económico, etc.; tentativa que ha contribuido a echar las

bases del llamado socialismo liberal italiano. Quien tiene una idea de esta tentativa puede indudablemente criticarla y rechazarla, pero nunca decir que se trata de "generalidades más o menos vagas".

4) Los que conocen algo de la vida política italiana bajo el fascismo saben la profunda influencia que ha tenido la obra de Croce en el espíritu de los jóvenes que han luchado en las conspiraciones para la defensa de la libertad. Si Croce hubiera emigrado, su oposición habría sido menos eficaz. El, personalmente, habría podido vivir en cambio con mayor tranquilidad y menor peligro, honrado y respetado por los sabios de todo el mundo.

Ruego al señor Director dar a publicidad estas líneas para que los lectores de NOSOTROS no tengan ideas equivocadas sobre este tema.

RENATO TREVES

### Myrtia de Osuna

**E**N circunstancias lamentables ha fallecido el 28 de diciembre en nuestra capital una gran intérprete de la expresión poética.

Myrtia de Osuna poseía una cultura sólida, un señorío en toda su figura que le venía de lejos, y un exquisito modo de pensar que la desarrraigaba de las cosas estrictamente materiales. Octavio Ramírez, crítico de *La Nación*, al trazar su silueta artística señaló en ella la expresión doliente y aquella prematura huella romántica que marchitaba lánguidamente su juventud, poblada de sueños inefables y de realidades amargas.

Cuando hizo su aparición en España, hace ocho años, los más eminentes hombres de letras reconocieron el poder mágico de su palabra y el encanto de su figura: Juan Ramón Jiménez, Pablo Casals, Marquina, Ortega y Gasset le dedicaron elogios que significaban una consagración categórica; García Lorca hizo la síntesis de su emoción con palabras como éstas: Myrtia, flor de romero, voz de coral abierto en marejada, mariposa verde-luna entre cipreses y carne de azahares. Myrtia, encrucijada de la noche y el alba.

Después de las audiciones efectuadas en París el año 1935, el famoso empresario de *la Argentina* A. Meckel, escribió a Myrtia expresándole que sus interpretaciones constituían un espectáculo de ingravidez, y que en su condición de ruso y de artista declaraba no haber presenciado nunca algo semejante en fuerza emocional y en sentido puro de la plástica; y Gabriela Mistral, que la había conocido en España, decía de ella que concentraba en su modo interpretativo las más elevadas cualidades de la expresión dramática y el más alto sentido de la expresión poética. En efecto, Myrtia de Osuna superaba en mucho los matices habituales de quienes cultivan este difícil y peligroso arte. Además, había sido la primera que tuvo el acierto de acompañar sus recitados con fondos musicales de Bach, Beethoven, Falla, Grieg, Chopin, Schubert y otros grandes artistas. Recordaremos siempre sus audiciones de hace cinco años en el teatro Smart, en Amigos del Arte, el patrocinado por la Comisión Nacional de Cultura en el Palacio Errázuriz y el organizado por la Sociedad Cultural Española en los jardines del Museo Colonial. Recitaba indistintamente en español, catalán, francés e italiano.

En América obtuvo otros triunfos de consideración aparte de los ya señalados. Recordaremos el curso organizado por ella en la Universidad de San Mar-

cos de Lima sobre poetas españoles clásicos y modernos, auspiciado con carácter oficial por el cuerpo de profesores y por el gobierno peruano. En el Perú residió sus tres últimos años. Ultimamente había visitado su país natal, el Brasil y el Uruguay. Había llegado hace tres meses a la Argentina donde pensaba radicarse.

Nos.

### Eduardo Jorge Bosco

**E**DUARDO Jorge Bosco abandonó el mundo el 30 de diciembre, por propia mano y decisión. Ya tiene la nueva generación de poetas argentinos una figura que recordar trágicamente. Abomino, al hacer esta afirmación, de aquéllo que tiene de literario, de aquéllo de livianamente novelesco con que la vestirán la gente y el tiempo.

No se trata ahora de hacer un nuevo recuento de los románticos poetas suicidas del siglo XIX, ni de los de este siglo. Apenas de evocar la sombra de Lugones; las de Alfonsina Storni y Enrique Méndez Calzada; sí tal vez la de Francisco López Merino, por juvenil. No se trata de proyectar el hecho sobre el plano social, haciendo disquisiciones sobre los vínculos entre el artista y su medio. El artista es tan individuo que no puedo creer mucho en la influencia capital de las gentes para decidir algo tan fundamental como quitarse o dejarse la vida; más en este caso, en que la actividad agresiva no puede haber pasado de una blanda incomprensión.

Lo que ocupa hoy nuestra dolorida atención es, pues, un hecho individual, rigurosamente personal: un compañero ha decidido quitarse la vida. A mediados de noviembre me había encontrado yo con Bosco, casualmente, en un subterráneo. Sabía desde que lo conocí que había en él algo de noble y de sustancialmente igual a mí. Sin embargo, nuestros encuentros eran siempre así: por las calles, frente a la Facultad de Filosofía y Letras, apresurados, sin ganas de hablar; en mi casa o en otras de escritores, donde lo literario prima sobre lo humano e impide la simple efusión de una persona hacia otra. Aquella noche me habló de su amargura por un episodio literario que acababa de herirlo. Traté de restarle importancia al asunto, y al mismo tiempo aproveché la oportunidad para reprocharle su poco valor para lanzar al público sus producciones, causa que, a mi entender, había provocado su desagradable aventura. Siempre lo llamaba "el poeta mítico" de nuestra generación: había publicado un poema en *La Nación* (*Para una muerte*, precisamente) y un artículo sobre folklore en *Argentina libre*, y sin embargo se lo consideraba entre los mejores. Sólo algunos amigos más íntimos conocían sus poemas. Sonaba especialmente el nombre de uno de ellos, *El payador*, muy trabajado y querido por Bosco. Aquella amargura por su episodio literario estaba delatando en él un interés por la vida, por lo más epidérmico y cotidiano de la vida. Así resulta más increíble aún la verdad de su suicidio.

Ahora es el momento de los remordimientos para los que pasamos a su lado sin ofrecerle una amplia y ejercitada amistad, y sin permitir que él nos la ofreciera. Muchos, como yo, se habrán quedado a la orilla de su evidente simpatía, sensibilidad y hombría de bien. Muchos se excusarán, como yo, alegando ante sí mismos su vida vertiginosa y difícil en el tráfigo ciudadano. Muchos

se preguntarán, como yo, si algún gesto, alguna palabra descuidada, han podido contribuir en algo al hecho que nos consterna. Poeta mítico. Quién sabe qué se ocultaba detrás de aquel mito, dónde estaba la verdadera raíz de éso que aparentemente sólo era pudor y conciencia poéticos, timidez para desnudarse en público.

Sin haberlo llegado a conocer íntimamente, sospecho que Eduardo Jorge 'Bosco debe haber cumplido su vida, su destino; que una vez más son aplicables a un poeta muerto los versos que él mismo escribió:

*Silencioso destino de grandeza  
fué el suyo.  
Ya nadie le disputa  
su vida ni su muerte,  
la pasión de su pecho  
ni sus menores actos.*

Lo que nos queda a nosotros, los demás, es esperar que alguna mano amiga revuelva sus papeles, y con discreción que no hicra la suya en vida nos muestre sus producciones, sus poemas, sus estudios sobre Hilario Ascasubi, una pequeña antología sobre el gaucho, que un común amigo le había pedido para una editorial y él había prometido hace muy poco para dentro de tres o cuatro días. Y si no, nos quedaremos con lo poquísimo, con lo nada que conocíamos de su obra, y con el recuerdo de un gran muchacho.

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO

### La librería de Arnoldo y Balder Moen

**E**N una de sus excelentes ediciones dominicales, *El Litoral* de Santa Fe, cuyo suplemento literario honra al periodismo del interior de la República, ha publicado recientemente un documentado artículo de Domingo Buonocore, profesor y bibliotecario de la Facultad de Ciencias Jurídicas de Santa Fe, sobre el tema *Libreros de Buenos Aires*, en el cual se reconstruye la historia de algunas librerías de antaño y de ogaño, primicia posiblemente de un estudio más completo.

Después de recordar a los viejos libreros Marcos Sastre, Carlos Casavalle, Manuel Ricardo Trelles, Rafael Casagemas, Juan Echepareborda, Florentino Ameghino y Laureano M. Oncinde, ilustres algunos de ellos, ocasionales otros, evoca el autor a los hermanos Arnoldo y Balder Moen en los términos siguientes:

El 6 de octubre de 1885 Arnoldo Moen y su hermano Balder, éste primero dependiente y luego socio del dueño principal, abrían una minúscula tienda de librería en Florida N° 323, a pocos metros de la calle Cuyo (hoy Sarmiento).

Los Moen pertenecían a una vieja familia de libreros escandinavos y desde la niñez, en Copenhague, habían iniciado el aprendizaje heroico del oficio.

Poco después, ya en Buenos Aires, a la vera de su tío --don Luis Jacobsen, otro librero famoso en su tiempo-- completarían su formación profesional.

Jacobsen --fundador en 1869 de la Librería "La Europea", ubicada en Florida 242-- gozó de muy merecido prestigio, tanto por la calidad de su negocio, el más surtido en obras extranjeras, como por la seriedad de su trato personal.

Hombre muy puntilloso, poseía un exagerado concepto de la disciplina mercantil, cuyos cánones aplicaba inexorablemente, por virtud de un régimen de multas, a sus dependientes incursos en faltas, por más leves que fueren éstas.

Así, por ejemplo, cada vez que un empleado dejaba caer, por descuido, un libro al suelo o lo entregaba sucio al cliente, debía oblar un tributo como pena.

Volvamos a los Moen. A poco de instalados vieron crecer paulatinamente el negocio y lo que fué en sus orígenes un exiguo mostrador de libros, se convirtió, con los años, en un establecimiento magnífico que en nada podía desmerecer del lujoso comercio de la aristocrática arteria de nuestra metrópoli.

La librería fué así, durante mucho tiempo, el centro predilecto de reunión de las grandes figuras literarias del novecientos: Leopoldo Lugones, Ricardo Jaime Freyre, Roberto J. Payró, Juan Agustín García, Miguel Cané, Manuel Gálvez, Roberto F. Giusti, Atilio Chiappori, José León Pagano y muchos otros escritores noveles que solían hacer allí tertulia vespertina.

Por aquella época se reputaba de buen tono gozar del trato y amistad de los hermanos libreros y detenerse a contemplar las "novedades" de su vidriera. Era, incuestionablemente la librería porteña "de moda".

La casa irradiaba un prestigio fascinador análogo al que disfrutó en Madrid, más o menos por el mismo tiempo, la famosa librería de Fernando Fe, situada también, como la de los Moen en Buenos Aires, en la calle elegante de la capital española —la Carrera de San Jerónimo— centro igualmente de una no menos famosa tertulia literaria en la que discurrieron durante cuatro o cinco lustros, los escritores de más nombradía de la península: Juan Valera, José María de Pereda, Clarín, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Octavio Picón, Vicente Blasco Ibáñez, etc.

Los Moen eran hermanos distintos tanto por su carácter como por sus gustos y preferencias. Arnoldo —el auténtico librero—, espíritu bondadoso y retraído, encarna el tipo de hidalgo báltico suave y puro, como la atmósfera de serenidad y belleza que crean los libros. Balder, en cambio, de temperamento locuaz y expansivo, cultivaba la amistad de los escritores y de los hombres de prensa. Asistía a los banquetes literarios y muchas veces terciaba, con una anécdota oportuna o un chiste de buen gusto, en las risueñas polémicas que solían entablarse en la casa. Era, además, vehemente y enamorado, al punto de que alguna vez —nos decía Roberto F. Giusti— a propósito de ciertos dimes y di-retes sobre una hermosísima escritora americana, entonces de visita en Buenos Aires —era por el año de 1920— hubo de darse una trompeadura fenomenal con José Ingenieros, otro de los contertulios habituales de su librería.

La debilidad de los autores de la época —novelistas, poetas, historiadores, todos, quien más, quien menos— era figurar en la vidriera de Moen, cuyo mínimo espacio se disputaba con tanta vanidad como buen precio.

Julio Suárez, que durante un tiempo fué empleado de los mercaderes dinamarqueses, aprendió entonces el arte de aderezar el codiciado escaparate con ejemplares del autor de actualidad. Como sabía hacerlo con cierta elegancia y buen gusto, pronto se convirtió en el niño mimado de la librería y los escritores solían halagarlo con propinas. Siempre recuerda la gratificación excepcional —cincuenta pesos— que le dispensó Mario A. Carranza a raíz de la muestra de su libro *Intención y Voluntad*.

En efecto, conviene recordar que Moen fué quien creó, entre los libreros una nueva modalidad de *réclame* consistente en formar vidriera única —con el consiguiente retrato del autor y un fragmento del manuscrito de la obra exhibida— de las últimas ediciones que lanzaba al mercado literario.

El exiguo escaparate de los libreros dinamarqueses se empavesaba —por decirlo así— siempre que Lugones, Miguel Cané u otro autor que lograba ostentar el privilegio de su sello editorial, ponía a la venta algún libro nuevo.

Todos recuerdan como uno de los éxitos más resonantes de librería y de crítica la célebre novela *Stella*, por César Duayen, publicada, por primera vez, en 1905 por Moen. El frenesí del público era tal que devoraba, con no igualada rapidez hasta entonces, las pilas nutridas de ejemplares, hasta que un letrado adherido al cristal del escaparate del afortunado editor anunció triunfalmente: "Agotada en tres días la primera edición de mil ejemplares". Moen fué el editor de los primeros poetas que surgieron en el país con el movimiento estético del modernismo iniciado por Rubén Darío en 1896.

Pudo hacerse rico como su colega parisiense, Alphonse Lemerre —el editor de los parnasianos, en cuya librería del pasaje Choiseul, se agrupaban en cenáculo los fieles de la nueva escuela: Gautier, Banville, Leconte de Lisle, Coppée, etc.— pero carente de espíritu comercial, el generoso librero escandinavo prefirió al éxito de la fortuna, la pequeña gloria de ser el Mecenaz de una brillante generación de escritores argentinos.

El destino separó a los hermanos libreros. Más o menos por el año 1915 Balder se instaló por su cuenta, siempre en la calle Florida, con una surtida librería, pero circunstancias especiales cohibieron su progreso y al cabo de cuatro o cinco años se vió precisado a cerrarla. Entonces se hizo cargo de la dirección de la biblioteca del Concejo Deliberante que desempeñó con singular competencia hasta el día de su fallecimiento, el 30 de octubre de 1932.

Poco tiempo después le llegaría su crepúsculo también, a la casa de Arnoldo. De Florida se trasladó a Cagallo casi esquina Pellegrini. Era el primer paso hacia la definitiva decadencia del otrora próspero negocio. Después se vió en la necesidad de limitarse más aún y reabrió su modesto boliche en la calle Libertad N° 114, hasta 1938. Allí tuvo la satisfacción moral de ser sorprendido por un grato aniversario: el de sus bodas de oro con la librería.

Ha vivido dignamente durante cincuenta años a la sombra cordial y sedante de sus libros queridos, vendiéndolos y editándolos. Desde su librería, estación de descanso y quietud para el espíritu, ha visto pasar, absorto y silencioso, la vida turbulenta de la gran ciudad.

Concluye el artículo narrando la historia de la Librería "Cervantes" de Julio Suárez y evocando a Jesús Menéndez, "el patriarca de los libreros del país".

### Premio de Poesía del Ateneo Popular de la Boca

El *Ateneo Popular de la Boca* ha abierto un certamen dedicado a todos los escritores del país.

Este certamen tiene por objeto la publicación de un libro inédito, de poesía, escrito en idioma castellano. Los temas y el metro de las poesías quedan a elección del autor.

La edición será considerada como el primer premio del certamen. Se acordarán asimismo al autor que lo merezca, cien pesos y diploma.

El Ateneo Popular de la Boca hará entrega al autor premiado de trescientos ejemplares de la obra, quedando entendido que el Ateneo correrá con la tarea que demande la impresión, para lo que podrá solicitar la colaboración del autor.

El jurado estará constituido por cinco miembros: dos designados por el Ateneo, uno por la Sociedad Argentina de Escritores, uno por el Círculo de la Prensa y uno por la revista NOSOTROS.

Nuestra revista ha designado para representarla en el jurado a su secretario Oscar Bietti.

Además del primer premio, se otorgará un segundo, consistente en cien pesos y medalla, y dos menciones especiales, consistentes en una medalla cada una.

Los trabajos deberán ser escritos a máquina. El original deberá acompañarse con cuatro copias. Deberá suscribirse con seudónimo o lema.

El certamen se clausurará el 30 de abril de 1944 y el Jurado deberá expirarse antes del 30 de julio.

Las obras deben ser enviadas a la secretaría del Ateneo con la siguiente

leyenda: *Ateneo Popular de la Boca*, Premio de Poesía. Almirante Brown 789, Buenos Aires.

---

### La Catástrofe de San Juan

**N**o podíamos acogernos a la ficción de que este número de NOSOTROS, publicado con retardo de días, es de diciembre, callando nuestro profundo dolor por la horrenda catástrofe de San Juan, que es una tragedia colectiva nacional.

*A los colaboradores, lectores y amigos de la infortunada provincia, les hacemos llegar los sentimientos de nuestra cordial solidaridad en la inmensa desgracia.*

NOSOTROS

# N O S O T R O S

(Segunda época)

AÑO VIII - TOMO ~~XXII~~

Comprende del número 91 al 93

## I N D I C E

### COLABORACION

	<u>Pág.</u>
<b>Crítica, información, creación</b>	
<i>Pedro Troncoso Sánchez</i> . . . . . Aspecto de la cultura dominicana . . . . .	3
<i>Juan Turin</i> . . . . . Sócrates, artista de la vida . . . . .	23
<i>Enrique de Gandía</i> . . . . . El pensamiento de Pedro Goyena . . . . .	45
<i>Angel Acuña</i> . . . . . Ricardo Sáenz Hayes . . . . .	56
<i>César Fernández Moreno</i> . . . . . Informe sobre la nueva poesía argentina . . . . .	71
<i>Roberto F. Giusti</i> . . . . . Alfredo Bianchi y la amistad . . . . .	113
<i>Juan Mantovani</i> . . . . . Carlos Octavio Bunge . . . . .	116
<i>José Pereira Rodríguez</i> . . . . . La técnica de lo poético en Rodó . . . . .	134
<i>Enrique de Gandía</i> . . . . . Historia y realidad social . . . . .	147
<i>Renata Donghi Halperín</i> . . . . . El gringo en la literatura gauchesca . . . . .	151
<i>María Hortensia Lacau</i> . . . . . Guillermo Valencia . . . . .	167
<i>Carlos Rovetta</i> . . . . . "La sombra", novela primigenia de Galdós . . . . .	181
<i>Roberto F. Giusti</i> . . . . . Los primeros 80 años de don Ramón Cárcano . . . . .	187
<i>Leopoldo A. Kanner</i> . . . . . Guido Spano y Magnasco . . . . .	195
<i>Mariano Antonio Barrenechea</i> . . . . . Wilson o la impotencia de la razón . . . . .	219

	Pág.
<i>Pablo Rojas Paz</i> . . . . .	Técnica y estética en la biografía . . . . . 232
<i>Marco; Manuel Blanco</i> . . . . .	El nacimiento de La Plata . . . . . 240
<i>Enrique de Gandía</i> . . . . .	Las ideas políticas en la historia colonial . . . . . 252
<i>Mario Carlisky</i> . . . . .	Sócrates y Segismundo . . . . . 256
<i>Mario Bunge</i> . . . . .	La epistemología positivista . . . . . 283
<i>Mariano de Zavalla</i> . . . . .	El hombre está solo . . . . . 291
<i>Roberto F. Giusti</i> . . . . .	El destino de América . . . . . 298
<i>Oscar Bietti</i> . . . . .	La poesía de González Carbalho . . . . . 303
<i>Valentín de Pedro</i> . . . . .	La emoción humana en la poesía de Fermín Estrella Gutiérrez . . . . . 309

### Verso

<i>Fernández Moreno</i> . . . . .	Poemas del Uruguay . . . . . 21
<i>Juan G. Ferreyra Basso</i> . . . . .	Y este romance final . . . . . 68
<i>Juan Burghi</i> . . . . .	Pájaros nuestros . . . . . 129
<i>León Benarós</i> . . . . .	El rostro inmarcesible . . . . . 160
<i>Manuel de Castro</i> . . . . .	El toro negro . . . . . 163
<i>A. Vázquez Escalante</i> . . . . .	Poesías . . . . . 164
<i>Fernández Moreno</i> . . . . .	Versos . . . . . 230
<i>Justo G. Dessein Merlo</i> . . . . .	Cuatro poemas . . . . . 273
<i>Manuel del Cabral</i> . . . . .	Hombre y mapa . . . . . 279
<i>Ernesto D. Marrone</i> . . . . .	Poesías . . . . . 281

### SECCIONES PERMANENTES

#### Autores y libros

FIDELINO DE FIGUEIREDO: *Depois de Eça de Queiroz* . . . (Raúl Navarro). — GUILLERMO DÍAZ DOIN: *Madrid, Londres, Moscú* y *El pensamiento político de Azaña* (Valentín de Pedro). — FRANCISCO MADRID: *Genio e ingenio de don Miguel de Unamuno* (Valentín de Pedro). — LEÓNIDAS MARTÍNEZ: *Perfil de las horas* (Valentín de Pedro). — MARÍA HORTENSIA LACAU: *La voz inominada* (Blanco Villalta). — OSVALDO ORICO: *Hombres de América* (Raúl Navarro) . . . . . 97

TORCUATO DI TELLA: *Problemas de la posguerra* (R. G.). — CARLOS ALBERTO ALVAREZ: *Fábula encendida* (César Fernández Moreno). — BEATRIZ GALLARDO DE ORDÓÑEZ: *Criollo* (Julio Aramburu). — MARÍA DE VILLARINO: *Pueblo en la niebla* (Nelly V. Saglio). — REYNALDO LOMBOY: *Ranquil* (Jorjue Bogliano). — ROSA A. FRANCO DE LESTARD: *Carlota Bernain* (Raúl Navarro). — RONALD: *La isla propia* (Raúl Navarro). — PAUL MASSON-OURSSEL: *La filosofía en Oriente* (Tomo tercero de la "Historia de la filosofía" de Emile Bréhier) (Pedro Larralde). — Publicaciones varias: *Poesías*, de FRAY LUIS DE LEÓN;

	Pág.
<i>Antología Poética</i> , de FEDERICO GARCÍA LORCA; <i>Vida de Benvenuto Cellini</i> , escrita por él mismo; <i>La Patria Desconocida</i> , por FERNÁNDEZ MORENO; <i>Horacianas</i> , de BARTOLOMÉ MITRE .....	198
JUAN PABLO ECHAGÜE: <i>Enfoques intelectuales</i> (E. S. C.). — HORACIO QUIROGA: <i>Sus mejores cuentos</i> (E. S. C.). — GILBERT CHASE: <i>La música de España</i> (Valentín de Pedro). — MARÍA TERESA YAYLE DE CORA ELISEHT: <i>Estrellas en el camino</i> (E. S. C.). — CUPERTINO DEL CAMPO: <i>Probombres de América</i> (Nos.) .....	314
 <b>Los escritores argentinos jugados en el extranjero</b>	
Manuel Pedro González: <i>La crítica argentina</i> y Roberto F. Giusti .	94
Paul Hazard: <i>Sobre el Miguel de Montaigne</i> , de Ricardo Sáenz Hayes	321
Libros recibidos .....	105, 210 y 319

## C R O N I C A

Agradecimiento (Roberto F. Giusti). En el Instituto Nacional del Profesorado. Intercomunicación cultural con el Brasil. "La Prensa". Revistas: <i>Revista</i> (publicación de la Universidad de Buenos Aires); <i>Letras</i> (Boletín del Círculo de Profesores de Castellano y Literatura "Arnoldo C. Crivelli"); Traslado de las cenizas de Alfredo A. Bianchi .....	108
Las fuerzas espirituales y el mantenimiento de la Paz; Un homenaje a la República Dominicana; Instituto Argentino-Nicaragüense; Los autores premiados en el Segundo Concurso Literario Latinoamericano; "El más leal al gremio" .....	213
Sobre Benedetto Croce en la vida política (Renato Treves). Myrtia de Osuna. Eduardo Jorge Bosco (César Fernández Moreno). La librería de Arnoldo y Balder Moen. Premio de Poesía del Ateneo Popular de la Boca. La catástrofe de San Juan .....	326
ILUSTRACIÓN: La urna funeraria de Alfredo Bianchi .....	entre 114 y 115

## **N U M E N**

Periódico literario mensual

Director: JULIO GARET-MAS

Suscripción a 24 entregas:  
\$ 7.00 argentinos

Toda correspondencia, a nombre del director,  
**TIBURCIO GOMEZ 1859**  
**MONTEVIDEO**

## **ULTRA**

Mensuario de Cultura Contemporánea

REVISTAS DE REVISTAS

Organo de la Institución Hispano-  
cubana de Cultura

Director: FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 2.00 o/a.  
**APARTADO POSTAL, 1649**  
**HABANA (Cuba)**

## **GENIO LATINO**

Organo de Cultura, Propaganda  
y Defensa Latina en América

Director:

**NANNI LEONE CASTELLI**

Suscrip. a 12 números: Un dólar

Apartado Postal 1065  
**MEXICO, D. F.**

## **GLORIA BAYARDO**

prepara Actores y Actrices para  
**TEATRO, CINE y RADIO**

☆

**ARTE ESCENICO - DICCION**  
**DECLAMACION**

**MORENO 863-U. T. (33) Av. 3230**

## **REPERTORIO AMERICANO**

**SEMANARIO DE CULTURA**  
**HISPANICA**

Director: J. GARCIA MONJE

Dirección: Apartado, 533  
**SAN JOSE — COSTA RICA**  
**CENTRO AMERICA**

## **A M E R I C A**

Revista de Cultura Indoamericana

Publicación Trimestral del

**GRUPO AMERICA**

Encargados de la Dirección:

Alfredo Martínez, Augusto Arias  
y Antonio Montalvo.

Dirección Postal: **GRUPO AMERICA**  
Casilla 75. Quito, Ecuador. S. A.

## **S U S T A N C I A**

Revista de Cultura Superior

(Publicación trimestral)

Arte — Literatura — Filosofía

Director:

**ALFREDO COVIELLO**

Suscripción anual ..... 4.00 m/n.  
Exterior..... 1 dólar a su equivalente.

Dirección y Administración:  
**CONGRESO 65 — TUCUMAN**

## **Revista Iberoamericana**

Organo del Instituto Internacional  
de Literatura Iberoamericana

Director:

**FRANCISCO MONTEVERDE**

Tesorero:

**Dr. L. B. KIDDLE**  
Universidad de Tulane, New Orleans,  
La. U. S. A.

Suscripción anual: Exterior, Doll: 2

**ALBUQUERQUE, NEW MEXICO, U.S.A.**